DESAFIOS

URUGUAY: CUENTAS PENDIENTES

Dictadura, memorias y desmemorias

Alvaro Rico
compilador

Hugo Achugar, Carlos Demasi, Roger Mirza, Alvaro Rico, Marcelo Viñar

Ediciones TRILCE

URUGUAY:
CUENTAS PENDIENTES

Dictadura, memorias y desmemorias

ALVARO RICO
COMPILADOR

This One
CQWH-WWG-CLDB

URUGUAY:
CUENTAS PENDIENTES

Dictadura, memorias y desmemorias

HUGO ACHUGAR, CARLOS DEMASI,
ROGER MIRZA, ALVARO RICO, MARCELO VIÑAR

Ediciones
TRILCE

Colección **DESAFIOS**

Esta serie se propone desafiar a una reflexión abierta, pluridisciplinaria y centrada en el cambio necesario para lograr una sociedad justa y a su vez enfrentar el desafío que los cambios plantean.

Se ha publicado en esta colección:

La crisis del socialismo de estado y más allá
de Rodrigo Arocena

Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?
compilación de Hugo Achugar y Gerardo Caetano

Signos reales del Uruguay imaginario
de Fernando Andacht

La balsa de la Medusa
de Hugo Achugar

Fracturas de memoria
de Maren y Marcelo Viñar

Umbrales y candados
de Luis A. Hierro López

La biblioteca en ruinas
de Hugo Achugar

Utopía y estrategia / Democracia y socialismo
de Marcelo Pereira y Enrique Rubio

Ilustración de carátula:
Juramento de los Treinta y Tres orientales
Juan Manuel Blanes, 1877 (fragmento)

© 1995, Ediciones Trilce
Durazno 1888
Casilla de Correos
11300 Montevideo, Uruguay
Tel. Fax 42 77 22 y 42 76 62
E-Mail: trilce@chasque.apc.org

ISBN 9974-32-124-7

Contenido

A modo de Presentación
por Alvaro Rico 7

La nación entre el olvido y la memoria.
Hacia una narración democrática de la nación
por Hugo Achugar 15

La dictadura militar: un tema pendiente
por Carlos Demasi 29

La memoria y el porvenir.
El impacto del terror político en la mente
y la memoria colectiva
por Marcelo N. Viñar 51

El orden de los simulacros y el orden social
en la restauración democrática
por Alvaro Rico 63

Memoria, desmemoria y dictadura.
Una perspectiva desde el sistema teatral
por Roger Mirza 121

Noticia de los autores 133

A MODO DE PRESENTACIÓN

Los trabajos que a continuación se presentan tratan de responder a un estilo que ejercite la tolerancia.

Tolerancia para volver a un pasado reciente que permanece como malestar social y cultural, y reflexionar abiertamente sobre él buscando precisar su responsabilidad en las profundas transformaciones actuales de la sociedad uruguaya.

Tolerancia, también, porque el tema es tratado desde distintas disciplinas sociales y humanísticas y ello supone el aprendizaje de un diálogo en el que cada uno debe despojarse de su estatuto de verdad y buscar sobre los bordes de sus objetos de estudio las formas de re-hacer, entre todos, el tiempo y los hechos.

Este empuje hacia saberes interdisciplinarios y transdisciplinarios también expresa cambios culturales importantes en la construcción de realidades sociales cada vez más complejas, como es por caso la dictadura.

Las zonas de conocimiento que aborda el trabajo y sensaciones que ojalá provoque, apelan, por sobre todo, a la tolerancia del lector a quien intenta incluir, con su experiencia personal y memoria, al gran relato por hacer.

El recuerdo, la palabra, los afectos necesitan reencontrarse en un espacio de intercambio que no necesariamente transite por formas tradicionales de abordaje de la etapa de la dictadura.

El objetivo es, pues, superar los silencios, restituir esa conversación pública interrumpida que nos reconozca en la permanencia y en los cambios producidos en nuestra realidad y en nosotros mismos, en la víspera de un nuevo milenio.

Años sesenta -Dictadura-Transición-Fin de Milenio, nudo de conflictos y contradicciones que hacen a la modernidad, modernización y posmodernidad por los que transitan estos últimos treinta años de la historia reciente de Uruguay .

Si bien el autoritarismo fracasó en su proyecto fundante de modernización del país, sí resaltó un típico conflicto de la modernidad bajo la forma de contradicción: dictadura/democracia.

Por otra parte, la modernización del país se ha ido abriendo paso desde la llamada transición, bajo los sucesivos gobiernos democráticos y la globalización de las economías.

Y, mientras el conflicto modernizador asume la forma de integración/exclusión del país, las nuevas contradicciones de la llamada postransición —más cercanas a una especie de posmodernidad cultural—, se abren paso en los años noventa como fragmentación/dispersión.

Así, los efectos de la cultura del miedo bajo dictadura y la creciente marginalidad de amplios sectores sociales bajo democracia se conjugan con el individualismo y la desilusión posmodernista.

Esta complejidad, acompleja los signos y símbolos que posibilitan "entender" el pasado e "incorporarlo" al presente en un continuo que se desarticuló, deslizándose con él los sentidos y la posibilidad de una única interpretación racional hecha desde un solo ángulo de análisis.

La reflexión de los autores de este libro tomada en su conjunto remite a una familia de temas que tiene que ver con la identidad nacional, las transformaciones del mundo actual, la construcción de los relatos históricos, la continuidad y fracturas del imaginario social, olvidos y memorias, discursos institucionales y contrarrelatos marginales, cultura del miedo y síntomas de posmodernidad cultural, simbolización y metáforas de la realidad social y política, significantes y desplazamientos de sentido del pasado en el presente, el orden y el disciplinamiento social, los cuestionamientos y proyectos alternativos.

Hugo Achugar(nos) pregunta sobre la *correlación entre memoria y relato democrático*, sobre la construcción de un relato histórico nacional que contenga una memoria democrática.

Desafío lleno de perplejidad en el presente, en tanto la dictadura no sólo constituyó una ruptura institucional sino una interrupción de los símbolos y relatos sobre la "excepcionalidad" d Uruguay.

El autor reflexiona sobre la tensión que se genera a partir de la complicación de la autoimagen de Uruguay por ese "ingreso de la dictadura en el horizonte de lo posible" y afirma que ello debe significar una profunda modificación en la reflexión del país y sobre las maneras en que desde el mismo se ha pensado y piensa a la democracia.

Pero el período histórico dictadura-restauración que abarca la década de los años setenta-ochenta, se complementa con profundos cambios en el campo tecnológico, político-cultural y simbólico.

El conjunto de estas transformaciones habilita a pensar que transitamos actualmente por una verdadera "mutación civilizatoria", con la emergencia de nuevos actores sociales, múltiples escenarios en que transcurre el acontecimiento cultural y social, globalización y fragmentación de la realidad, homogeneidad y heterogeneidad cultural.

La perplejidad ante el pasado reciente de dictaduras se complementa con la angustia frente a las incertidumbres del presente.

Esta transcripción de los humores de época no producen en el autor un escapismo hipercrítico o una actitud intelectual paralizante.

Por el contrario, le tientan a plantearse la tarea de reformulación de lo nacional y a reconstruir en movimiento un "nosotros" identitario que escape al esencialismo de los orígenes.

En definitiva, pensar los escenarios de la Nación como "escenarios-proceso" donde diversos sujetos representan su lectura y negocian memorias y olvidos de un patrimonio común.

La memoria democrática deviene así una memoria múltiple, constitutiva de un relato histórico nacional.

El historiador *Carlos Demasi*, en una línea de preocupación similar a la de Hugo Achugar, insiste sobre la identidad: *"¿Qué es ser uruguayo, hoy?"*, y ello le obliga a recorrer el itinerario de la "invención" de la historia uruguaya, relatos y ritos conmemorativos que buscaron reforzar en la memoria social un sentido de pertenencia a un pasado común y único hasta llegar a la cristalización de la "historia oficial" en el Uruguay de Batlle, el "país modelo".

Al mismo tiempo, afirma que la construcción de contrarrelatos, si bien no alcanzaron a ser alternativos, sí contribuyeron a unificar versiones contestatarias sobre diversos episodios de la historia nacional.

Hoy, la narración de nuestro pasado implica despojarse de autosatisfacciones y aceptar que es una "compleja amalgama de diversos relatos a veces contradictorios". Y ello, no es ajeno a la pérdida de prosperidad del país, su crisis en los años sesenta y ya bajo la dictadura: el "fin de la inocencia".

La dictadura construyó su propio relato histórico, una visión uniformizante con connotaciones autoritarias. Por su parte, los contradiscursos en la transición democrática se (re)construyeron sobre una matriz antinómica, de negación del "otro", y recayeron, de alguna manera, en un esquema maniqueo de "buenos" y "malos".

No obstante, en esa etapa histórica se abrieron condiciones para un derrumbe de los mitos anteriores, contra el monolitismo de las versiones de los héroes e institucionalizadas, contra la intolerancia y las omisiones en los relatos fundantes.

Pero luego de la aprobación de la Ley de Caducidad, el tema salió de la agenda pública y el silenciamiento que pesa sobre el mismo no debe verse ni como sinónimo de desinterés o superación ni como "una manifestación de salud social".

Insistir ahora en el tema es reactualizar la siempre "compleja y culposa relación" que los uruguayos entablan con su historia. Se trata, entre otras cosas, de integrar el período dictatorial dentro del continuo de nuestro pasado.

Aunque ello implique no sólo reconocer que la violencia es constitutiva del mismo sino también revisar lo hecho por la dictadura y la responsabilidad que la sociedad en su conjunto ha tenido con algunos de los aspectos más criticados al régimen militar.

Es, entonces, que Demasi afirma polémicamente: "a priori parece difícil imaginar que absolutamente todo lo hecho por la dictadura fue malo o criticable o que a ella debemos todos los males que hoy nos aquejan".

Proponiendo otros abordajes no tradicionales del período, el autor señala cuatro necesidades: ampliar el campo visual, evaluando el deterioro político-social del país anterior a la dictadura; ensanchar el coro de voces, temas y espacios del relato histórico; diversificar el menú, incorporando a la tarea las reconstrucciones no-históricas (literarias, artísticas) que participan en la formación de la conciencia nacional; releer los relatos históricos en sus omisiones.

*Marcelo Viñar*se pregunta ¿Cómo testimoniar?, re-crear con ulterioridad a la experiencia vivida, en ese intervalo de tiempo entre el horror y su relato, la etapa de la dictadura devenida ahora marca, cicatriz visible.

El testimonio como autobiografía, una reafirmación del "sí mismo", y como reflexión colectiva sobre un "nosotros social", transformados irreversiblemente luego de la experiencia traumática.

Un relato elaborado, entre el ahora y el ayer, el escenario social y la intimidad psicoterapéutica, la historia y la memoria, lo institucional y la metáfora.

Por tanto, "un lugar" construido por una insatisfacción o un imposible del presente: la escisión, la negación, el ocultamiento.

"¿Cómo coexiste la normalidad con el horror?", vuelve a preguntar el autor sin buscar respuestas fáciles que nos separen en víctimas y victimarios con su corolario de sociedad dividida.

El terror político que amenaza la pertenencia al género humano tiene efectos sobre toda la comunidad. Es el tiempo del horror como un "tiempo fundador", productor de efectos en la vida del sujeto y de la sociedad.

El olvido, entendido como negación de la existencia de ese horror dictatorial o como banalización del mismo, se traduce en un sinsentido que condiciona pautas de comportamiento social en la actualidad.

Por eso mismo, se vuelve necesario reconocer lo sucedido, resignificar simbólicamente la memoria en el presente, nombrar los hechos, para concebir un futuro mejor.

Esa batalla contra la impunidad que consagra el olvido y el ocultamiento no es una tarea política, trasciende la escena pública para ir al interior del sujeto.

Es que en ese tiempo, como señala Viñar, se anudan dos espacios heterogéneos: el privado, que refiere a la estructura subjetiva de las personas y el público, con referencias colectivas.

"Levantar las proscripciones de la memoria del horror es generar condiciones de recuperación de las representaciones del pasado", un trabajo, al mismo tiempo, de reformulación de la pertenencia cultural.

El presente deja de ser así un tiempo cronológico, la división entre un 'antes' de la historia y un 'ahora' de la realidad para trocarse en un espacio de sentidos y significaciones que restituye palabras, reconstruye argumentos sobre lo real-acontecido, interroga sobre lo que nos está pasando.

Por tanto, la restitución de memorias, ese abrirse paso de la memoria hasta el recuerdo, no consiste en fijar un diálogo con el pasado sino en un encadenar secuencias de comunicación social, nuevos testimonios y sentidos que nos interpelen desde lo actual.

El tiempo transcurrido desde aquellos sucesos planteó al autor un desafío, la necesidad de contar "su" testimonio, aportar su propia vivencia como protagonista de la época, expulsado luego al exilio.

Justamente, sobre cómo elaborar el dolor y la memoria en la intimidad del espacio psicoterapéutico, la reformulación de los lugares: paciente-terapia, y otros temas específicos referidos a su propia experiencia práctica como médico y psicoanalista, trata también su testimonio-artículo.

El trabajo de *Alvaro Rico* deja planteado que uno de los efectos más notables de la dictadura fue dislocar los códigos clásicos de racionalidad, legitimidad y participación como sostén, respectivamente, de nuestras teorías-relatos, instituciones y comportamientos sociales tradicionales.

Así, lo irracional bajo la forma del miedo y la violencia construyeron la realidad por más de una década; la ilegalidad se legitimó como Estado totalitario; lo fragmentario se impuso como sociedad dividida.

Aceptar eso, debería provocar alguna consecuencia en la construcción de las narraciones actuales sobre la época de la dictadura.

¿Qué validez puede tener abordar la explicación de aquel pasado irracional restituyendo desde el presente los estatutos clásicos de la palabra y la coherencia argumental?; ¿analizar hoy la ilegalidad del período desde los parámetros de la política formal y lo institucionalizado?; ¿la práctica social, ayer dispersa, comparada y tratada desde la lógica de los sujetos centrados de la acción colectiva?

La solución que propone el autor se reconoce débil: desorganizar el relato, volverlo incoherente, parcial, excesivo, a través de una transcripción de hechos históricos contradictorios, sujetos precarios y comportamientos menores infinitos, que no cierran una única conclusión.

Así, la palabra pierde en profundidad pero abarca más, se debilitan explicaciones pero se avanza en asociaciones y la inconsistencia demostrativa sobre las causas últimas del período dictatorial se compensa parcialmente con la insistencia en los detalles de cómo se sobrevivió.

El artículo trata de los efectos de la dictadura en el presente y del presente de la dictadura, es decir, de las omisiones de la democracia, los usos del pasado, su transformación en simulacro y su contribución a estructurar el orden político-estatal en la postransición, desde la Ley de Caducidad al Filtro.

La dictadura como hecho histórico real se transforma así en un "modelo" discursivo, un símbolo de "amenaza siempre latente", que ya no necesita de otra historia real para generar efectos de sentido y disciplinamiento social en el Uruguay actual.

En ese marco, el autor circula entre tiempos pre y ante dictadura, entre

transición y postransición, entre modernización y posmodernidad, entre épica y desilusión, entre colectivo e individualismo, para descentrar el imaginario social actual.

El artículo vuelca ello a través de una tematicidad excesiva que intenta vincular la historia a la política, la construcción de memorias y discursos, la cultura del miedo y sus símbolos actuales.

La propuesta de *Roger Mirza* trata, por un lado, de un esbozo de reconstrucción de la historia del teatro bajo la dictadura; por otro, ahonda en las complejas articulaciones culturales y simbólicas que definen el lugar del teatro como "creador y productor de sentido".

Es a través de la historia que se puede rehacer el papel social y político del teatro y cómo se integra la memoria colectiva de un pueblo a sus obras y representaciones escénicas.

El autor analiza la relación entre sistema teatral y dictadura y distingue un primer período —el teatro como espacio de resistencia—, durante el "apagón cultural", entre 1973 y 1978; un segundo período —el teatro con sus memorias y desmemorias—, durante la transición a la democracia, entre 1979-1984, y la etapa actual.

En ese marco, el artículo propone un análisis que tiene que ver con el teatro como representación de un contexto social y político determinado y el teatro como representación de sí mismo. En esa doble dimensión, sobre todo a partir de 1979, el teatro intenta representar una transgresión del orden y del discurso totalitario vigentes.

Reconstituye —junto a otros fenómenos culturales, como el canto popular— un espacio de comunicación alternativa y de encuentro social que "adelantan" en el imaginario social y "empujan" en la acción política, la superación de la etapa de la dictadura y la recuperación de la democracia.

En ese plano, el sistema teatral establece una relación particular de complicidad con el público en la que se combinan la elección de los textos y la alusión-elusión a la realidad, la gestualidad de los actores y la sobreactuación del público, el simbolismo de las salas y la neutralización de las medidas oficiales de censura. En definitiva, "un diálogo teatral que se subordina al clima del período".

En el otro plano, el análisis de Roger Mirza aborda una explicación de los nuevos lenguajes escénicos: la sugerencia, lo irónico, lo indirecto para nombrar lo prohibido, o los usos del cuerpo, los gestos, las miradas, para recuperar el pasado sin apelar al discurso explicativo devaluado.

También avanza en lo que llama la "doble degradación del héroe y el espacio", a través del análisis de obras que plantean el tema del sometimiento y la destrucción y que contrastan con la figura de héroes míticos, o tratando, entre otros elementos, a la escena como espacio de disolución del sujeto, la simplificación de las escenografías, la estrechez de los espacios físicos y de desplazamiento como simbolización del castigo (censura, cárcel) o la reduc-

ción de los mismos para promover una mayor intimidad en la relación actores-público.

En el nuevo contexto que surge a partir de los años noventa, el autor deja esbozada la relación entre los cambios culturales producidos en la sociedad uruguaya y en el imaginario: desilusión, individualismo, fragmentación, fractura del sujeto, y las formas en que dichas transformaciones se hacen presentes en el teatro: superposición de escenas y tiempos, la revisión irónica de la historia, la parodia y la burla, la aplicación de recursos que provienen del área de la publicidad, el cómic o el videoclip, entre otras innovaciones actuales.

* * *

El origen ya lejano en el tiempo de la primera versión oral de estos trabajos —luego escritos, corregidos y ampliados por sus autores— tuvo lugar en la mesa redonda: "Dictadura, memoria e imaginario social", realizada en el marco del seminario: *Reflexiones sobre las perspectivas de desarrollo en Uruguay y América Latina.* El mismo se desarrolló entre el 26 y 29 de abril de 1994, y fue organizado por el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU), Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL) y Area Interdisciplinaria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

HUGO ACHUGAR

LA NACIÓN ENTRE EL OLVIDO Y LA MEMORIA
HACIA UNA NARRACIÓN DEMOCRÁTICA DE LA NACIÓN

En el recordar está la redención

(Pensamiento de Baal Shem Tov inscrito en el monumento en Homenaje a las víctimas del Holocausto judío de la ciudad de Montevideo.)

EL CAMBIO DE LAS REGLAS DEL JUEGO

Uno de los desafíos que parece enfrentar una parte importante de la reflexión en Uruguay hoy pasa por el tema de la memoria y por la necesidad de construir un relato democrático de la historia nacional. Desafío que, a su vez y de hecho, supone pasar por la consideración del tema de la nación uruguaya. Un desafío, vale la pena consignar, que no implica exclusivamente un problema historiográfico. En verdad, más que una problemática historiográfica se trataría de un tema político; un tema en el cual están involucrados, y sobre el cual deben y pueden opinar, todos los ciudadanos.

En cierto sentido, este desafío no sólo concierne a los uruguayos. Algo similar puede observarse en el resto de Occidente, en los múltiples conflictos nacionales y regionales, en los reclamos de muchas minorías, en los mismos cuestionamientos a los sistemas representativos e incluso, a niveles no nacionales, en los mismos cuestionamientos a la propia noción de representación (en tanto delegación). Los conflictos, los debates, los enfrentamientos no se explican, solamente y entre otras razones, porque las reglas del juego de la reflexión político-cultural hayan cambiado y sigan cambiando en este fin de siglo que estamos viviendo. Sin embargo, precisamente el hecho de que estas

reglas de juego hayan cambiado explica el desafío que dichos conflictos suponen a nuestro pensamiento.

En relación a nuestro país se puede afirmar que el cambio operado en las reglas de juego ha sido fundamental. La dictadura, en ese sentido, ha supuesto una modificación central en la reflexión de y sobre nuestro país. Especialmente, si partimos del modo en que se piensa y se ha pensado tanto la democracia como el propio país antes y después de la dictadura.

Si tenemos en cuenta la secuencia "democracia-dictadura-restauración" con que se ha organizado la historia reciente de nuestro país lo que se ha producido es un cambio o una modificación sustancial del imaginario nacional por el ingreso de la dictadura en el horizonte de lo posible. Con anterioridad a la década del setenta, la posibilidad de que en Uruguay ocurriera una dictadura no formaba parte del imaginario nacional; incluso, esta imposibilidad permitía la oposición de nuestro país en relación con otros países de América Latina y en especial con los países que ahora integran el Mercosur. La tradición civilista de Uruguay (incluso y a pesar de la "dictablanda de Terra") integraba el imaginario nacional como un rasgo casi esencial y constituía parte del orgullo con que los uruguayos se autoimaginaban.

Hoy, la propia experiencia de la dictadura ha pasado a ser parte del acervo de nuestra tradición, del acervo de nuestra memoria y de los escenarios futuros. La dictadura complicó la autoimagen de los uruguayos nacidos a la vida ciudadana antes de 1973 y al mismo tiempo estableció una diferencia sustancial para con aquellos otros ciudadanos uruguayos que crecieron durante o después de la dictadura. La autoimagen de estos últimos es radicalmente distinta; para ellos la dictadura no es o no fue un terremoto que conmoviera los fundamentos del imaginario nacional que los formó; para ellos la dictadura es un dato de la realidad, más aun, un dato de la historia, de la única historia que vivieron. La posibilidad de la dictadura, que antes no cabía dentro del horizonte ideológico y dentro del imaginario nacional, para estos nuevos o jóvenes uruguayos es, o fue desde el inicio, algo que pertenece al campo de lo real y no de lo especulativamente posible.

Las reglas del juego han cambiado. Sí tuvimos dictadura, sí forma parte de nuestra historia, de nuestra memoria, y sobre todo, la dictadura nos ha modificado la autoimagen de país democrático o, más exactamente, ha modificado el imaginario nacional vigente hasta 1973.

Este cambio de las reglas del juego, por supuesto, no es exclusivamente uruguayo. Algo similar ha sucedido en Chile, país con una historia y con una autoimagen bastante similiares o cercanas a las de Uruguay. Y en este sentido, la dictadura también ha modificado otro rasgo central del imaginario nacional vigente antes de 1973: la excepcionalidad de Uruguay en el contexto regional.

Durante varias décadas los uruguayos construimos o cultivamos –en función de un orgullo que surgía de la lectura de nuestra historia como detentadora de un arraigado civilismo democrático– otro elemento central de nuestro imaginario: la excepcionalidad de nuestro país. Excepcionalidad, es justo

decirlo, que no era señalada sólo por los uruguayos sino también por quienes describían o estudiaban a nuestro país y al conjunto de América Latina. Excepcionalidad nutrida por, supuestas o reales, calidades culturales, composiciones étnicas, urbanización, leyes y beneficios sociales característicos de un típico Estado benefactor o *Welfare State*. La dictadura también modificó esa supuesta excepcionalidad y nos congregó en descripciones regionales —tipo "las dictaduras del Cono Sur"— integrándonos a la tradición latinoamericana de los golpes de Estado. La crisis del Estado benefactor, de la educación y el surgimiento de reclamos y revisiones históricas de determinados grupos o minorías étnicas no han hecho más que complicar el discurso de la excepcionalidad.

Los cambios de las reglas del juego no se produjeron sólo por la modificación de la autoimagen o del horizonte de lo posible introducido por la dictadura. Durante el período que se caracteriza como "dictadura-restauración" y que cubre las décadas del setenta y del ochenta han ocurrido cambios en otros órdenes; cambios vinculados no sólo a la transformación tecnológica sino también a la político-cultural, y de hecho a la simbólica. Una imagen mayor y recurrente de esa transformación general ha sido objetivada en la caída del muro de Berlín pero la divulgada y en cierto modo emblemática imagen de la destrucción del muro berlinés da cuenta básicamente de un cambio político, de la modificación de una situación ideológica. Junto con la imagen de los jóvenes alemanes deshaciendo el muro hay otras imágenes, otras metáforas de la gran transformación de estos últimos años.

Además de la caída –mejor sería decir la demolición– del muro de Berlín cambiaron aspectos centrales de nuestra vida cotidiana, nuevos objetos, nuevos artefactos se agregaron al paisaje diario: ahora tenemos fax, correo electrónico, contestadoras autómaticas, simul-casts, videoclips, CD-ROM, Internet, etcétera. Y junto con la vida cotidiana y con los grandes ejes políticos e ideológicos a nivel mundial, también cambió o entraron en crisis los sujetos sociales y los conceptos básicos de la democracia llamada "occidental"; por eso mismo hoy se discute la eventual decadencia o crisis de los partidos políticos, de los sindicatos y de los movimientos populares. Así como también es necesario considerar el surgimiento de nuevos actores sociales: las mujeres, los gays (que desfilan, insólitamente en nuestro país y con atraso con respecto al resto del mundo, pero que llegan a desfilar), los agrupamientos étnicos y religiosos o el nuevo protagonismo de la "tercera edad" (este último particularmente relevante en nuestro país), sin dejar de mencionar las movilizaciones de los "sin techo". Es decir, han cambiado demasiadas cosas y no sólo las imágenes; hubo también cambios en lo político y en lo económico. Son tantos los cambios que, por ejemplo, Juan Carlos Portantiero ha llegado a sostener que el cúmulo de transformaciones que han ocurrido –tecnológicas, políticas, sociales y culturales– hace pensar o habilita pensar que estamos viviendo un tiempo de "mutación civilizatoria".

Un tiempo de cambios que al incluirnos, al integrarnos de un modo pleno

en el proceso de mutación civilizatoria, nos impide saber con certeza hacia dónde va, cuál es la dirección que va a tomar. Esto genera angustia. Angustia o, incluso, perplejidad. Es cierto que también puede provocar entusiasmo pero sobre todo lo que acarrea esta transformación generalizada es incertidumbre. Una incertidumbre que nos instala en la perplejidad y nos hace considerar el mundo y la vida cotidiana como llenos de paradojas. De algún modo, todos nosotros –consciente o inconscientemente– estamos insertos en ese proceso de mutación y por lo mismo –no necesariamente todos nosotros pero sí algunos de nosotros– estamos viviendo en la paradoja y en la perplejidad.

Alfredo Bossi[1] caracterizó como perplejidad y paradoja, el hecho de que hoy en día no tengamos instrumentos ideológicos para crear un proyecto nacional. Y agregó que la experiencia de la dictadura, y en especial, de su discurso nacional autoritario, nos ha hecho sentir un profundo recelo y rechazo hacia todo discurso nacionalista.

La perplejidad y la paradoja de que habla Alfredo Bossi, tiene que ver además con otros temas: el de la globalización y el de la regionalización pero también con el de la tensión entre homogeneidad y heterogeneidad. Frente al discurso homogeneizante, frente al embate homogeneizador, el discurso de la modernidad –discurso constitutivo de nuestra nacionalidad y de muchos otros procesos nacionales–, estalló y siguió estallando, en nuestro país, durante la dictadura y aún después, durante la restauración.

La heterogeneidad fue y es, de algún modo, una reinvindicación y una característica del discurso de la resistencia frente a un proyecto homogeneizante y está relacionado con la heterogeneidad y con la fragmentación del mercado, con la fragmentación cultural, con la fragmentación de la sociedad, entre otras.[2] El discurso o la teorización de la resistencia frente a un universo globalizado que contempla, a la vez y paradojalmente, una homogeneización posnacional y un desarrollo de identidades más profundas en su acentuado localismo. El modo de resistir esta globalización o esta homogeneización –que no son lo mismo pero tienen puntos de contacto– ha consistido, precisamente, en afirmar la heterogeneidad, la diversidad, la multiplicidad.

Este movimiento, sin embargo, nos ha dejado a algunos de nosotros anclados en la imposibilidad de proponer una alternativa tanto al discurso neoliberal –que a la vez que da cuenta de la fragmentación del mercado propone un discurso homogeneizante y homogéneo–, como a los proyectos nacionales autoritarios y a la globalización. Nos refugiamos en la multiplicidad, en la heterogeneidad y en la defensa de los particularismos porque no ha sido posible todavía diseñar un proyecto global alternativo o porque no parece resultar posible la construcción de un discurso realmente democrático que contemple la diversidad y heterogeneidad social. Una heterogeneidad que no considera viable el reciclaje "a la Habermas" del proyecto inacabado de la modernidad.

También es cierto que junto con la resistencia a la globalización y en la defensa de la heterogeneidad hemos descubierto que todo discurso totalitario

o totalizador es sospechoso. Estamos atrapados entre no tener un discurso alternativo al discurso global, homogeneizante y al mismo tiempo no saber si proponerlo porque desconfiamos de los discursos que explican globalmente pues son o terminan siendo discursos homogeneizadores y totalitarios.

Esto determina que la tarea que tenemos por delante es la necesidad de una reformulación de lo nacional, una reformulación del "nosotros" a partir de esa diversidad; es decir, a partir de la consideración de esa diversidad. Ese es uno de los desafíos de hoy. Un desafío que supone incluso repensar la categoría de nación en estos tiempos de regionalización que han sido o son llamados tiempos "posnacionales". La categoría de nación como lugar simbólico de un nosotros no uniforme pero sí inclusivo y respetuoso de la diversidad.

El desafío ha llevado a algunos a repensar el escenario tradicional de la nación, a proponer cambios en la tradición, a recuperar tradiciones, a olvidar tradiciones. O mejor aun a reformular el escenario tradicional/inercial de la nación. Inercia y no tradición es lo que aparentemente organiza mucha de la reflexión sobre la nación. Inercia intelectual de aquellos que siguen pensando no sólo el tema teórico general de la nación sino de Uruguay como si las transformaciones que hemos descrito no hubieran ocurrido o no implicaran la necesidad de replantearse muchos supuestos. No todos, quizás no necesariamente todos. Y ése es el desafío mayor, porque evitar la inercia es todavía un desafío mayor que el de la reformulación de lo nacional y del nosotros, porque reformular la nación y el nosotros del relato que organiza y narra la nación es sólo una parte del desafío implicado por la ruptura con la inercia. Y, digámoslo una vez más, inercia y tradición no son necesariamente equivalentes. Hay tradiciones a recuperar y a conservar y hay tradiciones/inercias que hay que modificar. Entre otras y quizás la primera la de pensar el escenario de la nación como uno, único y homogéneo.

Los escenarios de la nación

El discurso de y sobre la nación se juega en múltiples escenarios y es constituido por múltiples sujetos pertenecientes a múltiples discursos. La lectura global, homogénea o unitaria respecto del discurso nacional parece y aparece hoy como algo cuestionable y cuestionado. Aunque lo dominante en el ámbito académico parece ser la consideración de la nación o lo nacional como una suerte de escenario-proceso donde múltiples sujetos sociales representan su lectura, en Uruguay y a nivel del discurso político todavía parece seguir siendo válido proponer lecturas en algunos casos esencialistas, y en otros lecturas que apuestan fuertemente a la consideración del tradicional carácter homogéneo de la nación. Tradición discursiva de la homogeneidad nacional que, sin embargo, no corre pareja con la historia del país sino que tendría su fecha de bautismo entre la reforma vareliana y el primer batllismo y que alienta gran parte del discurso historiográfico nacional.[3]

La imagen de un "escenario-proceso" como representación de lo nacional posibilita una lectura menos ideológica de lo nacional o, en todo caso, menos tributaria de una consideración de lo nacional como un fenómeno unitario y homogéneo.

En ese sentido, es posible considerar que la unidad o la globalidad sea un campo o un sistema de voces, de proyectos, de procesos, de escrituras. La eventual unidad de lo nacional y de sus muchas lecturas quizás radique en una suerte de espacio o en la configuración de un espacio habitado y "agenciado" por diversos actores. Algo, si no similar, al menos bastante cercano a esto lo propone Prasenjit Duara al hablar de la nación, el nacionalismo y la multiplicidad de proyectos que la conforman.

> "El segundo presupuesto es el privilegiar la gran narrativa de la nación como un sujeto histórico colectivo. El nacionalismo es escasamente el nacionalismo de la nación, en cambio representa el lugar donde diferentes concepciones de la nación disputan y negocian entre sí." (traducción H.A.)[4]

Esa imagen de la nación como un lugar de negociación por parte de una multiplicidad de sujetos y de discursos parecería erosionar la memoria y el olvido consensual presupuesto por Renan cuando en 1882 sostenía:

> "La esencia de una nación es que todos los individuos tienen muchas cosas en común y también que han olvidado muchas cosas." (traducción H.A.)[5]

No obstante lo propuesto por Renan, el núcleo de la cuestión parecería radicar no tanto en lo que "los individuos tienen en común" como en la negociación y en la batalla que esos individuos realizan acerca de lo que puede ser "olvidado" o de lo que podría o debería ser recordado.

Considerando lo planteado por Renan y por Duara, se podría afirmar que el elemento básico sobre el que se construye tanto el discurso de la nación como sobre la nación –independientemente de cuál sea la disciplina o formación discursiva, la esfera pública o privada y el sujeto o la posición del sujeto discursivo– es la posesión de un patrimonio común resultante de la negociación en torno al olvido realizado o dispuesto a realizar por una comunidad determinada.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones necesarias para que esa negociación ocurra? Pensamos, junto con Hannah Arendt y Claude Lefort, que "la existencia de un espacio donde los seres humanos se reconocen como iguales es el prerrequisito para la aparición de un 'mundo común', de un mundo que no es *uno*, pero que es el mismo pues está abierto a múltiples perspectivas". Y sobre todo, que existe una "cercana conexión" entre igualdad y visibilidad en el espacio o escenario público donde los individuos se reconocen como iguales.[6]

Lo que nos habilita a concluir que tanto el patrimonio común o el mundo común de la negociación en torno al olvido sólo será posible entre actores que posean visibilidad y por lo tanto se reconozcan como iguales. Precisamente, el debate sobre el discurso nacional contemporáneo en nuestros países incluye en su agenda tanto la "ciudadanía" (ser iguales y visibles) de los distintos sujetos sociales (integrantes ya no tanto de la esfera pública o privada como del conjunto social) como su derecho a la narración; es decir, a la memoria y al olvido.

Problemas de una memoria democrática

La ciudadanía –es decir, el conjunto de ciudadanos iguales y visibles– reclama su derecho a la narración, reclama su derecho a contar el cuento, a contar la historia. Una historia que no es la historia de unos silenciando la historia de otros sino la historia resultante de una negociación. Es cierto también que hay quienes desestiman la posibilidad de esa negociación y postulan la coexistencia de muchas historias, de tantas historias como sujetos sociales existan en una determinada comunidad.

No cuenta el cuento sólo quien quiere sino quien sabe. La sabiduría no refiere en este caso a una competencia técnica sino a quien tiene la historia, a quien posee el relato. Lo que supone, de hecho, un cuestionamiento a la historia que el uno realiza sobre el Otro; es decir, a una historia que silencia al Otro al mismo tiempo que supuestamente –y a veces hasta "bienintencionadamente"– intenta representar (en el sentido de hablar por) al Otro.

Historiador viene de *híster* y *híster* quiere decir "el que sabe", ha señalado Michel de Certau en *Heterologías*. El historiador, aquel que cuenta la historia es el que sabe. Sin embargo es posible sostener que el historiador "es el que elige", el que tiene poder para contar la historia; un poder otorgado, no necesaria o únicamente, por la disciplina, por la academia, por el partido político o por la institución legitimante. Un poder que decide dónde, quién y cuándo posee el saber.

Este poder/saber es un poder/saber elegir. Es un poder que decide la tensión entre el olvido y la memoria. En este sentido vale la pena recordar la imagen del testamento utilizada por Gerardo Caetano: un testamento es algo que selecciona y que nombra. Un testamento es una historia, una historia que elige y que nombra pero sobre todo que silencia; es decir, una historia que recuerda y que olvida. Alcanza con recorrer la historiografía nacional –tanto política como literaria, artística, cultural o social– para ver cómo todos, ellos y nosotros, elegimos, olvidamos, silenciamos al tener que contar la historia.[7] Y esto no se limita a los discursos historiográficos, alcanza con leer las novelas históricas publicadas en los últimos años –*Bernabé, Bernabé* de Tomás de Mattos y muchas otras– para ver cómo hay un intento de recontar la historia y cómo en ese mismo recuento hay también nuevamente silencios y olvidos.

Si contar la historia o contar un cuento presupone que siempre opera la elección –elección realizada por quien cuenta y por quien tiene el poder para contar–, se llega a una verdad casi de perogrullo: nunca se cuenta todo. Y no parecería ser posible contarlo todo pues para poder contar una historia uno tiene que proceder a una elección y ello supone privilegiar, olvidar, silenciar. Elección en múltiples sentidos y además una elección significativa pues entre otras cosas aquel que cuenta tiene que elegir cuándo empieza y cuándo termina su historia. Hay una especie de lógica, de lógica discursiva que hace imposible evadir la elección/selección y por lo tanto el silencio o el olvido.

Desde el punto de vista ético y para quien narra, esta elección/selección es tremenda. No para aquel que intenta narrar sin estar consciente de la tensión olvido-memoria implícita en la labor que va a emprender. Sí para quien intenta un relato democrático de la memoria colectiva, sí para quien se propone narrar desde una perspectiva democrática de la memoria.[8]

Una memoria democrática que intentara contar la historia de Uruguay o de la dictadura o de la restauración o del conjunto de la historia nacional, debería proceder a contar la historia como una historia múltiple y por lo mismo contradictoria. No podría contar, por ejemplo, sólo la historia de los generales o de los presidentes o de los latifundistas –para sólo referirnos al tipo de historiografía que da cuenta de los sujetos sociales o de los individuos involucrados en los procesos históricos– ya que debería además incluir la perspectiva de los campesinos, de los sindicatos, de las mujeres, de los negros, de los iletrados, de instituciones y asociaciones diversas; y aun así estaría olvidando a los extranjeros nacionalizados o no, a los inmigrantes y a los migrantes. Pero además estaría olvidando incluir la historia de las prostitutas, de los gays, de los discapacitados, de los locos, de los indios, de los mestizos. Y seguramente estaría olvidando a aquellos grupos, actores o sujetos sociales que yo mismo he olvidado en este momento.

Entonces, si a una perspectiva democrática de la memoria nacional le es necesario recordar todas las historias de todos los sectores sociales no parece ser posible contar la historia. No sólo por una imposibilidad fáctica sino por una imposibilidad ideológica y discursiva. No sólo porque no parece existir el individuo capaz de tal labor o de un horizonte ideológico tal que no opere la exclusión sino porque la propia definición del discurso histórico parecería presuponer la exclusión. Y, sin embargo, el desafío es y sigue siendo una historia que no sea fragmentaria, que no tenga un punto de vista que silencie o que olvide a los otros, que sea democrática, que sea inclusiva y que a la vez implique una opción: no una historia del "Príncipe" sino una historia verdaderamente "Republicana"; es decir, una historia democrática.

Aparentemente, la democracia de la memoria absoluta eliminaría la historia, eliminaría el recuento y sin embargo el desafío mayor es construir un proyecto nacional alternativo que atienda la diversidad, sin proponer la homogeneización autoritaria. Parecería que para enfrentar la globalización cultural o telemática o informativa, desde la periferia en que estamos sumergidos, primero tenemos

que resolver esos desafíos a nivel nacional (¿o quizás ya deba ser a nivel regional?).

Los múltiples escenarios de la memoria nacional

"Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer." Esa sentencia de Borges en "Funes el memorioso" parece describir el proceso intelectual ineludible en la construcción de toda memoria y una memoria o una historia democrática no puede permitirse el olvido. La memoria democrática, sobre todo cuando además es una memoria nacional, enfrenta el desafío de la selección. Y junto con la selección, enfrenta el desafío de la construcción de una identidad. Identidad, imagen, o disfraz que postulen una relativa unidad. Un cierto olvido de las diferencias, una relativa generalización. En cierto sentido todo disfraz es una abstracción, toda identidad una construcción.

El discurso nacionalista ha funcionado para la configuración de imágenes, disfraces, relatos y procesos que, paradojalmente, a la vez que ocultan una identidad, construyen otra. Máscaras o maquillajes discursivos, posiciones de enunciación a ser ocupadas por un conjunto de individuos o por un sujeto que, de este modo, se propone como poseedor de un patrimonio, de una historia. Máscara o maquillaje que olvida y encubre otros rostros, otras historias, otras memorias, otras múltiples memorias.

El discurso nacional en tanto máscara, ilusión o maquillaje supone la invención de orígenes, la fraudulenta historia de la legitimación, el ocultamiento de determinados sentimientos y la difusión de otros. Invención, ilusión o maquillaje imprescindible, sin embargo, pues todo origen supone una intención de significación.

Todo sujeto social –letrado o iletrado, artista o político, activista social o no– al proponer su relato sobre la nación y sobre su comunidad o al legitimar un determinado discurso como perteneciente a la nación construye relatos, propone comienzos, diseña fundaciones, establece orígenes, elige representaciones, opta por idiomas. Como sostiene Geoffrey Bennington: "En el origen de una nación encontramos la historia ficcional acerca del origen de la nación".[9]

Por lo mismo, tal vez el único camino verdaderamente democrático no sea la postulación de un origen único, de una única semilla milagrosa, de un "padre" todopoderoso como fuente de toda historia ni tampoco la postulación de una suerte de fatalidad predestinadora de la nación sino la postulación del rizoma: la fundación rizomática de la nación. La fundación, aclaremos no datada de una vez y para siempre en un parto milagroso sino la fundación permanente. Tal vez la paradoja del disfraz democrático o de los múltiples rostros, se resuelva en la máscara negociada, conversada. En una máscara sucesiva y reiteradamente negociada y conversada.[10]

La determinación del o de los orígenes, la configuración de una identidad en proceso o la narración de una memoria democrática implica reconocer los

múltiples escenarios de la memoria nacional. Implica además la historia como negociación, la historia como producto de la conversación, una conversación entre los múltiples actores o enunciadores de la memoria nacional.

La emergencia de nuevos actores sociales permite suponer la necesidad, experimentada por estos mismos actores, de reconstruir una historia propia olvidada por el discurso de la comunidad hegemónica. La misma necesidad de algunos movimientos sociales y políticos por presentar o inscribir sus raíces en la historia de sus países los ha llevado a procurar nombres, imágenes o figuras emblemáticas que fundaran nacional o continentalmente su acción y su discurso. Estas raíces histórico-discursivas suponen, las más de las veces, un nuevo relato de la historia nacional o una nueva narrativa acerca de lo nacional, una historia rizomática y por lo mismo democrática. Nuevo relato que aparece, precisamente, cuando el largo proyecto de la modernidad parecería entrar en una etapa de fuerte cuestionamiento.

Este nuevo relato sólo parece ser posible de ser narrado, como decíamos, a partir de una negociación. Una negociación que al mismo tiempo implica la relectura o el análisis de la nación y de lo nacional tanto por parte del sector académico como de los intelectuales o activistas vinculados a los sujetos sociales tradicionales así como a los nuevos. Implica al mismo tiempo una batalla por el discurso y por la representación. Implica de hecho una batalla por ocupar la posición del que tiene/posee la historia, del que sabe y del que elige. Ese sujeto que sabe –o se presenta como sabiendo– procede construyendo un relato; pero también, como ya vimos, inventando, descubriendo las fuentes.[11] Implica una batalla e implica el desafío de transformar batalla en debate, debate en negociación, negociación en conversación. Y conversación viene de *conversari*, de vivir en compañía. Implica el desafío de transformar la imposición autoritaria resultante en toda batalla, en la conversación propia de toda negociación.

¿Implica el abandono de reinvindicaciones y principios? No.

Implica el desafío de abandonar las reglas de juego vigentes, de modo incontestado, hasta no hace mucho. Implica un desafío y una utopía. La utopía de intentar la transformación del autoritarismo propio del discurso nacional homogeneizador. El desafío de construir los múltiples escenarios de la memoria nacional como un lugar –retomando en cierto modo lo planteado por Duara– "donde diferentes concepciones de la nación disputan y negocian entre sí"; es decir, donde los múltiples escenarios de la memoria presentes en la nación convergen.

A PROPÓSITO DE LOS DIFERENTES OLVIDOS

¿Negociar la narración, implica negociar el olvido?

El olvido no es uno ni actúa de una sola manera. Está el olvido inconsciente, el olvido elegido, el olvido impuesto, el olvido a nivel del individuo y el olvido ejercido por una comunidad o por una corporación. Renan no especifica de

cuál olvido habla en *Qu'est ce que c'est une nation?* y aunque no parece haber dudas de que se trata del olvido de la comunidad no queda claro si éste es elegido, impuesto o inconsciente. La actual discusión, la presente batalla de los sujetos sociales largo tiempo silenciados, marginados y olvidados por ejercer la memoria colectiva y construir un espacio público y privado democrático y multicultural ha reaccionado contra el olvido impuesto por una comunidad hegemónica cuyos horizontes ideológicos muchas veces le impedían ver o leer la diferencia del Otro.[12]

En este sentido, creo pertinente plantear el tema de la diferencia entre el olvido elegido/negociado y el olvido impuesto en la configuración del presente discurso sobre y de la nación o, dicho de otro modo, en la dilucidación del desafío que supone la construcción de una memoria democrática de la nación.

El presente discurso políticamente correcto y la utópica memoria democrática exige no olvidar a nadie. La memoria histórica absoluta, como hemos visto, no sólo impediría el relato sobre la nación sino que parecería ser imposible ya que el discurso sobre la nación ha supuesto el olvido y el silenciamiento, o lo supone como una condición intrínseca, como natural a su lógica discursiva.

Más aún, se podría argumentar –siguiendo lo que Michel Pécheux ha llamado el "olvido uno"– que hay olvidos imposibles de evitar. El relato se construye no sólo a partir de datos y fuentes que uno elige conscientemente tener en cuenta sino a partir del "olvido" en que el sujeto deja aquellos otros datos y fuentes que no logra "leer" o "recordar". Esta suerte de olvido se identifica con el horizonte ideológico y teórico desde donde se organiza el relato. Nada más claro en este sentido, como vimos y como ha argumentado Carlos Real de Azúa, que la determinación del "comienzo" o del "origen" de la nación. Ni qué hablar de la distinción entre "nación", "patria" y "Estado". Nación, patria y Estado no suelen comenzar al mismo tiempo. Lo fundamental, volvamos a ello, radica en esa suerte de olvido imprescindible que supone o supondría todo relato.

Sylvia Molloy ha argumentado fuertemente acerca de la función del "recordante" en la ficción hispanoamericana y ha sostenido, además, que la ficción es consustancial con el acto de recordar. Al mismo tiempo, Molloy ha intentado distinguir el relato histórico del de la memoria. No se puede reducir lo uno a lo otro, sostiene la crítica argentina.[13] Por su parte, Marcelo y Maren Viñar[14] han sostenido en relación al olvido impuesto que éste tiene un efecto traumático sobre la conciencia individual y obviamente, agregamos nosotros, sobre la colectiva. En ese sentido, el olvido elegido parece ser la respuesta "sana".

Pero ¿qué significa el olvido elegido? Evidentemente no parece querer decir el olvido liso y llano sino el "entierro" y la consecuente edificación del monumento. Es decir, la fijación en el espacio y en el tiempo de un hecho pasado para que no sea olvidado/ignorado/silenciado y a la vez el poder seguir adelante sin que el lamento constante impida la acción futura.

El tema no es trivial: las madres de la Plaza de Mayo, los muchos monumentos recordatorios del Holocausto, la conmemoración de masacres y derrotas es

a la vez una acción hacia el pasado y hacia el futuro. Las recientes democracias del cono Sur, y no sólo la de nuestro país, se debaten, se siguen debatiendo entre olvidar el pasado, silenciar el pasado y mantener el pasado vivo.

Las recientes declaraciones del general argentino Martín Balza sobre el tema de los desaparecidos –así como la reacción del gobierno del presidente Julio María Sanguinetti al respecto– indican que el debate no ha terminado y que amenaza con no terminar. El mismo general Balza alude en su declaración a que es posible que el proceso de reconciliación entre los argentinos lleve varias generaciones; es decir, que la negociación entre olvido y memoria no parece ser realizable de una vez y para todas sino que implica un proceso.[15]

Final provisorio

Pensar el discurso, negociar el discurso nacional parece haber seguido un camino que el memorioso Funes no podía recorrer. Pero quizás la nación –su construcción– no sea sólo o tanto producto del pensamiento sino del sentimiento. ¿Un sentimiento religioso? ¿Una emoción amorosa? ¿Un principio espiritual?[16] Sentimientos que conllevan tanto fe, lealtad, entrega y adhesión irracional como odios, celos, exclusiones e intolerancias.

La modernidad trajo, entre otras cosas, el abandono de la identificación entre el ámbito religioso y nacional, entre la religión y el Estado.[17] Esa misma modernidad que exaltó y rindió tributo a la diosa razón y a la racionalidad no pudo, sin embargo, erradicar el lado oscuro de la humanidad, la carga negativa de los irracionalismos. Los tiempos presentes, cargados nuevamente de un fuerte sentimiento religioso y nacionalista, ¿nos están devolviendo a una instancia premoderna o a una instancia que la modernidad creyó poder abolir? ¿La anunciada crisis de lo nacional estaría ligada a la también anunciada crisis o mutación civilizatoria que estaríamos viviendo?

La incapacidad de Funes para pensar deriva en parte de esa invasión de la totalidad a que se veía sometida tanto su percepción como su prodigiosa memoria. Al recordar todo no operaba el olvido necesario para poder realizar las operaciones implícitas en el acto del pensamiento. La actitud reflexiva presente en el discurso sobre la nación obliga a una actividad, a un olvido de diferencias, a una abstracción que no se corresponde con la constitución personal de los Funes y tampoco con el sentimiento –religioso o laico– de los múltiples sujetos involucrados en el escenario-proceso de la nación de la actualidad. Sobre todo de aquellos sujetos que hoy intentan ser representados y que negocian su visibilidad y su igualdad –su ciudadanía– mediante la reivindicación de una memoria de los dolidos olvidos y olvidados que la marginación procesó desde el momento en que comenzamos a construir nuestra nación.

Volviendo al comienzo, el desafío que enfrenta una parte fundamental del campo intelectual en este Uruguay posterior al período "dictadura-restaura-

ción" es, precisamente, la elaboración de un relato histórico nacional que presuponga, a la vez, una memoria democrática. Un desafío que no puede ser encarado como una imposible proeza digna de Hércules y mucho menos como una labor precisada o acotada en el tiempo. El desafío del Hércules colectivo de hoy no puede simplemente consistir en el rescate de las voces silenciadas de la historia uruguaya para luego abandonarlas, librarlas a su suerte, olvidarlas nuevamente. La construcción de esa memoria democrática que es el desafío de la sociedad uruguaya del presente, implica resolver la paradoja de Funes sin caer nuevamente en el olvido. Significa tener presente el pensamiento que el rabino Israel Baal Shem Tov legara en el siglo XVIII y que desde el epígrafe ha regido estas páginas: "En el recordar está la redención".

setiembre, 1995

Notas

1. En el debate de la conferencia que dictara en la mesa redonda "Dictadura, memoria e imaginario social" realizada por el CEIL y el CEIU de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República en abril de 1994.
2. Algunos de estos rasgos forman parte de eso que se llama "posmodernidad".
3. Carlos Real de Azúa registra la presencia de esta idea de la homogeneidad de Uruguay en el pensamiento que fundamenta parte del discurso historiográfico de Pivel Devoto; al respecto ver el capítulo 2 de *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Arca y Ed. del Nuevo Mundo/ Instituto Nacional del Libro, Montevideo, 1991, en especial la nota 2, p. 71.
4. Prasenjit Duara en "Rescuing History From the Nation-State": "The second assumption is the privileging of the grand narrative of the nation as a collective historical subject. Nationalism is rarely the nationalism of the nation, but rather represents the site where very different views of the nation contest and negotiate with each other". *Working Papers and Proceedings of the Center For Psychosocial Studies*, ed. Greg Urban and Benjamin Lee, Chicago, Nº 48, 1992, p. 2.
5. Ernest Renan, "Qu'est ce que c'est la nation?" en *Discours et Conférences*, Calman Lévy éditeur, París, 1887, p. 286. "Or l'essence d'une nation est que tous les individus aient beaucoup de choses en commun, et aussi que tous aient oublié bien des choses."
6. Claude Lefort, "Hannah Arendt and the Question of the Political" en *Democracy and Political Theory* (traducción de David Macey), University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988, pp. 50-51.
7. Entre otros ejemplos alcanza con revisar la mayor parte si no todos los relatos históricos realizados sobre distintos aspectos de la sociedad uruguaya para comprobar las escasas o nulas referencias a las experiencias de género y a la constitución de la lucha de las mujeres durante la dictadura, que es un fenómeno particularmente importante y novedoso para nuestra historia social. Algo similar podría señalarse en relación con la comunidad negra. Desde otra perspectiva es muy ilustrativa de selecciones, olvidos y silencios la labor –polémica según algunos– emprendida por

Carlos Real de Azúa en *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya* en referencia a una parte importante de la historiografía nacional.

8. Estoy consciente de lo polisémico o equívoco que puede resultar el adjetivo "democrática", creo sin embargo que el conjunto del presente ensayo acota el margen de equivocidad. Por otro lado, entiendo que vale la pena aclarar la débil función que atribuyo a lo técnico en relación a la presente argumentación. Si se entiende lo técnico como lo histórico o lo historiográfico creo que sería discutible o controvertible el hablar de una eventual "perspectiva democrática técnica" ya que en relación al discurso democrático muchas veces ocurre que la apelación a la legitimidad de la disciplina encubre tomas de posición o coartadas para la fundamentación de posiciones políticas o ideológicas. Lo anterior no invalida, sin embargo, lo planteado por Carlos Real de Azúa cuando señala que "de no existir el otro nivel, el científico, cuyos resultados aprovecharían los propios procesos de politización (que siempre requieren un pasado '*ad hoc*') pueden concluir en una imagen de él, literalmente peor, más distorsionada y tendenciosa que si una labor intelectual más pulcra y neutral les da sostén" (ob. cit., p. 15). La caracterización de "más pulcra y neutral" deja abierta la posibilidad de entender que no se garantiza la total y absoluta neutralidad.
9. Geoffrey Bennington, "Postal Politics and the Institution of the Nation" en *Nation and Narration*, ed. Homi K. Bhabha, Routledge, Londres y Nueva York, 1990, p. 121. Sobre el tema de los orígenes de la nacionalidad uruguaya ver el ya citado trabajo de Real de Azúa.
10. Aludo y a la vez dialogo libremente con lo propuesto por Richard Rorty quien sugiere la conversación como modelo para la reflexión, pretendiendo de este modo eliminar la tiranía de la razón autoritaria. Al respecto ver lo señalado por Nancy Harstock en "Rethinking Modernism" en *Cultural Critique*, Nº 7, otoño de 1987.
11. En relación al tema de la relación entre narración y nación ver Bennington y también Homi K. Bhabha en *Nation and Narration*.
12. La pretendida configuración de un "espacio público transnacional" (en particular aunque no exclusivamente académico) que propone George Yúdice pasa por no aceptar el "olvido" inconsciente con que el sector académico hegemónico procede (léase no solamente el primer mundo sino también aquellos académicos que actuando en el mercado internacional "olvidan" las especificidades de los contextos no hegemónicos).
13. Sylvia Molloy, "Recuerdo, historia, ficción", en *La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, edición, compilación y prólogo de Raquel Chang-Rodríguez y Gabriella de Beer, Ediciones del Norte/ The City College of CUNY, The Inca Garcilaso Series, Hanover, 1989,
14. Maren y Marcelo Viñar, *Fracturas de memoria*, Trilce, Montevideo, 1993.
15. Los discursos contemporáneos sobre la nación y también aquellos que discuten la reforma del Estado están inexorablemente atravesados por el motivo del olvido.
16. Renan plantea algo de esto en el artículo citado al decir: "Une nation est un principe spirituel, résultant des complication profondes de l'histoire, une famille spirituelle, non un groupe déterminé par la configuration du sol" (ob. cit.; p. 305).
17. Aunque la igualdad entre nación y Estado tiene una historia propia no es para nada ajena a este proceso de la modernidad.

CARLOS DEMASI

LA DICTADURA MILITAR: UN TEMA PENDIENTE

Existe en la sociedad uruguaya la idea de que el tema de la dictadura "ya fue". Tanto los comprometidos veteranos, sobrevivientes del período, como los jóvenes que no llegaron a vivir plenamente la etapa militar, todos parecen coincidir en que el tema "no da para más", e incluso que quienes insisten en su tratamiento parecen dar pruebas de una infrecuente deformidad física: la de tener los ojos en la nuca.

Sin embargo, quienes estamos en contacto con jóvenes sentimos una vibración especial cada vez que el tema surge en la conversación, y vemos que debates y eventos realizados bajo su invocación reúnen a muchos (y muy interesados) participantes. El tema todavía no está agotado y la sociedad siente la ausencia de respuestas a interrogantes que hoy la interpelan directamente. El propósito de este trabajo es tratar de mostrar algunas razones de ese bloqueo, poner en evidencia ciertos ángulos todavía no discutidos y proponer algunos mecanismos que posibiliten la puesta en circulación del tema.

EL PARAÍSO PERDIDO

¿Qué es hoy un "uruguayo"? Hace treinta años no había dudas para responder esa pregunta. Los uruguayos habíamos construido una imagen de nosotros mismos que nos satisfacía ampliamente, fundamentada en algunos elementos reales (la relativa prosperidad económica, el nivel de difusión y la calidad de la educación básica, la jerarquía de algunas figuras intelectuales, los triunfos deportivos) y concretada en una visión arrogante de nuestro papel en el contexto de América Latina. En líneas generales, no nos veíamos como un país latinoamericano sino un país europeo implantado fuera de Europa; y nuestro apego a los valores democráticos occidentales, la composición de la población casi exclusivamente blanca, nuestros hábitos de vida, todo esto contribuía a reforzar esa imagen.[1] Aunque esta construcción se basaba en muchos elementos de nuestra realidad que eran evidentes, para su elaboración

fue necesario una recreación muy sesgada que ocultara los aspectos que más chocaban con esa imagen. La idea predominante del "país de clase media" debía obliterar las denuncias de la situación de personas que vivían por debajo del nivel de pobreza, particularmente notoria en el medio rural;[2] el tratamiento que recibían los detenidos en las comisarías nunca fue el centro de la preocupación social. Igualmente nuestra "democracia perfecta" coexistía sin violencia con una legislación electoral fuertemente flechada en favor de los grandes partidos y que dejaba un mínimo de libertad al elector.

En lo fundamental, esa restricción no chocaba la sensibilidad de los uruguayos porque coincidía con la forma como era sentido el ámbito de libertad por el común de la población. Para muchos, el espacio de las "libertades públicas" protegía solamente a quienes, desde el punto de vista de las adhesiones políticas, podían considerarse plenamente "uruguayos" por ser integrantes de las colectividades tradicionales. Ellos podían ser objeto del amparo que ofrecen las garantías constitucionales y legales; para el resto, la solución propuesta era "que se vaya a Cuba o a Rusia".[3] Los uruguayos habíamos logrado aceptar que los pequeños defectos de nuestra convivencia social y política eran irrelevantes y sin duda se corregirían fácilmente con el tiempo.

La imagen tan autogratificante del presente se apoyaba en una visión del pasado generada a partir de la particular respuesta dada por la sociedad uruguaya a algunos de sus desafíos históricos. El relato "de nuestros orígenes" surgió sobre fines del siglo XIX, y contribuyó a fundamentar la autoestima de los uruguayos a partir de una lectura de la realidad material del país que le permitía compararse con cierta ventaja con la de los países vecinos. Hasta entonces, la "República Oriental" era una especie de "hija menor" de Argentina que se había visto separada de su madre por la fatalidad de la guerra y la perfidia de la diplomacia brasileña, pero era de esperar que tarde o temprano, el Estado Oriental se reintegraría al núcleo original. La imagen de provincia que poseía el nuevo Estado, parece haber comenzado a modificarse desde mediados del siglo, pero pasaron varios años antes que las transformaciones de la mentalidad colectiva encontraran su correlato histórico.

Las tensiones de fines del siglo pasado (el desarrollo productivo y comercial del país, la consolidación nacional de Argentina y Brasil, el aluvión de inmigrantes) puso a los "uruguayos" en presencia de "el otro", que en este caso estaba representado por los vecinos, más que por el inmigrante recién arribado. Se trataba de presentar al inmigrante (tan deseado en la época, como factor de civilización) una oferta nacional atractiva entre otras similares de la región. A esto se agregó la "doctrina Zeballos", uno de los debates centrales de comienzos de este siglo, que tomaba como uno de sus ejes una interpretación del surgimiento de Uruguay para argumentar que este país no tenía derecho a aguas territoriales, un problema que era bastante relevante en una época que tenía fresco el papel de Montevideo como puerto de intermediación, y que todavía creía que podía llegar a reactivarlo.

Desde esa realidad se elaboró una visión de la historia que desmontaba las principales "carencias" del pasado uruguayo: la tardía y desganada colonización española, el origen estatal relativamente reciente (se remontaba al desembarco de los Treinta y Tres), su reducido tamaño en una época donde el criterio darwiniano que predominaba presentaba como deseables los grandes Estados, más capacitados en la lucha por la vida. Surgió por entonces "Uruguay", una entidad estatal y nacional autosuficiente con realidad económica y social independiente. Desaparecieron, correlativamente, los nombres "históricos" del territorio, aquellos que lo definían con relación a entidades mayores (provincia "Oriental" o "Cisplatina") identificables con Argentina o Brasil. A esta entidad conceptual recién nacida hubo que inventarle una historia, proceso que se verificó desde varias vertientes diferentes y que tiene algunos puntos altos tales como la *Historia de la dominación española en el Uruguay* de Francisco Bauzá (el título es todo un programa político), una de las primeras obras donde aparece sistemáticamente la designación de "Uruguay" para el Estado y su territorio, o la arrogante *Historia de la civilización uruguaya* de Orestes Araújo, un título que hoy puede resultar desconcertante pero que en su época significaba una verdadera declaración de emancipación nacional.

El resultado de todo este trabajo dio origen a una nueva "memoria social" uruguaya, compuesta por conmemoraciones y olvidos cuidadosamente estructurados, que nos vincula a través de la pertenencia a un pasado que consideramos común. La construcción de esa memoria social resultó muy conflictiva, y lo que hoy en día consideramos "el relato de nuestro pasado" es en realidad una compleja amalgama de diversos relatos que no se ligan muy fluidamente y que en oportunidades resultan claramente contradictorios. El trabajo de varias generaciones de historiadores, docentes y literatos han logrado disimular las costuras más evidentes y construir una versión unificada.

La versión final del relato (la "historia oficial" uruguaya) cristalizó en la época en que se vivía la euforia del primer batllismo. Este relato puede verse entonces como una "profecía histórica" explicativa de esa realidad tan gratificante: mostraba a un país en progresivo ascenso, que iba "de menos a más" en todos los órdenes. Correlativamente, incorporó algunas peculiaridades: incluyó la imagen domesticada de los indígenas (valientes, callados, amantes de su libertad, que se eclipsan disciplinadamente a comienzos de la vida independiente) y transformó a los gauchos de hampa rural en héroes libertarios; aparecía la "patria vieja" como una prefiguración del Estado independiente, en la que se manifestaban, bien que prematura e imperfectamente, algunos de los rasgos con los que el Uruguay batllista gustaba identificarse: la lucha por la libertad enmarcada en el respeto de la legalidad y modelada en una matriz fuertemente racionalista, impulsando un proyecto que se adivinaba a través de su preocupación por la cultura y su relativa indiferencia religiosa. Por muchos años, Artigas fue batllista.

Con la reivindicación de Artigas terminó una etapa de la elaboración de nuestro pasado. La etapa siguiente resultó aún más conflictiva; las convulsiones

que desembocaron en la Independencia ya mostraban la impronta del conflicto partidista que marcaba todo el resto del relato histórico. La discusión sobre la fecha de la independencia simboliza el conflicto entre una visión "blanca" (centrada en el protagonismo de Lavalleja y de los Treinta y Tres, y que se apropia de la fecha del 25 de agosto de 1825 como origen de nuestra "independencia") y una visión "colorada" (con protagonismo de Rivera y la campaña de las Misiones, y reivindicadora de la fecha del 18 de julio de 1830 como origen de nuestra "vida independiente").

Esta visión dicotómica generaba dos relatos paralelos. Un relato rectilíneo y "oficial" surge claramente como dominante: luego de los dolores del parto y las rebeldías propias de la juventud, el país se encaminó por una senda de ininterrumpido progreso hasta el presente. Las sangrientas guerras civiles quedaban como las naturales convulsiones de una sociedad en formación donde algunos compatriotas confundidos ponían obstáculos a la labor gubernamental del partido colorado. Pero gracias a la capacidad de sus gobernantes (siempre colorados), el país superaba progresivamente sus dificultades hasta llegar a la década del veinte donde la libertad política y la coparticipación institucionalizada de los partidos en el poder en el marco de un régimen de plenas garantías electorales, transformaba a Uruguay en un país excepcional. Sin población indígena, con alto porcentaje de inmigrantes, un desarrollo industrial moderado y una fuerte adhesión a las prácticas democráticas, Uruguay comenzó a verse a sí mismo como un fragmento de Europa implantado en América Latina. Este relato dominante generaba a su vez, una contracorriente que no llegaba a configurarse en una "historia revisionista" porque no alcanzaba a estructurar un relato alternativo, pero lograba articular versiones contestatarias de algunos episodios relevantes.

La difusión de la preceptiva histórica positivista (gran constructora de "historias nacionales"), contribuyó a la consolidación de este resultado con su sacralizado concepto de documento concebido como un escrito generado por el Estado. Una historia redactada a partir de los "documentos" permitía eliminar la variedad de relatos desde otras perspectivas; todas las "historias" generadas desde otra situación eran desdeñadas como "anécdotas", *petit histoire* o testimonios sin valor general. En cualquier caso, el investigador que lograba desenterrar de los archivos oficiales aquel documento que hasta entonces había permanecido en secreto, y lo presentaba en el momento oportuno, se transformaba sin duda en el dueño del criterio de "verdad histórica".

Así se generó un fuerte contraste entre los testimonios sociales elaborados durante el siglo XIX, y los que aparecen en este siglo. Para entonces, Uruguay había instalado una estructura muy eficaz, la escuela vareliana, con el objeto de "crear uruguayos" a partir del material humano provisto por la inmigración.[4] En el marco del sistema educativo se inscribió la difusión de un relato creado para su uso particular (el aula es el destino –confeso o no– de toda la investigación historiográfica uruguaya) y que, en la medida que fue creciendo la autoestima de los orientales, fue progresivamente desvinculándose de sus aspectos más

tenebrosos, o buscando un discurso que los justificara. El resultado fue ampliamente exitoso, ya que hizo desaparecer la traumante experiencia de casi tres cuartos de siglo de guerras civiles, detrás de un relato terso que nos hablaba de un Estado que ocupaba siempre el centro de la escena con sus presidentes, sus ministros y sus "creaciones" legales. La presencia permanente de la violencia, que era el rasgo más destacado de la convivencia social (el asesinato, la guerra civil, la violencia cotidiana, está presente permanentemente en el relato, generalmente a través de testimonios directos de sus protagonistas o víctimas),[5] se vio sustituida por un relato que nos habla de grandes actos oficiales o de una cotidianeidad casi siempre referida a lo público: el aspecto urbanístico del Montevideo colonial, las versiones pasteurizadas de sesiones del Cabildo o los pregones de los vendedores ambulantes, que tomando por base algunos relatos de Isidoro de María lograba formar una edulcorada versión de las interacciones sociales que limaba las diferencias y destacaba la solidaridad fundamental de los protouruguayos.

La historia de los períodos siguientes se construyó a partir de la prolongación de los mismos parámetros, con la única novedad de la incorporación de "el otro partido" en el relato. La historia del siglo XIX uruguayo se apartó del esquema tradicional (demasiado dependiente del modelo sarmientino de civilización contra barbarie) y aceptó un relato que adjudicaba al partido blanco una cuota de méritos de la democratización política. Para ello debió admitir como "históricamente útiles" las guerras civiles, y aceptar que lo que en el siglo pasado era visto como una atroz carnicería se transformara en un camino posible para acceder a un objetivo político deseable. También aquí la historiografía marchaba detrás de la realidad: la legitimación histórica de la lucha del partido blanco llegaba después de la aceptación de la legitimidad institucional del bipartidismo.

La recreación historiográfica del siglo XX, posterior al primer batllismo, mantenía, aunque con esfuerzo, las características anteriores, en un relato en el que predominaba la tolerancia y las buenas maneras: los golpes de Estado eran incruentos e incluso los había "buenos", y las dictaduras, solamente breves intermedios en los cuales se corregían algunos vicios de la etapa anterior y se preparaba a la sociedad para alcanzar nuevas metas. Se trataba de aplicar a los golpes de Estado de Terra y de Baldomir el mismo molde interpretativo utilizado para explicar el golpe de Estado de Cuestas. Esto permitía diluir las responsabilidades de los partidos políticos y mantener la idea de la "especificidad" de Uruguay.

Es claro que la construcción descartaba muchos materiales que no eran precisamente de deshecho. Para referirnos sólo al siglo XX, no todos los golpes de Estado había sido tan incruentos, ni nuestra convivencia tan pacífica. Para transformar a la dictadura de Terra en "dictablanda", fue necesario olvidar a los torturados por la policía terrista, el asesinato de Grauert y la secuela de muertos de la Revolución de 1935.[6] El mecanismo que transformó al general Baldomir en golpista "bueno", debió dejar en la penumbra su responsabilidad (en cuanto

Jefe de Policía de Montevideo) en la instrumentación del golpe y la represión a los opositores.[7] Aquí tampoco se produjeron innovaciones: Baldomir significó solamente el primer "Tajes" del siglo XX, y la explicación política del episodio retomaba las mismas amnesias que caracterizaron al relato histórico de la transición del "militarismo" al "civilismo".

La reinstitucionalización de comienzos de los cuarenta primero, y la prosperidad de la posguerra después, devolvieron a Uruguay a su impostación triunfalista: era una isla de libertad en un mundo convulsionado, un país donde –en plena guerra fría– el comunismo era legal pero perdía votos en elecciones irreprochables.

Aquel país de la "garra charrúa", la "Suiza de América", tenía respuestas para todo; los oscuros acontecimientos del pasado que no coincidían con esa imagen idílica, fueron borrados del recuerdo. Aparentemente, vivíamos en el mejor de los mundos posibles. La construcción era enormemente eficiente, ya que permitía involucrar a todos en un relato triunfalista y euforizante, que nos hacía sentir fuertemente lo bueno de ser "uruguayo" y nos compensaba por nuestra pequeñez territorial y evidente debilidad material. El costo que había que pagar para ello no parecía demasiado grande. Las voces que se levantaban para denunciar la endeblez de la construcción, eran sistemáticamente ridiculizadas, y los ecos que despertaban las opiniones del doctor Quijano son una prueba suficiente de ello. El poder de tal discurso se imponía incluso a quienes declaraban no aceptarlo y aun lo atacaban presistentemente: argumentaciones que se quieren fuertemente cuestionadoras, dejan resquicios por los que se pueden ver las antiguas (y todavía sólidas) estructuras de mitos.

Pero éstas ya resistían con dificultades el asedio de la realidad.

El fin de la inocencia

Es sabido que lo bueno no dura, y la crisis de los sesenta nos puso de cara a todo aquello que preferíamos no aceptar: las debilidades de la estructura económica, las distorsiones de la pirámide social, la incapacidad de respuesta ante la crisis política. Allí comenzaron a evidenciarse los embates cada vez más fuertes contra un modelo que ya dejaba de funcionar. Ante la mirada crítica de una generación comenzaron a derrumbarse los mitos fundantes, demolidos por el descubrimiento de las omisiones y distorsiones del discurso: todos nuestros héroes nacionales tenían momentos inconfesables en su vida, y quien no había sido un traidor, se había enriquecido por medios oscuros; sólo Artigas se vio milagrosamente a salvo de un derrumbe que arrastró a todos sus contemporáneos y sucesores.

Quizá esta hubiera sido una oportunidad para iniciar una revisión a fondo, si no se hubiera visto atrapada en la misma lógica del relato que quería sustituir. Si la versión dominante se había construido sobre la base de la negación de las disidencias y el ocultamiento o la disculpa de los aspectos más criticables de la

actuación de los "héroes", la versión "contestataria" adoleció de defectos similares: se apoyó solamente en los aspectos negativos, manteniendo un discurso uniformizador que resultaba una especie de negativo fotográfico del relato tradicional. El resultado llevaba camino de ser un corpus tan homogéneo como el dominante, cuando la dictadura vino a poner una lápida sobre el debate, sepultando por igual aquella vieja imagen que fuera tan satisfactoria y ahora ya vaciada de sentido, y la embrionaria (y ya casi frustrada) versión sustitutiva.

Con gran esfuerzo, el gobierno militar intentó reconstruir un discurso integrador de fuertes connotaciones autoritarias (los festejos del sesquicentenario proveyeron un buen pretexto, así como las habituales conmemoraciones patrióticas). La visión de una nacionalidad fuertemente anclada en el pasado y con "psicosis de cerco" [8] no era del todo extraña a la tradición historiográfica uruguaya, pero no fue aceptada por el conjunto de la población. Por su parte, la oposición elaboró (particularmente desde el exterior) un contradiscurso que incorporaba a la totalidad de las fuerzas democráticas en el enfrentamiento contra la dictadura, aunque pagando tributo a las circunstancias de su elaboración, presentaba la situación en términos crudamente antinómicos. El planteo se basó en la reivindicación de las instituciones y de la convivencia democrática como datos esenciales de la existencia de Uruguay como nación. Se formulaba así un nacionalismo liberal e integrador, que refundaba la convivencia a través de la revalorización de la democracia como valor opuesto al nacionalismo autoritario y excluyente del régimen militar.[9] En la salida democrática algunos de estos aspectos se reforzaron en experiencias tales como la "Concertación Nacional Programática" y otras iniciativas impulsadas conjuntamente por los partidos políticos y las fuerzas sociales. La conjunción de las dirigencias políticas y sociales en el clima de la apertura posdictatorial inauguró un nuevo discurso que se profundizó en los meses siguientes.

La restauración democrática inició un vasto proceso de revisión del pasado reciente; la sociedad uruguaya se volvía a crear a partir de la recomposición de las diferentes historias que se encontraban sumergidas dentro del homogéneo discurso dictatorial: los testimonios del exilio y de la prisión, las historias parciales desde perspectivas sectoriales o regionales hicieron oír su voz, en un coro plural y enriquecedor que contribuyó a recomponer la imagen que teníamos de nosotros mismos, tan deteriorada por la crisis económica, el golpe y sus secuelas.

En este contexto muchos de los mitos anteriores se habían derrumbado. Ya no había sustento para la "Suiza de América" ni para la arrogante imagen del Uruguay "europeo", y se imponía a los ojos la compleja y variada realidad de nuestra sociedad. En el contexto de tal revisión resurgieron (como una premonición anclada en el pasado) los genocidios fundacionales de nuestro país, particularmente el de los indígenas.[10] La sociedad uruguaya comenzaba a enfrentarse a algunas realidades que hasta entonces había eludido: comenzaba a evidenciarse que la intolerancia y la represión estaban (aunque no nos

gustara) en la base de nuestra convivencia, y era un buen ejercicio comenzar a revelarla, aunque tuviéramos que aceptar que muchas de las conductas consideradas "desviadas" nos eran más próximas de lo que hubiéramos deseado. Sin embargo, la pervivencia del discurso monocorde todavía se filtraba (bastante insidiosamente) en un debate que precisamente trataba de superarlo.[11]

El momento parecía el indicado para tomar conciencia del problema y procurar su superación. Incluido programáticamente desde mucho tiempo atrás, las vías de acceso a un discurso menos totalitario se cerraban en el acto mismo de su práctica y quedaban atrapados en la misma lógica uniformizadora.[12] Parecía abrirse el camino para el surgimiento de una visión múltiple que "humanizara" el dominante maniqueísmo de buenos y malos "absolutos". Nadie puede ser permanentemente "bueno" o "malo" en cada uno de sus actos; nadie tampoco puede incluir cada una de sus acciones cotidianas en el polo positivo de la oposición bien-mal. Esto es una verdad habitualmente admitida a nivel declarativo, pero en su aplicación a los casos concretos, la mentalidad uruguaya parece atribuirla al producto histórico de épocas decadentes: en la etapa primigenia de nuestra existencia, (cuando estábamos más cercanos a un rousseauniano estado de naturaleza), los hombres podían actuar siempre correctamente y no cometer errores, y así nuestro héroe fundador tenía una actuación sin mácula.

Esta visión infantilizante tiene una extraordinaria perduración y va acompañada por una irresistible tendencia a la represión, ya que una imagen tan monolítica difícilmente pueda resistir el acoso de una investigación seria. De allí en más, los protagonistas debían ser impolutos para hacerse merecedores de los honores cívicos; un escalón más abajo en la escala de la perfección los volvía ilevantablemente perversos y pasibles de ser entregados al oprobio. Así el bloqueo subsiste: las notas negativas de la acción de un "prócer" no pueden integrarse conjuntamente a sus aspectos positivos en una construcción que tenga carnadura humana, más próxima a la falibilidad de nuestros contemporáneos; aquella imagen depurada debe aceptarse en su totalidad o ser rechazada en bloque, y en este caso, si se trata de la imagen de Artigas, el réprobo debe ser denunciado para escarnio público.

Esta forma de la represión, en cuanto implica la negación del "otro" fue (también) una de las notas características de la acción del gobierno militar. La toma de conciencia de la existencia de esta esencial comunidad entre los rasgos característicos de la dictadura militar con algunos de los aspectos más arraigados de la tradición uruguaya resulta fundamental, no para justificar la dictadura sino para rectificar nuestra actitud tradicional frente a las disidencias.

En el marco de la fermentación de ideas generado por la apertura democrática, por un momento pareció que estábamos por adquirir la mayoría de edad. El motivo lo proveyó la novela de Tomás De Mattos y la polémica que se desató a partir de las críticas planteadas por Washington Lockhart. Hugo Achugar lo expresaba por entonces: "El problema es otro. Esto último, para que quede más

claro, nada tiene que ver con la discusión sobre Artigas y Rivera sino con el derecho a opinar y a disentir que tiene todo ser humano. Derecho que empieza por aprender que el prójimo tiene derecho a su error como yo al mío. Pero en realidad el asunto va por otro lado. Va por el lado de los catones y los depositarios de la verdad. Si De Mattos tiene derecho a su verdad y Lockhart también lo tiene a la suya, todos tenemos derecho a lo que me parece es la apuesta central de *¡Bernabé, Bernabé!* que es la relatividad histórica y la duda".[13]

Sin embargo, esta reveladora polémica fue absorbida finalmente, al igual que otras, por el apasionado debate sobre la dictadura centrado fundamentalmente en responsabilidades políticas y actitudes del período que terminaba. A medida que se acercaba el momento de las definiciones sobre los temas más graves, el centro de cualquier intercambio de ideas llegaba infaliblemente a la personalización y la responsabilidad en actitudes recientes, alineadas siempre en ejes fuertemente cargados de contenido emotivo: resistencia o colaboración con la dictadura, denuncia o participación en la represión, etcétera.

En el proceso de su desarrollo, el objetivo del debate se canalizó hacia una vía sustitutiva. La reconstrucción de las heridas sociales derivó hacia formas de reparación institucional de algunos de los efectos más chocantes y dolorosos de la represión, tales como la reunión de familias dispersas o la recomposición de carreras laborales. Estas reparaciones, muy importantes por sí mismas, terminaron vicarizando la reconstrucción del daño social global en algunas de sus manifestaciones particulares: hasta cierto punto estas reivindicaciones parciales actuaron como indemnización a la sociedad como totalidad. Mientras tanto, la dictadura como fenómeno histórico se configuraba como un monstruo inasible en nuestra historia reciente.

El debate llegó al paroxismo en el período transcurrido entre la aprobación de la Ley de Caducidad y el recuento de las firmas en favor de un referéndum por la Corte Electoral. La profunda movilización que implicó la resistencia a la ley tensó hasta el límite las fuerzas de oposición y logró involucrar a vastos sectores de la población, en particular de jóvenes. Sin embargo, aun antes de la consumación electoral del proceso de impugnación, el impulso parecía agotado: la capacidad de captación de los dos bandos pareció haber alcanzado su máximo antes de la elección, y luego comenzó a languidecer progresivamente.

Tareas pendientes

Puede afirmarse que el resultado del plebiscito de abril de 1989 clausuró prematuramente el debate sobre la dictadura, y empañó el espejo que ésta presentaba a la sociedad. Quizá como otro resultado de nuestro habitual maniqueísmo en el análisis de los fenómenos sociales, los partidarios del referéndum lo vivieron como una "derrota", sin rescatar los resultados más

positivos de su iniciativa. De allí en adelante el tema desapareció de la agenda, y todo intento por reflotarlo ha recibido el silencio por respuesta o la expresión sancionatoria de parte de los intérpretes de "la opinión pública". Los casos que por entonces estaban en vías de solución, se resolvieron (bien o mal), y se bloqueó la posibilidad de plantear otros.

En ese marco, el cierre del debate no puede verse como una manifestación de salud social. Muchos temas pendientes desaparecieron antes de resolverse; no hubo agotamiento o solución del problema, sino una actitud de bloqueo tan característica de la sociedad uruguaya. Más que la evidencia de que los partidarios de la vigencia de la Ley de Caducidad eran más que los partidarios de su derogación, el resultado fue interpretado como una sanción del conjunto de la sociedad contra los impulsores de la iniciativa. Estos se llamaron a silencio, sus adversarios no tenían interés en ventilar el tema, y allí murió la discusión.

Sin embargo, parece necesario intentar un replanteo del debate, ya que el tema aparece como un obstáculo más en la siempre compleja relación con nuestra historia. Esa actitud culposa que los uruguayos tenemos con nuestro pasado es doblemente grave en este caso, habida cuenta de las grandes expectativas que la "salida democrática" despertó tanto en lo interno como en lo internacional. Los aspectos positivos que por entonces se vieron en la "salida a la uruguaya" se han visto sustituidos por una inexpresable sensación de malestar, de indefinible responsabilidad a nivel de todo el cuerpo social, que se manifiesta en la desagradable sensación de haber perdido una oportunidad histórica.

Quizás ahora que han pasado algunos años de estos hechos, se pueda replantear el problema desde una perspectiva algo diferente. El "enfriamiento" de la temática puede contribuir a su racionalidad, sustituyendo el ánimo culpabilizador (o exculpatorio) que fuera el eje central en el debate, para tratar de integrar el período de la dictadura dentro del continuo de nuestro pasado. Esta inquietud no es meramente una preocupación académica, sino que parece esencial para superar la sensación de culpa que buena parte de la sociedad todavía conserva.

A priori, parece difícil imaginar que absolutamente todo lo hecho por la dictadura fue malo o criticable, o que a ella debemos los males que hoy nos aquejan. Igualmente es necesario reconocer la responsabilidad que la sociedad en su conjunto ha tenido con algunos de los aspectos más criticados del régimen militar. Si admitimos que del seno de nuestra democrática "Suiza americana" salieron los represores y los torturadores de la dictadura, entonces resulta difícil escapar a la incómoda sensación de que la historia hizo una selección aleatoria de los victimarios y de las víctimas, y que estos papeles pudieron haber sido intercambiados si las circunstancias hubieran sido inversas.

En esta dilución de la maniquea concepción de la "verdad", la distribución de roles entre "buenos" y "malos" resulta mucho más compleja. La sociedad en su conjunto no fue solamente la "víctima" de la dictadura, sino también su

estímulo y su agente; la idea de que el gobierno militar es una ruptura atípica en nuestra historia resulta muy gratificante para nuestra autoestima, pero pasa por alto los aspectos de violencia, intolerancia y autoritarismo que son un rasgo permanente de nuestra convivencia social.[14]

Si tenemos claro que la violencia forma parte integral de nuestro pasado y no es una manifestación ajena a nuestra convivencia social, podemos entonces proponer algunos criterios que pueden servir para "ventilar" el debate sobre nuevas bases. En principio, postulemos como agotadas las perspectivas cerradamente presentistas que imaginan a la dictadura como la encarnación uruguaya del mal, como el resultado de una perversa acción del "afuera" sobre nuestro "país modelo" o que la señalan como la responsable directa de todos y cada uno de los problemas actuales. Para superar este maniqueísmo tradicional y acercarnos a una visión más funcional de nuestra experiencia de gobierno militar, parece necesario imaginar otros abordajes posibles al problema.

Ampliar el campo visual

Uruguay ingresa al período dictatorial luego de una larga crisis estructural que se prolongó por toda la década de los sesenta. Esa crisis afectó necesariamente el funcionamiento de la sociedad y sus instituciones, que ya llegaban con cierto deterioro cuando se produjo el golpe de Estado. Es importante entonces evaluar ese deterioro para poder considerar con justeza la responsabilidad de la dictadura, ya que de ello depende también la posibilidad de corregirlos. Atribuir las distorsiones del funcionamiento presente a las consecuencias de la dictadura, supone aceptar implícitamente la fácil confianza de que "la democracia todo lo resuelve". Esta simplificadora sobrevaluación de las expectativas es muy funcional a los efectos de la propaganda democrática, pero choca rápidamente con la incapacidad de la democracia, por sí misma, para corregir dificultades en las esferas no políticas, lo que sin duda incide en el "desencanto" que para muchos es uno de los datos de la realidad uruguaya actual.

Tal vez sea en el análisis de los problemas del sistema educativo donde la relatividad de la responsabilidad de la dictadura se observa con más claridad, a pesar de que frecuentemente se le adjudique una enorme responsabilidad en ese ámbito. Es evidente que la etapa dictatorial no contribuyó a resolver ninguno de los problemas que mostraba el sistema, pero no debemos olvidar que éste ya se encontraba afectado por rutinas y deterioros que influían en el nivel de la enseñanza, incluso en las más tecnificadas como la Enseñanza Primaria. La rutinización de algunos recursos que fueron eficientes para el logro de objetivos institucionales ya aparecen denunciados mucho antes del golpe de Estado. La desprofesionalización de los docentes en la Enseñanza Secundaria aparece desde su separación de la Universidad y su creación como autoridad autónoma; no es, por lo tanto, un fenómeno nuevo. A esto se le agrega el posterior deterioro de los salarios docentes, fenómeno que ya aparece a fines

de la década de los sesenta. Ninguno de estos problemas fueron consecuencia del gobierno militar, aunque sin duda éste contribuyó a agravar los vicios del sistema sin revalorizar ninguna de sus virtudes.

En otros sectores de la actividad pueden rastrearse elementos de valor ambiguo. ¿Cómo podemos evaluar la emigración de mano de obra? Aunque se acentuó fuertemente en los primeros años de la dictadura, es un fenómeno que se inició en la década de los sesenta, incluso bastante antes del golpe de Estado. La atribución de responsabilidad a la dictadura, en este caso, no es absolutamente precisa y una de las imputaciones clásicas, la división de las familias, comienza a diluirse en el laberinto de una estructura económica que, antes y durante la dictadura, expulsa mano de obra. Por otra parte, a fines de la década de los setenta pudo apreciarse un fuerte incremento del PBI y un gran aumento de la actividad en algunos sectores como la construcción. Estos "boom" sectoriales ocurrieron en un marco de fuerte explotación de la mano de obra y caída del salario real, lo que ha permitido juzgar negativamente su impacto social en el contexto de la evolución de esos años. Sin embargo, es posible preguntarse hasta qué punto esos "boom" sectoriales no admiten una evaluación positiva en la medida en que incidieron para refrenar la emigración y para incorporar nuevos integrantes a la clase trabajadora, lo que era un prerrequisito esencial para la recomposición del movimiento sindical vivida a comienzos de la década de los ochenta.

Ensanchar el coro

Una historia "desde el Estado" no es una creación de la dictadura, sino la continuación de la tendencia historiográfica tradicional en nuestro país. La historia de la dictadura construida desde 1985 ha logrado desmontar buena parte de la historia del Estado elaborada en el período dictatorial, y construir un relato sustitutivo del presentado en aquellos recordados informes elaborados por la Junta de Comandantes, que aportaban mucho más al conocimiento de la mentalidad militar que a la historia del período.

Tradicionalmente, el coro de la sociedad uruguaya ha quedado demasiado reducido: muy pocos tienen voz, y esas voces entonan una monodia demasiado homogénea. Es claro que en la sociedad uruguaya las voces son muchas, pero no siempre han logrado hacerse oír. Ampliar ese coro social y diversificar sus registros, es también una tarea del momento presente. La diversificación de las voces en el relato histórico y la presencia de los humildes como centro es una expresión de los progresos de la democracia. Como una manifestación historiográfica de la apertura democrática, otras historias se abrieron camino a medida que el Estado abandonaba el centro del escenario: la resistencia, la reconstrucción de los sindicatos, el papel de la mujer. Si bien esto permitió una saludable diversificación en la reconstrucción de la peripecia social, el proceso quedó incompleto: cuando fue posible, el relato se alineó en el par resistencia-

colaboración, reduciendo toda la diversidad de la acción social a un solo eje. Cuando esto no fue posible y las historias no se dejaron alinear en ese eje, quedaron postergadas y todavía no se han concretado: hay movimientos sociales y procesos institucionales de la época dictatorial que todavía están esperando un estudio serio. El predominio de un solo ángulo de la mirada se justifica a la luz del "redescubrimiento" social luego de la dictadura; pero una relectura desde el presente implicaría la necesidad de diversificar los ejes del relato.

Esa reducción no operó solamente en la temática, sino también en otro aspecto: Montevideo ha sido hasta ahora el gran foco de nuestra historia tradicional, y esto se mantiene en la reconstrucción del relato del pasado reciente. En la inmensa mayoría de los casos los relatos se refieren a la represión política o sindical en Montevideo, o a la reconstrucción de los sindicatos de la capital o de las dirigencias políticas nacionales, que desarrollan en la capital lo principal de su acción. A pesar de ausencias importantes, la imagen que se encuentra en los estudios sobre la dictadura es netamente "montevideana". Pero esto provoca desajustes de perspectiva, ya que Montevideo no es una muestra representativa de todo el conjunto del país.

Esta imagen "capitalina" de la dictadura deja algunos aspectos importantes sin explicar, por ejemplo, la ratificación del mandato de algunos Intendentes de la dictadura realizada en las elecciones de 1984. La explicación convencional, que recurre al clientelismo político y otras formas de caudillismo, muestra una pizca de arrogancia montevideocéntrica y de subestimación al electorado del interior. Allí parece claro que está faltando una mirada comprensiva del fenómeno, elaborada desde la óptica de quienes lo vivieron en el ámbito de unidades sociales más pequeñas.

Quizá uno de los desajustes más reveladores se encuentre en el balance que hace cada complejo social del "segmento de dictadura" que le tocó vivir. En la visión montevideana (y en la de quienes fueron los perseguidos en el interior) sobresale el aspecto traumático de la represión, la tortura, etcétera; por el contrario, la mayoría de la "opinión pública" del interior se apoya más en aspectos de políticas "micro": caminería, administración comunal, industrias locales (que son generalmente muy poco apreciados desde la otra perspectiva), pero tiende a manifestar cierta inquietante tolerancia hacia los aspectos más chocantes de la represión.

Es posible que la respuesta a este desajuste se encuentre en la diferencia que se muestra entre el desarrollo de las relaciones sociales en el interior con respecto a Montevideo. Aparentemente, una buena parte de la sociedad montevideana incorporó la experiencia de la dictadura con una mirada crítica hacia la tradición, reforzando las tendencias a la apertura y la tolerancia frente a la diversidad de opiniones. En el interior, en cambio, perduraría aún cierto "espíritu de secta" que lleva a reservar la protección de los derechos individuales a quienes son estrictamente "uruguayos" según la definición, más ideológica que jurídica, que mencionábamos más arriba, y que considera *pecata*

minuta las transgresiones cuando éstas afectan a miembros de colectividades minoritarias.

Si esto es así, podemos admitir que en la composición actual de la mentalidad social de muchos uruguayos subsisten aquellos elementos tradicionales, comunes con aquella mentalidad militar que guió la acción represiva de la dictadura. Coincidirían así, en un nivel muy poco visible, las tendencias de la dictadura y las de un importante segmento de la sociedad.

Una prueba indirecta de esto parece obtenerse comparando los resultados electorales de 1984 con el "No" de 1980: en algunos casos se percibe una sugestiva contradicción entre ambos datos, lo que parece mostrar una diferencia entre las dos opciones que no resulta evidente desde Montevideo. Desde la perspectiva capitalina, el "No" de 1980 y las opciones antidictatoriales de 1984 son dos elementos que van juntos; en cambio, no parece haber sido considerado así por algunos electorados del interior.

Tomemos un ejemplo concreto. Paysandú fue el departamento con más alto porcentaje de voto por "NO" en 1980 (65,1%), lo que se interpretó (y creemos que no erróneamente) como una victoria de las tendencias democráticas. Sin embargo, cuatro años después, en las elecciones nacionales, el Intendente de la dictadura resultó ratificado en su mandato; y aunque ese triunfo fue por escaso margen, reunió 21.633 sufragios, más que el total de votos por "Sí" de 1980. ¿Cómo interpretar estos datos, aparentemente contradictorios? ¿Podemos adjudicarle sin más la responsabilidad a la "ley de lemas" o a la dispersión de votos opositores?[15]

Puede suponerse que el voto por la opción "No" en 1980 quizá no representó un voto por la democracia, en el sentido que se la entiende generalmente desde Montevideo (un sistema con libre juego de los partidos políticos y libertad de expresión), sino que forma parte de un complejo de valores que se inscriben en un concepto más "municipal", donde es fundamental la acción de grupos de poder de nivel local que se manifiestan por vías casi invisibles desde la perspectiva montevideana tales como el deseo de controlar el destino de los impuestos municipales (frente al excesivo centralismo del proyecto constitucional), o la posibilidad de incidir más eficazmente en la designación de los Intendentes. En este contexto, la lectura que considera que "triunfó la democracia", sin ser precisamente equivocada, debería explicitar más el concepto de "democracia" a que hace referencia. Al aparecer así más fuertemente matizada, la afirmación se complementaría mejor con la aparente contradicción de los resultados electorales.

Puede admitirse entonces la relevancia de algunos interrogantes: ¿La imagen de la dictadura que se puede construir desde los distintos puntos del interior es compatible con la visión habitual de la dictadura "desde Montevideo"? Más concretamente: ¿Hasta qué punto el relato de las restricciones a la prensa, por ejemplo, es relevante para comprender la dictadura desde la perspectiva de poblaciones que no poseen órganos de prensa? ¿El "caso Roslik" no mostró otra perspectiva de la represión, diferente de la exclusivamente

política, y que todavía no se ha rastreado en otras manifestaciones? ¿No está esperando también una historia de las fronteras, que defina en términos más precisos su ambigua valoración militar dividida entre su visión estratégica que recomienda su cierre como línea defensiva y la visión económica que propone su apertura como ámbito de intercambio?

No imaginemos, sin embargo, un replanteo *ab nihilo* del problema. Esa pretensión sería absolutamente ahistórica e implicaría la pérdida de todo lo que aportó el rico debate de los años de la apertura. No se trata de revisar la historia de la dictadura; algunos temas, como el de la tortura, pueden considerarse ya definitivamente sancionados por la sociedad: en ningún momento de la discusión sobre la "Ley de Caducidad" se admitió la legitimidad de la tortura, sino que el debate se limitó a evaluar las eventuales consecuencias de la derogación de la ley; por otra parte, la sociedad en su conjunto tomó conciencia de la existencia de torturas como una realidad cotidiana en la tarea de las fuerzas policiales o en el funcionamiento del sistema carcelario. Desde entonces ya no se pudo seguir cerrando los ojos a una realidad que se presentaba como intolerable, y esto ya es un cambio relevante.

La tarea por hacer, consiste en sacar del cono de sombra aquellas experiencias impulsadas por la dictadura que pudieron incidir en la superación de hábitos arraigados y consecuentemente, en la modernización de las prácticas gubernamentales. Tal vez algunos emprendimientos de la época de la dictadura merecerían una mirada atenta para evaluar su viabilidad como proyecto innovador. Por ejemplo, el intento de coordinación supradepartamental que significó el plan Norione todavía no ha sido correctamente evaluado, en una época en la que se admite la necesidad de este tipo de proyectos para superar las limitaciones implícitas en los proyectos de alcance departamental.

Diversificar el menú

La construcción de la memoria social es una operación que trasciende largamente las posibilidades de acción del historiador. Contribuyen a ella no sólo el libro de historia sino todas las obras culturales que tienen su objeto en la recreación del pasado; cualquier uruguayo compone una imagen del pasado artiguista a partir de una compleja y semiconsciente mezcla de imágenes pictóricas de Blanes y de imágenes literarias de Acevedo Díaz o de Zorrilla, además de los fragmentos de análisis histórico de Eduardo Acevedo o de Lucía Sala. Pero lamentablemente la reconstrucción literaria o artística no ha pasado de los comienzos de la vida independiente, y rara vez encontramos obras literarias o artísticas que intenten la recreación de situaciones de épocas posteriores. Algunas excepciones parecen confirmar esta afirmación: la imagen del asesinato de Venancio Flores, o el arrogante desfile del estado mayor santista pintados por Blanes, que el paso del tiempo han transformado en históricos pero que eran "notas de actualidad" en su momento.

Es innegable la importancia que las reconstrucciones no históricas tienen en

la construcción de una conciencia histórica. Así como para el caso uruguayo contribuyeron fuertemente a la construcción de una historia "aceptable" (los charrúas melancólicos de Zorrilla, el ceñudo Artigas reconciliado con Montevideo del cuadro de Blanes, las guerras civiles transformadas en páginas de heroísmo en Acevedo Díaz), es posible que obras por el estilo cumplan la función de "representación" ante la sociedad, haciendo visibles muchas realidades que hasta ahora permanecen ocultas. Algo similar a la función que cumpliera el cine y la TV españolas en los comienzos del posfranquismo, y que en nuestro país comenzó a apuntar con obras de teatro o con el extraordinario auge de las novelas históricas.

La diversificación de la oferta, esa ampliación del menú histórico aderezado de diversas maneras puede ser un aporte importante al debate social en el momento actual. Es cierto que desde la perspectiva del historiador existe cierto desdén por la reconstrucción literaria. La preceptiva positivista que contribuyó a reducir el criterio de "verdad" a aquello que podía apoyarse en un documento oficial, descartó la verdad "artística" como una representación válida del pasado. Algunos datos actuales parecen indicar que esa actitud está cambiando, y sería interesante que el cambio no se limitara a la simple tolerancia de una vía auxiliar para la reconstrucción histórica, sino que hubiera una productiva interrelación entre ambos: que el historiador y el artista puedan construir en conjunto a través de una fluida interacción, donde cada uno pudiera aportar desde su perspectiva para una tarea común. El resultado debería acercarse a un relato de la realidad donde puedan reconocerse todas las notas de ésta: sin complacencias, sin truculencias, sin concesiones. Quizá surjan de aquí las imágenes del pasado que permitan a los uruguayos identificarse y comprometerse con su propia identidad.

Releer el pasado

Uno de los obstáculos más serios que muestra la comprensión de la dictadura es su aparente "ajenidad" a nuestro pasado. Ya hemos visto que buena parte de la idea de la "placidez" de nuestra experiencia histórica anterior podemos atribuirla a una ilusión óptica provocada por décadas de labor historiográfica, pero esa imagen es la que cualquier uruguayo identifica como propia; y esta situación crea una compleja dificultad en el presente manifestada en la imposibilidad de construir un relato involucrante del pasado reciente. Desde esa perspectiva historiográfica, la dictadura representa una fractura en nuestro pasado, y esto implica un concepto muy ahistórico de la "especialidad" del momento presente. Si admitimos la profunda identidad entre el presente y el pasado (postulado que es el fundamento de la labor del historiador) y que la dictadura militar no es esencialmente diferente de otras dictaduras de nuestro pasado, entonces estaremos en posibilidad de comprender la experiencia dictatorial como una parte integrante de nuestro pasado, y en condiciones de

comprender cuáles son sus específicos elementos distintivos. Pero para ello debemos enfrentarnos a una relectura global de nuestra historia.

Esta relectura debe dar (por definición) un relato aceptable para la gran mayoría; debe integrar, por tanto, ecos de todas las voces; no puede ser un relato autoritariamente impuesto desde una sola de las perspectivas, autodefinida como relevante. El volumen y la importancia de tal tarea supera ampliamente las posibilidades de acción de los historiadores como grupo, pero necesita de manera fundamental del bagaje técnico del oficio de historiador para legitimar y hacer audibles algunas voces y mantener abierto el espacio social inaugurado desde la apertura democrática con el aporte de testimonios y relatos. Si se incorporan nuevos materiales como insumos del debate social, puede mantenerse y aún ampliarse el auditorio capaz de "...leer nuestra historia reciente y nuestra historia pasada. Honestamente, derechamente, sin cegueras".[16] Esto nos indica que si se trata de contribuir a la "apertura" del debate en nuestra sociedad, es necesario presentarse ante ella con menos arrogancia de quien es dueño de la verdad, y más con la sincera intención de conocer y comprender. Esta (creemos) es la única forma de derribar muros.

Conclusión

Si lo que hemos dicho no está demasiado errado, podemos concluir que es equivocada la idea predominante de que el análisis de la etapa dictatorial es un tema agotado. Por el contrario, quizá esta rápida revisión contribuya a la idea de que poco se ha dicho, que existe público con el oído atento esperando que se hable más del tema, y que el aparente desinterés se debe no al agotamiento de la curiosidad o del deseo de conocer, sino al hastío de abordajes muy frecuentados que poco dicen al lector de hoy, más de diez años después de procesada la apertura democrática.

Pero no se trata solamente de satisfacer una curiosidad, ni de una aplicación académica de la ley del mercado: por el contrario, el tema es esencial para el funcionamiento de esta sociedad. No cabe duda que la integración de nuestro pasado en nuestro presente incide de manera importante en las posibilidades actuales de acción sobre nuestra realidad. Gerardo Caetano comparó alguna vez a los uruguayos con penitentes medievales, que andaban permanentemente con pesadas piedras a sus espaldas. Es cierto que el peso de nuestro pasado nos agobia, pero lo hace en buena medida por nuestro empeño en dejarlo a nuestra espalda sin decidirnos a enfrentarlo. Si nos empeñamos en enfrentar nuestro pasado buscando justificaciones antes que explicaciones, lo convertiremos en una carga y no en un impulso. Hasta ahora, el "chivo emisario" de la dictadura ha servido como coartada para eludir el enfrentamiento de realidades en las que todos tenemos una cuota de responsabilidad.

Uruguay demoró cien años en incorporar su pasado español, y otros tantos en completar la valoración de Artigas; dejó pasar casi un siglo antes de aceptar

la importancia del militarismo del siglo XIX. Permítasenos alimentar la esperanza de que no tengamos que esperar hasta fines del siglo XXI para asimilar el impacto de la dictadura militar del siglo XX.

junio, 1995

Notas

1. J. Rial resume en cuatro mitos fundamentales existentes durante los años cincuenta: "...el de la medianía, para obtener seguridad, y para lograr un Uruguay feliz; el de la diferencia que nos hacía considerar fuertemente uruguayos; el del consenso, del respeto a la ley, a las reglas del juego que, en último término, cimentó el régimen democrático uruguayo, y el mito del país de los ciudadanos cultos, sustancialmente 'culturosos', con un mínimo muy por arriba de los estándares corrientes, conformaron la base del imaginario de los uruguayos en el período del Uruguay feliz. Mitos puestos en marcha a través de proyectos de élites, para 'modificar', unificar y, lo más importante, adaptar otros diversos imaginarios sociales, ideas, ideologías, en sentido débil, a esta sociedad nueva. [...] Su precio es, sin embargo, la medianía", en C. Perelli-J. Rial, *De mitos y memorias políticas*, EBO, Montevideo, 1986, pp.24-25.
2. R. Pi y G. Wettstein en *Rasgos actuales de un rancherío uruguayo*, Facultad de Derecho, Montevideo, 1955, denunciaban la actitud de la sociedad ante el problema del rancherío: "... todavía en 1955 se habla de haraganería criolla, de incapacidad para labores de responsabilidad, en resumen, de que no saben hacer nada.", p.155.
3. Sintomáticamente, esa actitud excluyente es compartida por los dos partidos tradicionales; a título de ejemplo, una expresión de esa actitud la encontramos en declaraciones de A. Heber: "Defenderé en mi gobierno a los partidos tradicionales que han hecho posible que toda reivindicación en los últimos años de la historia del país se conquistara sin derramar una gota de sangre. Toda injerencia extraña la pararemos con dureza", *BPColor*, 12/1/1966, p. 3. Podría suponerse que los blancos (históricamente vinculados con la defensa de las libertades públicas contra el exclusivismo colorado) podían ser más celosos defensores de la extensión del área de garantías.
4. La función cumplida por el sistema educativo público para transmitir valores nacionalistas y adecuar la formación básica de los ciudadanos a las exigencias de una economía en transformación, en el caso de la Argentina, ha sido estudiado por Francisco Bustamante, "Hacer a los argentinos. La ley de educación común como utopía modernista", en varios, *El Reformismo en contrapunto. Los procesos de modernización en el Río de la Plata (1890-1930)*, CLAEH-EBO, Montevideo, 1989, pp. 209-233.
5. La importancia del sistema escolar como exitoso difusor de conductas "civilizadas" ha sido largamente demostrada por J. P. Barrán en el tomo 2 de su *Historia de la sensibilidad*. Un testimonio de los mecanismos tradicionales de transmisión de los comportamientos sociales frente a la violencia aparece en el relato de "Don Zenón Larrañaga" recogido por Rómulo F. Rossi en *Un guayaquí de Rivera*. "Guayaquises"

era el nombre que recibían los niños enrolados en los ejércitos durante las guerras civiles; según el testimonio de don Zenón, su regimiento de guayaquises estaba integrado "por chiquilines de diez años para arriba, hasta de diez y seis, más o menos" y su función consistía en ayudar en las carneadas, hacer mandados, llevar carne a los fogones, etcétera. También se mezclaban con el ejército cuando el enemigo se desbandaba, "metiendo fierro que daba miedo" ayudando a matar a los soldados en fuga. Don Zenón explicaba así su comportamiento: "Mire mocito. Antes no habían escuelas, no había maistros que nos enseñasen lo bueno y lo malo. No había nada. La escuela era la Naturaleza. Y en todos los pagos no se hablaba más que de guerras, de matanzas. La vida era fácil, pero perra. En donde quiera se carneaba un animal pa comer; y nosotros, dende los primeros años, dende que gateábamos, humedecíamos nuestros pieses en la tibieza de la sangre que escapaba a borbollones de la res recientemente sacrificada pa sacarle unas achuras pa comer...". En ese contexto, para don Zenón la guerra "era el Destino!" Rómulo F. Rossi, *Recuerdos y crónicas de antaño* III, editorial Montevideo, 1926, pp. 17-18. Todos estas imágenes desaparecieron de la memoria colectiva, o perduraron transfiguradas en relatos épicos de impostación romántica o "realista".

6. Recordando la resistencia al régimen de Terra, R. Jacob anotaba al pasar esta situación: "Con el tiempo, el liberalismo rescataría el gesto de Brum, y con menos vehemencia recordaría a Grauert. A los caídos del '35 se les reservaría el olvido". R. Jacob, *El Uruguay de Terra 1931-1938*, EBO, Montevideo, 1983.
7. Con amarga ironía, el doctor C. Quijano recordaba la actitud de la oposición frente al golpe de Estado de 1942: "... a la postre, desembocaron en el apoyo al General que a las órdenes del Presidente vocacional y mesiánico, había sido el brazo ejecutor del 31 de marzo. De acuerdo con la frase célebre, lúcida, realista y cínica, se 'salió' del golpe de Estado a las grupas de uno de los que había participado en él, que pocos años después de haber llegado al poder dio otro golpe, el 'bueno'. Un clavo saca a otro clavo. Sin duda; pero deja el agujero." "Reflexiones sobre el 31 de marzo" publicado en 1965 y reproducido en *Cuadernos de Marcha*, tercera época, Nº 6, noviembre de 1985, p. 75.
8. Conmemorando el 19 de junio de 1979, decía el orador militar de turno, coronel Luis E.González: "...del pensamiento y la acción del General Artigas surge con nitidez esa vocación de libertad y soberanía que anima en forma permanente a los orientales. Esos idearios son los que han sufrido embates, de quienes escudándose a la sombra del pretendido criterio, que bajo la libertad y la democracia pueden prosperar todas las ideologías y todas las opiniones, se han convertido en el germen de la violencia subversiva, infiltrando e influyendo perniciosamente en todos los sectores de la actividad pública y privada. También atentaron contra el ideario artiguista aquellos que a través de una conducción política corrupta e ineficiente, mediante una complicidad ejercida desde los más altos cargos, brindaron un inestimable apoyo a la subversión, como también a quienes guiados por el afán de lucro o por ausencia de moralidad, medran sobre el trabajador humilde, creando así condiciones propicias para alentar la lucha de clases". *El País*, 20 de junio de 1979, p. 7.
9. En plena campaña desde el exilio, W.Ferreira Aldunate decía en la Cámara de Diputados de Ecuador en 1983: "Es por eso que pasamos a ser un país muy auténtico, muy país, y no por la influencia de una raza común, en sentido genético, no por consecuencia de la geografía, sino porque constituimos una comunidad espiritual. Consiste en el culto de algunas cosas: igualdad ante la ley, carácter representativo de los órganos de gobierno, elección periódica de los gobernantes, supeditación de

toda autoridad o centro de poder al gobierno civil, rígida observancia de un sistema de garantías de la libertad, de la libertad política y de la libertad individual. [...] Entre nosotros, cuando se atenta contra la sobrevivencia de estos valores espirituales se está poniendo en riesgo la existencia misma del país, que es eso, y si no no es un país". J. Raúl Ferreira (comp.), *Discursos, conferencias y entrevistas*, p. 89.

10. Una obra teatral (*Salsipuedes* de A. Restuccia, estrenada en mayo de 1985) y una novela (*¡Bernabé Bernabé!* de T. de Mattos, publicada en 1988), pusieron en el debate el tema de la masacre de los indígenas con evidente (pero elíptica) alusión a la represión de la dictadura. Curiosamente, ambas despertaron rechazos entre integrantes de aquella generación rupturista que se conoce como "del 45". C. Maggi publicó un confuso rezongo en *Jaque*: "En esta puesta dice tanto la palabra como los inventos del director Cerminara. Los hechos no cuentan. Se trata de sumergir al espectador en gelatina". *Jaque*, Nº 78, Separata, p. 7. Por su parte, W. Lockhart hizo sentir un intolerante rechazo a la imagen de Artigas que creyó ver en *Bernabé*... [artículos publicados en *Brecha* y en *Cuadernos de Marcha*, a comienzos de 1989].
11. En su debate con H. Achugar a propósito de *¡Bernabé, Bernabé!*, dice Lockhart: "... 'artiguismo' es en suma aquel sentido de la democracia y de la autonomía popular de raíz hispánica que hoy debe alentar en todos quienes sentimos la superior virtud de una confraternidad irrestricta *Bernabé, Bernabé* leído con lentes bifocales", en *Cuadernos de Marcha*, tercera época, Nº 41, p. 72. Aunque el discurso admite explícitamente a la "confraternidad irrestricta" como "virtud" fundamental de la "democracia", el tono imperativo refleja un fondo autoritario que contradice, a través de la estructura de la frase, las notas de tolerancia implicadas en los conceptos manejados.
12. En el contexto de ese mismo debate, H. Achugar recordaba a W. Lockhart los términos de un editorial de la revista *Asir*, dirigida por Lockhart, en el que se decía: "Debemos ponernos a trabajar por las generaciones futuras. Es nuestra deuda para con lo que fue grande, y puro, y perdurable, de las generaciones pasadas; pero lo es, y no hay que olvidarlo, porque no les perdonamos sus vicios y sus errores, porque las acusamos de haber hecho a menudo, con sus prejuicios, su ceguera, su delirio de persecuciones, sus manías ideológicas y religiosas, difícil, cuando no imposible, la existencia de aquellos que eran los portadores del espíritu y de la dignidad del hombre" H. Achugar, "Como el Uruguay no hay, ¡Bernabé, Bernabé! y el referéndum", *Cuadernos de Marcha*, Tercera época, Nº 40, p. 62.
13. H. Achugar, *loc. cit.*
14. Así lo ve G. Rama, por ejemplo: "Las élites de la sociedad uruguaya hiperintegrada no fueron capaces de promover y procesar cambios ni en la economía ni en la sociedad, ni de establecer mecanismos de apertura a lo positivo de la internacionalización mediante estrategias compatibles con la fuerte identidad social existente. [...] De esta forma la internacionalización irrumpió, pero impulsada por grupos ajenos a las corrientes centrales de la sociedad y cuya socialización había sido realizada o en el exterior o bien a través de ideologías desarrolladas en el marco de otras experiencias sociales. Tales ideas eran cualitativamente distintas a las que tradicionalmente habían presidido el debate en la sociedad uruguaya, y la estructura de esta última hacía poco probable su implantación de no mediar una alta coerción". Las ideologías internacionales que menciona Rama son el foquismo y la doctrina de la seguridad nacional, y en el plano económico-social, la acción de los elencos tecnocráticos. G. Rama: "La democracia en Uruguay", *Cuadernos del RIAL*, Buenos Aires, 1987, pp. 159-161. Sin entrar a discutir la pertinencia de las conclusiones de

Rama, parece evidente que estas "infiltraciones" vehiculizaron tendencias muy profundas de la sociedad uruguaya.

15. Cifras según A. Albornoz: "Elecciones", Cámara de Diputados, Montevideo, 1989. Estos datos pueden resultar particularmente interesantes si se los observa en su contexto histórico. Los tres departamentos con más alto porcentaje de votos por "No" fueron Paysandú, Montevideo y San José (en ese orden). En los tres se produjo un cambio de Intendentes a comienzos de la apertura: J. C. Payssé sustituyó a L. V. Racchetti en noviembre de 1983, y J. Chiruchi y Belvisi asumieron en enero del año siguiente, en el marco de una política de sustitución de Intendentes militares por civiles que incluyó también otros departamentos. La intención política era inocultable, y así lo declaró el doctor Payssé ("Venimos a hacer política a lo grande") cuando asumió el gobierno montevideano. La operación fue exitosa en el interior, ya que en los dos casos los Intendentes interventores fueron ratificados, alterando el resultado de 1980; en cambio, en Montevideo resultó un completo fracaso. También hubo interesantes modificaciones en sentido inverso: en Treinta y Tres, donde el "Sí" tuvo el más alto porcentaje de ratificación en 1980 (68%), en 1984 triunfó la tendencia wilsonista del Partido Nacional.
16. H. Achugar, *loc. cit.*

MARCELO N. VIÑAR

LA MEMORIA Y EL PORVENIR
EL IMPACTO DEL TERROR POLÍTICO EN LA MENTE Y LA MEMORIA COLECTIVA

Como tantos jóvenes de este siglo y de mi generación yo adhería al sueño de una sociedad más justa y solidaria, más equitativa en el disfrute de bienes y riquezas.

En América Latina, en la década del setenta, la lucha se radicalizó con la irrupción de grupos guerrilleros y una violenta reacción represiva del aparato estatal, que institucionalizó la tortura, que llevó a la agonía interminable o a la desaparición de miles de ciudadanos de mi país y la región. Una lógica genocida, de variable magnitud en cada país de América Latina, pero que en las últimas décadas alcanzó a todos.

Hoy, la democracia se estabiliza consagrando una sociedad más injusta donde los ricos somos más ricos y los pobres más pobres.

* * *

Hace 23 años, en junio de 1972, yo estuve preso dos meses. Asistí a un paciente psiquiátrico en clandestinidad y se me imputó "Colaboración con una organización subversiva" por no haber cumplido con el decreto de delación obligatoria.

Hoy sé que esos dos meses cambiaron mi vida y mi percepción del mundo. Es mi convicción y certeza. En mi cuerpo solamente practicaron una mínima parte del martirio habitual y mi prisión duró corto tiempo. Por ello, mis familiares y amigos y yo mismo, quedamos convencidos de que yo no debía tener marcas severas del traumatismo. A lo sumo, si ello ocurría, debía ser por cuenta de mi personalidad, de mi disposición psicopatológica. Como mi profesión era un hecho público y conocido –yo era psiquiatra y psicoanalista– la explicación encontraba en ello una confirmación fácil. Para los otros y para mí. No faltaron colegas que me lo hicieron saber con ternura y preocupación. A veces con un matiz condenatorio o de desdén.

Me costó muchos años de trabajo interior y de terapia psicoanalítica

comprender que esta explicación tan lógica y evidente no era suficiente. Hoy, cinco lustros después, tengo la certeza de que ese tiempo de terror –apenas ochenta días de cárcel– marcaron mi destino y el de mi familia. Al principio en la repetición traumática de mi corto periplo de martirio, luego, en un esfuerzo incesante de hacer algo con él.

En nuestro pequeño Uruguay, uno de cada cuarenta ciudadanos tuvo que ver con el terror militar. Es decir, toda la población estuvo amenazada. Por lo tanto, pretendo que la historia que relato no valga por su carácter autobiográfico, sino por ser ordinaria y común, y es en este *carácter que busco su elocuencia y valor.* Cada persona resume, lo sepa o no, lo quiera o no, algo de *la historia de su tiempo y lugar*, en la extraordinaria diversidad de que la especie humana es capaz, como virtud o como desgracia y condena. Ordinaria y ejemplar de una diversidad, valga la paradoja, entre el sujeto singular de la historia familiar e íntima y el ciudadano, que es un átomo de la historia de un país o del planeta. Sujeto de una historia personal, sujeto de una historia colectiva, esta doble arista en la inscripción y pertenencia de la que nadie escapa. El desafío que nos convoca, es el cómo se anudan estos dos espacios heterogéneos, el privado que concierne a la estructura subjetiva; el público, donde la Ley y las instituciones, definen la referencia simbólica colectiva.

Hace unos pocos meses, un anciano que quiero mucho, un republicano luchador de la guerra española, elocuente narrador como todo español, que pasó como él dice, de los campos de Castilla a los campos de batalla y de éstos a los Campos de Concentración, como antesala de su exilio uruguayo donde planta y predica sobre árboles, nos convocó (como lo hace a menudo) para hablarnos de su viaje a España, su Heimat, cincuenta años después, luego de la muerte de Franco. El *leit motiv* de varias horas de relato fue la peregrinación, pueblo a pueblo, al encuentro con sus viejos camaradas, los vivos o los descendientes de los muertos, encuentro para evocar con vívida actualidad el ayer, (un ayer de medio siglo) *de la guerra y su persistencia en la vida psíquica de hoy*, como recuerdos intactos, hipernítidos. Teñidos, sin duda, por la marca subjetiva de un estilo personal, que puede ser diverso: (de exaltación y locuacidad maníaca para algunos, de opresión melancólica para otros, de hablar mucho y a veces estereotipadamente, o de una parca discreción en otros, aportando discretos indicios). Pero de un modo u otro, siempre con una insistencia que señala la subyacencia permanente del Tema: la guerra y el horror. Cualquiera sea el estilo personal lo que insiste es *la eficacia simbólica,* generadora de *efectos* que duran toda la vida y trasciende en la genealogía. No hay pues desaparición, cicatrización sin marcas, siempre hay una inscripción, una cicatriz visible; el "trauma de la guerra" genera un estigma ostensible o indeleble pero seguramente existente.

El tiempo del horror es un tiempo abismal y destructor pero, paradojalmente, es un tiempo imborrable, fundador y productor de efectos, en la vida del sujeto, quizás en su descendencia.

* * *

Es aquí importante destacar algunos deslices semánticos generados por una falsa sinonimia de la noción de trauma en medicina y psicoanálisis. Es necesario marcar el equívoco entre trauma físico y psíquico, con alguna precisión y sutileza.

El daño físico es una efracción que ocasiona daño y cuya cicatrización lleva a la restitución o a la secuela. Se suele trasponer este esquema simple a la violencia psíquica y esto no es pertinente.

El trauma psíquico (así lo avala siempre la investigación psicoanalítica y la experiencia del sentido común) se trabaja siempre y recurrentemente en el a-posteriori, (*Nachträelichkeit*). La violencia es siempre fundadora y organizadora del funcionamiento subjetivo.

Es necesario discernir la violencia fundadora de aquella que es catastrófica. Pero por sobre todo, aclarar que no todo trauma conduce a una secuela, a la minusvalía, y a la cicatriz restitutiva; sino que puede haber una calidad y cualidad de trauma que introduce la perlaboración y que es el núcleo de la capacidad creativa del espíritu humano. Por esta razón es que insistimos en que no se debe hablar de *secuelas y de víctimas, sino de un abanico diverso de marcas e inscripciones subjetivas.*

* * *

Durante la dictadura militar y después, todos supimos en carne propia algo de la tremenda contradicción humana: *la coexistencia de la "normalidad" y el terror del campo de concentración (Stacheldraht und heile Welt).*

Contradicción que estimula a una reflexión difícil pero ineludible, interrogación difícil de cómo la condición humana *permite hacer coexistir la normalidad con lo abyecto.* ¿Cómo progresar en el espesor y opacidad de esta interrogación?

Durante un período de terror político, la representación consensual más fácilmente admitida es que hay víctimas y victimarios, perseguidores y perseguidos, y espectadores sensibles o no concernidos. Lo que tiene como desenlace lógico en un tiempo ulterior el que haya una sociedad escindida entre los indemnes y los afectados. Las consecuencias de esta visión simplificada y falsa, que impide tramitar conflictos y rencores, que oblitera el trabajo de la memoria y la elaboración de proyectos colectivos de futuro, es de enormes consecuencias y es lo que nosotros llamamos "fracturas de memoria".[1] Tenemos la certeza de que el período de terror político (el Nazismo, las guerras, dictaduras militares) es decir, situaciones catastróficas creadas por el hombre, tienen efectos sobre *toda la comunidad,* que la división o dicotomía entre comunidad indemne y afectada es una apariencia ilusoria.[2]

El tejido social en su inabarcable complejidad no puede quedar intacto ante la tremenda conmoción y ante la magnitud de la noxa. En este tema no puede ser pretensión de nadie trazar causalidades demostrativas y lineales, propias de la ciencia natural y no aplicables a este campo de fenómenos. Se trata de poner

en evidencia algunos hechos que las apariencias cancelan, y sosteniendo que este recentramiento del problema (los efectos diferidos de la experiencia del terror político en el psiquismo y la cultura) permitirán pensar el presente y el futuro en términos menos desesperanzados, cínicos y catastróficos, restituyendo un espacio de solidaridad, que promueva y habilite la concepción y construcción de ideales colectivos.

Durante la catástrofe no se piensa ni se escribe, ya es suficiente con que cada grupo o individuo invente y lleve a cabo sus estrategias de sobrevida.

Es en un tiempo ulterior, que pensamos lo que nos ocurrió. En un *après coup Nachträglichkeit.* En fin, esto es como en tantas cosas, la reflexión humana está siempre en retardo con los acontecimientos que definen su destino. Y, si lo hacemos, no es para remendar el pasado, sino para concebir el futuro, e intentar (en la utopía) anticiparlo e impedir la reproducción del horror.

Vamos a reflexionar desde dos escenarios o capítulos, el de la situación terapéutica y el espacio social.

Ocurre, después de la violencia, un enfrentamiento entre los militantes de la memoria y los traficantes del olvido. ¿Cómo entender esta contradicción, y, sin ceder en el debate y en el combate político, buscar también ahondar en la comprensión *del por qué de esta guerra entre quienes sacralizan* la memoria del horror y *quienes la banalizan?*

El momento de confrontación y de guerra entre quienes postulan el olvido y quienes sostienen la memoria no es sólo una batalla política, (aunque el nivel de combate político sea también decisivo e inexcusable). Y también en esta opción la ignominia humana del totalitarismo genocida, acorrala a todos y cada uno de los humanos hacia una encrucijada donde hacer lo normal requiere un acto de sacrificio y hasta de heroísmo.

Entendemos que es útil comprender que más allá del combate en la escena pública, el conflicto y la contradicción existe en el interior de cada sujeto, y que más allá de las formas argumentales que adopte, la *antinomia entre terror y conocimiento,* entre obliteración y trabajo de la memoria no son términos que se articulen y acomoden fácilmente. Que llevarlo a cabo comporta para cada ser humano un trabajo psíquico difícil y prolongado. ¿Cómo concebir la compatibilidad y articulación entre una empresa de exterminio intencional y la aventura reparatoria del pensamiento?

Pero la operación genocida comporta un largo trabajo de significación diferida, de resignificar en el *après coup (Nachträliglichkeit).*

Diría que la legitimación histórica y el reconocimiento de lo sucedido, es decir la restitución de una memoria, es el requisito de la operación simbólica de resignificarlos en la realidad del presente.

Fue Freud, en su búsqueda de la etiología de la neurosis, y en los terrores que se adscriben al hallazgo de la sexualidad infantil, que inauguró y pautó los modelos para pensar cómo saber y terror se conjugan en el mismo desafío.

La relación con el pasado y los muertos no es contingente. Es una irrupción que se impone en la fantasía, en el síntoma, en el sueño.

No es sólo el trabajo de duelo que nos impone la desaparición de nuestros seres queridos como trabajo que concierne a una esfera íntima y privada. Es una desaparición que concierne a lo sagrado del grupo y a la persistencia de un ideal. También es menester preservar la distinción que hace Freud entre duelo y melancolía. En esta última se trata del asedio traumático, reverberante, de un dolor improductivo. En el duelo, el desafío es la producción de sentido, la creación de un símbolo, a partir del reconocimiento del vacío y la ausencia definitiva. Con esto quiero decir que no toda memoria es sana, ni todo olvido es condenable. Lo condenable es la *prescripción del olvido, la obliteración de la memoria*. Como todo lo que es humano, no hay una memoria y un olvido únicos, sino una pluralidad contradictoria y tumultuosa donde de modo imprevisible el futuro abrevará del pasado.

La prescripción y la prohibición imperativa de recordar (el *MéMnèsikakeîn*)

Recuérdese que en la ficción orwelliana del universo totalitario, una de las piezas claves del gobierno de Big Brother era el Ministerio de la Verdad, que ejercía de manera implacable y absoluta el monopolio de la memoria, de la depuración monosémica de cada hecho del pasado: sólo *una* memoria. Metáfora de esta época, el libro, escrito hace algunas décadas, lleva por título una fecha "1984".

Pero, como enseña Nicole Loraux,[3] hace 2500 años (siglo V a.C.) en la Atenas de Pericles, en la guerra de transición entre la oligarquía y la democracia, ya tuvo vigencia una primera ley de amnistía y amnesia (la autora anota la etimología común de ambas palabras), el decreto de "prohibición de evocar las desgracias" (*MéMnèsikakeîn*), decreto que se formula en una doble prescripción: 1º interdicción de la *evocación pública* del tema, y 2º juramento de callarlo interiormente.

Me parece extraordinario que ya en la Grecia clásica se apuntara en el decreto –texto jurídico– a ese doble enunciado que señala muy precisamente la intersección entre el fuero íntimo y el fuero público, entre la subjetividad y el ámbito jurídico, social y político.

¿Hasta dónde entonces se trata de una ley en su acepción jurídica y hasta dónde tiene la textura del mandamiento bíblico? Es decir, no de la ley en su sentido ordinario sino de un texto sagrado. Hasta donde yo sé, la ley en sentido ordinario sanciona actos y conductas y no intenciones. El texto jurídico marca evidencias y categorías objetivables, pero en este decreto –la obliteración de una memoria cívica–, no sólo se prohíbe el acto público, sino se obliga al juramento, se apela al espacio íntimo y secreto de la subjetividad.

Más que decreto y ley jurídica, al apuntar a esta doble referencia, toma el carácter de mandamiento, ley absoluta que define un espacio sagrado, simultáneamente público e interior.

Puede invocarse una amnistía cuando hay proceso y reconocimiento del crimen y un perdón ulterior de pacificación. Si hay prescripción de olvido y amnesia, no se trata del perdón sino de la convalidación de la impunidad y esto tiene efectos psíquicos y sociales de largo alcance en el psiquismo y en la cultura, que redoblan los efectos propios al acto criminal.

La impunidad consagra que un acontecimiento violento se conoce y se olvida. Se instituye y se anula la existencia de un hecho violento, sádico y perverso. *Es la afirmación de un ocultamiento, la abolición de un suceso real y acontecido.* Esto no desemboca en el silencio sino en la inscripción activa de un agujero, apunta a la afirmación revisionista de dar el horror por inexistente –por negación o banalización–. Más que una falsedad, el procedimiento usado es la afirmación de un *sin sentido.* La experiencia de la clínica psicoanalítica muestra que la inscripción del sin sentido, que detiene los procesos de significación, no se limita al hecho originario sino que contamina otros espacios psíquicos.

Es en este sentido que *levantar las proscripciones de la memoria del horror*, olvido proclamado con argumentos de inocencia angelical de evitar el dolor, es generar las condiciones de recuperación de las representaciones del pasado, necesarias para una transmisión transgeneracional de ideales y valores. Es liberar el tiempo genealógico de la transmisión al flujo de la vida.

* * *

En nuestra práctica terapéutica sabemos bien que la manera de *nombrar* los hechos no es accesoria ni inocente, el que nomina, domina. Al contrario, la nominación consolida la manera de ver las cosas y organiza la naturaleza de los hechos y los objetivos del proceso terapéutico. No hay semiología ni descripción objetiva sino –como afirma Cassirer–, cada percepción es ya una organización del campo y por lo tanto una interpretación.

Somos herederos de una taxonomía bien admitida, la noción bien conocida de Neurosis Traumática y/o Neurosis de Guerra, a la que se agrega ahora –¡viva la anglofonía!– la expresión *Post Traumatic Stress Syndrome* o también Síndrome del Campo de Concentración y Síndrome del Sobreviviente.

Una nomenclatura que pretexta una descripción objetiva y objetivante organiza la comprensión en el campo terapéutico. Nomenclatura que propone que por una parte hay enfermos, sufrientes y, por otro lado, ciudadanos y terapeutas de buen corazón que están dispuestos a ayudarlos, a tratarlos, que están indemnes de esta enfermedad del siglo XX, indemnes del horror de la guerra y de la tortura sofisticada, que están concernidos por la solidaridad pero no tocados por el Mal.

Sabemos bien, desde Foucault, cómo la taxonomía logra definir la organización de un campo panóptico. Hay una cierta complacencia recíproca entre la víctima y su terapeuta, y la ilusión de que habiendo un indemne, se constituya, como fetiche, el lugar de la indemnidad que exorcice la posibilidad de este cáncer en el lazo (*lien*) social.[4]

Mi experiencia y mi convicción son que, si nos dejamos atrapar y domesticar por este abordaje y perspectiva, puntos esenciales del asunto se nos escapan o distorsionan.

Se podrá, por supuesto, tratar, curar y normalizar a los enfermos y transformar a un ciudadano inquieto en un estúpido bien adaptado y encerrarlo en el gueto de su tribu. Tribu para la que la Historia se detuvo en el momento en que la catástrofe se produjo y en la que la persona y el grupo quedaron cristalizados, inmovilizados en un dolor sin fin, condenados a transmitir a su descendencia una historia sagrada y no metabolizable. Es aquí donde la ficción de la dicotomía entre indemnes y afectados es inepta y nociva, para unos y otros.

Cuando hablamos de genocidio y de tortura institucionalizada y sistemática, la experiencia del siglo es constante y elocuente, avalando la afirmación de Michel De Certau: El horror engendra una realidad *que no se quiere saber y no se puede creer.* Se produce una sordera activa. La magnitud del dolor y la impotencia de la acción, imponen la parálisis y el desconocimiento en la escucha de individuos y grupos sociales. Movilizar estas parálisis y sus disfraces comporta vencer una dura resistencia. Historia del horror con la que los hijos y nietos no podrán hacer otra cosa que someterse a ella o rechazarla globalmente. O a veces, más difícilmente, llevar a cabo un largo y duro itinerario para reformular su pertenencia a la cultura de origen y a la cultura que los acoge luego de la ruptura que provocan la violencia inaudita de la guerra, el genocidio y la tortura. El trabajo de reformulación de una pertenencia cultural requiere varias generaciones para que, no traicionando a los ancestros y al linaje, se pueda desembocar en una trama psíquica vital y construir nuevas referencias identificatorias para reformular una nueva pertenencia cultural.

Neurosis traumática, el término quiere designar el desajuste de un aparato psíquico individual que permanece pues sumergido y enterrado en el horror de la violencia del trauma originario, con la incapacidad de hacer la separación y disociación necesaria entre el tiempo pasado y el tiempo presente. El tiempo interior queda capturado y fijado a un pasado que impide proseguir el movimiento infinito de la metáfora inherente al ser vivo.

* * *

Lo que está afectado no es sólo un aparato psíquico, sino como sostiene Renée Käes, las garantías metapsíquicas de su funcionamiento.

No es necesario someterse a la noción de Neurosis Traumática que conduce al enfoque victimológico que de ella se desprende. Hay otras perspectivas y abordajes posibles si se asume renunciar a la posición segura y tranquilizante del campo panóptico. De lo que se trata es de reformular los lugares respectivos de paciente y terapeuta.[5]

A pesar de mis orígenes freudianos como analizando y analista, con mis experiencias del diván y del sillón de analista, no es la literatura analítica la que me enseñó lo esencial. Son Robert Antelme, Primo Levi, quizás también Ana

Frank, sin duda Maurice Blanchot y Michel Foucault, también mi experiencia como médico psiquiatra en La Chesnaie, una Clínica de Psicoterapia Institucional para psicóticos, donde trabajé una década durante mi exilio en Francia. Fueron los locos los que "trataron" el dolor de mi exilio, fue entre los psicóticos donde encontré sentido a la noción de Francia, tierra de asilo *France, terre d'asile.* Fue con ellos que aprendí a romper la dicotomía "yo soy normal, el otro es patológico" para hacer circular "el mal" en la intimidad de un entre dos. Fueron ellos que me enseñaron a no posicionarme desde el lugar de la normalidad sino a dejar alternar las vicisitudes del desamparo. Quiero transmitir brevemente un mensaje sin demasiada histeria ni dramatismo, de que el intercambio de desamparos entre sus psicosis y mi exilio, *se conjugaba para producir el encuentro y romper la tentación panóptica siempre activa frente a la figura del horror.*

El problema que quiero poner en evidencia es ¿dónde se aloja el horror de la violencia política traumatógena? Nos beneficia y asegura la creencia de que ésta permanezca alojada en el cuerpo y/o en el aparato psíquico de mi prójimo, mi semejante y no en mí mismo, y si se trata de protegerse de la intrusión, o si se quiere un término más técnico, de la reintroyección, esta separación entre el sano y la víctima es tranquilizante y reaseguradora.

Pero el horror de la guerra, del genocidio y de la tortura ¿a quién le pertenece?, ¿a las víctimas o a la especie humana?

Cómo puedo saber, cómo podemos saber, que lo que pasa hoy en Yugoeslavia o Gaza, o ayer en Montevideo, Chile o Brasil o hace unas décadas en Turquía con los armenios o durante 2000 años con los judíos y su culminación en la Shoah, no va a ocurrir mañana en casa. Uruguay era la Suiza de América, nunca soñamos que eso nos iba a ocurrir, porque también habíamos borrado y olvidado el genocidio indígena.

Trato de poner en *evidencia una noción que me parece* princeps *para acoger lo traumático* de la violencia política. Que no es la enfermedad del aparato psíquico y del soma de alguien (también lo es, evidentemente) sino que hay otro paso esencial, el de inscribir este padecimiento dentro de una pandemia de la humanidad. Es yatrogénico restringir su padecimiento a un nudo de conflictos relevantes de su psicopatología, a la esfera privada de su peripecia interior, desbaratando la referencia política y jurídica, de la ley perversa de un sistema dictatorial.

El viraje no es menor, no es lo mismo sentirse un enfermo aislado que sentirse un átomo formando parte de la especie humana.

Es en esta oscilación que está implícita, aunque no siempre presente, en la situación terapéutica donde se juega la alternativa entre acoger lo traumático o protegerse en la posición panóptica, con su corolario estigmatizante o sus beneficios secundarios.

Por otra parte, lo que postulo no es mi invención propia, es la tesis o el grito que atraviesa toda la obra de Robert Antelme[6] y Primo Levi[7], que lo que queda herido no es solamente el cuerpo y el alma de alguien, sino, como expresa Antelme, "es el sentimiento de pertenencia a la especie humana".

Sólo si este punto de partida queda inscripto, esto es, que hay un espacio social y jurídico que se instituye como tercero y como referencia a una ley entre el paciente y el terapeuta, solamente si este punto queda marcado, material o simbólicamente, el encierro en la situación terapéutica toma su sentido. Este reconocimiento no es fácil, tampoco es imposible.

Desgraciadamente los hechos no caminan en ese sentido. Las estrategias del poder político trabajan de ordinario hacia el desconocimiento, hacia la negación, el silencio y el olvido. Hacia la impunidad, en nombre de la amnistía-amnesia.

Es esto lo que empuja a los sufrientes al aislamiento, a rumiar sus dolores y rencores en sus guetos. Asimismo, la estrategia de las políticas sanitarias, es la creación de instituciones de tratamiento llamadas especializadas donde algún placer conseguimos al crear nuevos campos disciplinarios como la torturología y la victimología. Con lo cual rescatamos nuestra buena conciencia colectiva pero redoblamos los dispositivos de segregación y exclusión.

Una contraparte también peligrosa es la de transformar la víctima en héroe. Peligro que nos concierne muy particularmente. Es antagónico pero de la misma naturaleza de lo que vengo de sostener precedentemente.

* * *

Sentir que nuestra pertenencia a la especie humana está amenazada dice Antelme saliendo de Dachau, gritando en su delirio tóxico provocado por el hambre y la disentería, *que no quiere perder –si se cura– la lucidez que solamente su delirio le permite sostener.*

En la psicopatología ordinaria todo está organizado como para que el espacio fusional y la proyección puedan constituirse para elaborar la neurosis de transferencia, mientras que aquel que sale del campo de concentración o de la tortura, por haber estado ahogado en el huracán de la historia, está listo a *tomar a su cuenta propia todo lo que concierne a la vergüenza y la culpa del sobreviviente.*

El se siente no solamente una víctima, sino que toma sobre sus espaldas toda la miseria humana. Lo que evidentemente alivia nuestra contratransferencia: "es su problema, no el mío". De donde, la pregunta pertinente y central para el neurótico: ¿qué hiciste tú para volverte lo que eres? (y sabemos hasta qué punto es difícil e importante llegar a esta posición subjetiva en un psicoanálisis) es un problema que siempre *se plantea con exceso en el sobreviviente que tiende a tomar a su cargo toda la abyección de la que fue objeto. El es, en sí mismo, la representación de lo abyecto de lo humano.*

En la psicoterapia y el psicoanálisis de los afectados se suele asumir con inocencia y buena conciencia el modelo catártico abreactivo. Se omite que la experiencia del campo de concentración y de la tortura se inscriben como *punto de horror y resto inarticulable a nivel de la palabra*, donde un tercero social monstruoso produce un secuestro, una confiscación de la lengua y una

ruptura de la propia historia y de la constelación identificatoria que la constituye como humano. La consigna freudiana de que en el neurótico "la realidad fantasmática es más fuerte que la realidad material" –a la que los analistas estamos tan condicionados en nuestra práctica habitual– debe imperativamente ser aquí subvertida y su aplicación mecánica tiene efectos nefastos al redoblar la situación traumática originaria. Es como decirles: es usted y no el vínculo social lo que está corrupto y destruido.

La comprensión, de que la reparación debe ser operada y restituida desde el mismo espacio político, debe ser reconocida en la situación terapéutica y en el ámbito social.

Esta *vergüenza y culpabilidad de los sobrevivientes de catástrofes sociales*, que incluye y abarca a veces a sus descendientes, es un asunto cuya resolución es a largo plazo, ¿debemos volver a la referencia bíblica de los cuarenta años para la purificación?

Se permanece marcado para siempre con un tatuaje que –como nos enseñó Kafka en *La Colonia Penitenciaria*– es escrito en el cuerpo y en el alma. La meta del trabajo terapéutico es revertir la perspectiva de esta marca: que no sea sólo el estigma o la secuela de una minusvalía, sino el desafío de una elaboración, de una simbolización posible. La vergüenza del sobreviviente viene de los otros, o de sí mismo, de que se debía haber resistido indemne. La exigencia de ser héroe queda estatuida con categoría de fetiche como una indemnidad sin fallas. Fetiche que empuja a la omisión, al borramiento, y al silencio que calla un falso bochorno y se opone a consentir a la elaboración.

Frente al horror y al espanto de la guerra y el genocidio no tenemos otra perspectiva posible –y tomo aquí palabras de Maurice Blanchot[8]– que evitar la mirada o autorizarse a quedar capturado y fascinado en ella. Son estos dos extremos los que hay que trabajar en la contratransferencia de la situación terapéutica. Nadie está libre de dejarse atrapar por el voyerismo del espanto, con la ilusión de que haya una liberación catártica del mismo y que una palabra abreactiva pueda restituir la salud mental. Tampoco se trata de la autopsia de un pasado que hay que superar. Se trata de retranscribir en el presente, de simbolizar en la actualidad de un destino y de una herencia cultural a transmitir, la marca del horror que permite abarcar en el mismo movimiento psíquico la secuela estigmatizante y la elaboración creativa. Un trabajo sin fin que implica varias generaciones.

Entre el evitamiento y la fascinación ¿qué es lo posible para acoger este traumatismo? No hay una buena distancia, estamos siempre o demasiado cerca o demasiado lejos. Los habitantes de Verona decían de Dante Alighieri: "Ese es el hombre que estuvo en el infierno". No hay otra posibilidad que aceptar la ambivalencia y la perplejidad para no entrampar al otro en el lugar de enfermo y excluido.

En 1966, en Francia, Jean Amery, salido de los campos de concentración ironizaba de nosotros psicoterapeutas: " *Yo no soy un traumatizado. Yo vivo en pleno acuerdo en mi espíritu y mi psiquismo con la realidad. Mi condición de judío catástrofe no es una patología ni una ideología, sino el espejo de una*

realidad histórica de mi época. Es a ella que yo ilumino con mi existencia". Es este el mensaje que debe ser escuchado, no sólo por los terapeutas sino por la sociedad. Y vuelvo a De Certeau, de una sociedad que sobre el espanto *"no quiere saber ni puede creer".*

Cuando la problemática que abordamos es el traumatismo histórico, los efectos en el psiquismo y la cultura de la guerra, la tortura y el genocidio, hay un error en pretender que el campo de la psicopatología lo abarque exhaustivamente. De querer hacerlo, ocultaremos, en nombre de una ilusión generosa pero reductiva de la ciencia psiquiátrica, y entramos en colusión y en una peligrosa complicidad con la sociedad bien pensante que quiere ayudar a las víctimas pero desconocer del problema lo esencial. El problema y el objetivo a investigar no es sólo la rehabilitación de las víctimas, sino que nuestro objeto de investigación es una *patología del lazo social*, en la dimensión en que Freud lo desarrolla en *Psicología de las Masas* y *Análisis del Yo.* El punto a investigar es el enigma de cuándo y cómo el hombre deja de verse y reconocerse en el rostro del prójimo y transforma a su semejante, en enemigo. Restringir nuestra problemática al solo tratamiento de las víctimas afectadas implica nuestra complicidad con dos errores de pesadas consecuencias.

Al instituir la figura de la neurosis traumática como objeto de investigación privilegiado o exclusivo, nos distraemos en la fascinación del mal constituido y fabricamos remedios de rehabilitación y ortopedia para los afectados. Noble tarea que debemos sostener y en la que debemos persistir, siempre que no olvidemos que el núcleo principal de investigación debe ser el etiológico. Y que en la etiología del genocidio, la guerra y la tortura han afectado no sólo los individuos sino la naturaleza del lazo social, que concierne a la comunidad en su totalidad, sin clivaje entre sanos y afectados.

Desde el psicoanálisis sabemos de la larga peripecia que comporta en el psiquismo de cada sujeto, la generación, el reconocimiento y la tolerancia de la alteridad. Reconocer la existencia del otro y habilitarlo a manifestarse en su propia especificidad. Peripecia anfractuosa e interminable, que en definitiva jamás logramos totalmente, pero aun así es diferente asumir como conflicto la dificultad en el reconocimiento del otro y tramitar la pluralidad, que convertir el alter en alienus, (al otro en enemigo) y autorizarse a su destrucción, como ocurre en la incesante reproducción de los totalitarismos.

Este difícil trabajo interior en cada sujeto se redobla y pluraliza en los grupos y colectividades en movimientos que cultivan como ideal la pureza de los orígenes desconociendo a la diversidad y lo plural como el arista más rica y fecunda de la evolución humana.

La figura de la víctima y la intensidad de su dolor puede encandilarnos e impedirnos visualizar que la constitución del alter y el reconocimiento del enigma de los orígenes, (que el mito de la pureza viene a obliterar), constituyen puntos centrales de investigación, como desafío ético, político y epistemológico para la prevención del genocidio.

El psicoanalista, trabajando en la soledad intimista que su oficio le impone,

suele olvidar o silenciar que la referencia a una dimensión simbólica colectiva jurídico-institucional es el soporte de los vínculos e identificaciones que estructuran el psiquismo.

Hans Stoffels[9] subraya: *"Si partimos en psicoterapia del extremo desamparo y la impotencia de un sujeto frente a la crueldad y lo arbitrario, de su lugar de víctima, el vuelco en el campo terapéutico, llegará no cuando nosotros podamos darles alguna cosa, sino cuando nosotros logramos aprehender y aprender alguna cosa de ellos"*.

Acoger y compartir no solamente en nuestros consultorios sino hacer escuchar a la sociedad y a la humanidad eso que, como subraya De Certeau, ella no está dispuesta a escuchar y no quiere creer.

Y, para concluir, tomo palabras de Jurgen Müller-Hohagen: *"Si los terapeutas no toman la iniciativa de hablar de los abismos de este siglo, los perseguidos y sus descendientes no podrán hacer otra cosa que permanecer mudos"*.

setiembre, 1995

Notas

1. Maren, Marcelo Viñar, *Fracturas de memoria*, Trilce, Montevideo, 1995.
2. Ya Freud había notado que mientras las catástrofes naturales solidarizan al cuerpo social, las catástrofes *sociales lo dividen, segregan y fragmentan*. Nosotros pensamos que el intento de borrar y de negar, más allá de los sectores sociales conscientemente interesados en ocultar el crimen, radica en la naturaleza misma del terror que se invoca y se convoca. Es decir que hay un nexo estructural por el cual al terror mismo hay que *obligarse a convocarlo* y asumir la posibilidad de analizarlo. Sino uno (lo) elude (en su) memoria.
3. Loraux, Nicole, "De l'amnistie et son contraire" en *Usage de l'oubli. Colloque de Royaumont*, Seuil, París, 1988.
4. Neurosis, pues, aún si el adjetivo de traumática agrega que la etiología viene del exterior, del accidente y la amenaza a la vida y en este caso de lo social violento, en ella la escena íntima del Edipo se resignifica.
5. El desarrollo de este enfoque, si algún mérito tiene, no debo capitalizarlo a título personal. A lo largo de años con Maren Viñar, Daniel Gil en Uruguay, con François Villa, Leopoldo Bleger, Edmundo Gómez Mango y Janine Altounian en París, con Gilberte García Reinoso, María Lucila Pelento, Julia Braun y Janine Puget en Argentina, hemos tenido un diálogo permanente y fecundo. A esta altura es difícil discernir la paternidad de las ideas, y el plagio recíproco es la regla. En Serge Leclaire y Octave Mannoni, ahora desaparecidos, y en François Roustang y René Käes, tuvimos interlocutores atentos y sensibles cuando nuestras ideas eran apenas un gemido.
6. Antelme, Robert, *L'espèce Humaine*, Gallimard, París, 1957.
7. Levi, Primo, *Si questo è un uomo*, G.E. Einaudi, Turín, 1958, 1976.
8. Maurice Blanchot, *L'entretien Infini*, Gallimard, París, 1980
9. Stoffels Hans, "Efectos Psicosociales de la Reflexión Política", Goethe Institut, Córdoba, 1994.

ALVARO RICO

EL ORDEN DE LOS SIMULACROS Y EL ORDEN SOCIAL EN LA RESTAURACIÓN DEMOCRÁTICA

La memoria está antes que la palabra
Mempo Giardinelli

Un Estado puede obligarnos a obedecer, pero no
a que nos convenzamos de un error
Tomas Hobbes

AMARAL, MARIANA, SIMÓN. UN LIBRE JUEGO DE ASOCIACIONES

Cuerpos desaparecidos niños, encontrados mayores.

Por muchos años, apenas descripción de lugares y fechas en que se los vio por última vez.

El secuestro: escamoteo de los cuerpos; traslado oculto a otros territorios.

Separación forzada de la familia contada por "otra" voz sobreviviente: padres, abuelos, amigos.

Reconstrucción de hechos a partir de relatos fragmentados rescatados de sobrevivientes más lejanos aún: los que compartieron el cautiverio.

Viejas fotografías en los diarios lanzadas de pronto al espacio de lo público en busca de reconocimiento.

(El momento detenido de la foto. La pareja de recién casados; ese hijo en brazos...)

El silencio del poder: obediencia debida, caducidad de la pretensión punitiva, punto final, indulto presidencial, no declara, no se presenta.

Luego, el corrimiento de los cuerpos hasta desaparecer.

El buscar la identidad por las huellas en la sangre, (antes del origen).

O reconstruir los nombres, (al momento de nacer).

Signos forzados que vienen de un pasado reciente no consumado y que se instalan en algún lugar (no)consciente de los uruguayos.

Símil entre destinos individuales y colectivos; identidad e imaginario.

Y aquellos nombres como significantes de la fragmentación:
Amaral García. El cuerpo que aparece y retorna. Identidad que se (re)conoce y se traslada hasta el lugar del nacimiento (territorio).
Mariana Zaffaroni. Biografía que se conoce; nombre dado en el intervalo que permanece. Espacio que no ocupa.
Simón Riquelo. La identidad que no deja saber(se). Sin territorio...

(DES)BORDES

La vida como objeto de la política

En los años sesenta y bajo la dictadura la vida misma se convirtió en objeto de la política: un instrumento, una entrega.
Acción de cuerpos colectivos e individuales desplegada sobre el espacio social: su movilización, la persecución, el secuestro, esconderse, emigrar, el encierro.
Desdibujamiento de los límites vida-muerte por más de quince años en Uruguay.

Después, no sólo la muerte como límite-más allá.
Borramiento de la relación muerte-cuerpo: secuestro, no se conoce el nombre, NN.
Un ir más allá de la muerte (sin el cuerpo): desaparición;
más allá del cuerpo (sin la vida): mutilaciones.

Transgresiones al límite de la corporalidad: identificar por las ideas, la biografía, los descendientes.
Continuidad de presencias ya sin vida: los ascensos *post mortem* y las placas recordatorias; los testamentos y legados: "los muertos viven en la lucha popular".

La no inscripción de la muerte

Negación bajo la dictadura a la inscripción simbólica de la muerte en el registro imaginario de la sociedad.
Después, el horror que se ve imposibilitado de ingresar en los relatos de la democracia recuperada: las "nuevas" reglas de juego discursivas en la transición ("Dar vuelta la página").
Más tarde –en la posrestauración–, el disimular la muerte: los "cementerios parquizados"; los suicidios presentados como accidentes de tránsito o laborales.

Omisiones del presente que reenvían los sentidos hacia lo reprimido-desplazado, lo ausente, lo no representable, el no-lugar.

Excavar
Exhumar
Remover
restos

Imaginario social posdictadura que no alcanza a significar plenamente su historia reciente.

Más cerca de la repetición que del recuerdo
el pasado parece volver,

subrepticio.

El campo político dictatorial

La represión de la dictadura es la expulsión del "otro" del campo político.

Al mismo tiempo, la construcción por el Estado de un campo político igual a sí mismo: la mismidad institucional.

Una totalidad que desborda su propio-único límite.

Un Todo mayor que sus partes; un Afuera que sólo confía en su propio Adentro. Un interior tras lo que expulsó.

Es el Estado que expande su soberanía represiva hasta encontrar en el (afuera) territorial y en el (adentro) de las personas: al enemigo.

Adentro/Afuera

Las fronteras de la dictadura son los límites del Estado.

El adentroafuera del Uno totalitario: exterior/interior, movible/fijo, unido/compartimentado.

El puro decisionismo del poder.

Eliminación del espacio público por el Estado; absorción de la sociedad desde el Estado.

La política como continuación de la guerra: "interna" o "latente".

La Ley que divide el afuera social (bajo sospechas) y el adentro estatal (fuera de la ley).

Precariedad

La identidad interior de la dictadura: la "Orientalidad".

La soberanía que se expande: las "fronteras ideológicas".

La expulsión de la aldea: el exiliado como extranjero.
Territorio afectivo que se achica: el "paisito".
Nostalgia del espacio dejado: la diáspora.
Resistencias al espacio nuevo: los refugiados.
El espacio clausurado: los presos.

El borde como superficie

Por las márgenes de lo instituido se desplazan las significaciones populares (ya bajo el totalitarismo).

Cualquier borde es una superficie de sentidos: intimidad, familia, compromisos, coherencia.

Ese "asalto de la sociedad a la política", en los inicios de la transición democrática.

Un desborde: salirse de los límites entre lo permitido y lo prohibido.

Un correrse las fronteras que definen lo imaginario y lo inimaginable.
El Centro/Periferia
los márgenes y la marginalidad.

Un mirar los puntos cardinales desde el exilio: el Sur.
La reconstrucción interior de un mapa de identidades:
("Al norte el río Cuareim; una línea divisoria...")

Frontera

...Hasta la otra frontera: La restauración democrática.

Ese pasaje de un momento a otro; de un lugar a otro; de una autoridad a otra; de la fuerza a la ley:
Un antes y un después.
La transición como
trayecto,
itinerario:
cambio, movimiento, evasión, reposición.
Las situaciones intercambiables:
escisiones, desdoblamientos, simulaciones, vacíos.
Sitios que resaltan la precariedad de lo fijo:

La "sociedad nómada".

Levedad

Hoy, la indistinción de los campos se vive como incertidumbre.
"Nada nos exige hacer algo". (Beyme)

La solidez de los referentes ideológicos en los años sesenta y bajo el autoritarismo:

dictadura-democracia; burgueses-proletarios;

patria arriba-rosca abajo; Cuba Sí!, Yanquis, No!

comienzan a desdibujar su perfil en el imaginario social, hacia fines de los ochenta. (Los significados "flotantes".)

Junto a la reivindicación de la identidad (las "internas partidarias") transcurre una fuerte apropiación del "yo" por el "nosotros" antidictatorial:

convergencia, concertación, consenso, unidad-unidad, multipartidaria, intersocial.

Gobiernos de "entonación" y "coincidencia" nacional.

Dialéctica inmóvil

Las antítesis no parecen hoy constituirse contradicción.

De las oposiciones binarias: "o"-"o" (revolución o contrarrevolución; capitalismo o socialismo) a la atracción de los polos (extrapolaciones).

La equidistancia descomprometida,

la ecuanimidad sin espesor,

la unanimidad de la nimiedad,

los polos antagónicos se disuelven: "y"-"y".

Un campo cultural dominante donde conviven antagonismos que configuran / des-figuran la dirección lineal de los acontecimientos, el sentido único de la interpretación, el mismo final: el "bricolage doctrinario".

Los *"heavy"* y los *"light"*.

La "democracia sin adjetivos".

La "paradoja".

Las identidades fuertes comienzan a ceder a coincidencias culturales transversales:

de los sujetos a los roles;

de la oposición a la yuxtaposición;

de los grupos a las mayorías.

Lo consistente de la explicación ideológica se diluye ante los excesos de justificación verbal:

de la Verdad a las versiones;

de los fundamentos a la vaguedad de argumentos;

de las soluciones al diagnóstico.

De lo trascendente a la justificación de lo urgente.

Enmascaramientos

El vaciamiento, el cuerpo ausente, la censura: símbolos de la represión del poder dictatorial.

También son simbolizaciones del poder de lo prohibido (ilegalizado): lugares, personas, palabras.

Esa fuerza del no-presente (de los no-presentes).

Obligado a desdoblarse, disimularse, mimetizarse, clandestinizarse, lo desplazado actúa a través de sus máscaras:

los rostros debajo de la capucha
los políticos profesionales como abogados
los presos a través de esquelas
los clandestinos por sus enlaces
los exiliados en sus cartas
la sociedad por el rumor
los muertos por su nombre
los servicios infiltran "tiras"
los periodistas y la entrelínea
el canto popular en la poesía
los nombres: seudónimos

Ser y Parecer

Nombrar lo prohibido; transgredir la censura.

El carácter manipulable de los signos bajo la dictadura.

Escisiones obligadas del ser que intentan reinscribir en el imaginario social la ausencia y el silencio bajo otras formas:

alegorías, supuestos, sobreentendidos, elipsis, sobresignificación, metáforas, eufemismos, sarcasmos.

Esfuerzos de la gestualidad por prolongar la complicidad de una memoria sin palabras (censura):

sonrisas, guiñadas, apretones de mano,
abrazos, saludos, ademanes...

El secreto

Construida sobre una decisión del Estado, la dictadura es un misterio.

La carga de lo imprevisible; lo que se resiste a ser pensado; algo inexplicable para la larga tradición mesocrática uruguaya.

Esa "pérdida de la capacidad de asombro personal".

La dictadura es un hecho histórico sin sutura, difícil de representar.

Como dato institucional se le puede reconstruir. Más difícilmente significar como pasado en el imaginario de los uruguayos.

Se le puede periodizar históricamente pero no datar el fin de sus símbolos en la memoria del presente.

Mas cuando las huellas del horror se pierden en los relatos legitimadores de la transición democrática: "sin vencidos ni vencedores".

Cicatriz

Silencio
(No-decir) o
(Qué-es-lo-que-se-dice)

Lo no-significante (apenas marca,
eco,
tatuaje
huella de lo que pasó) se volverá –a poco de andar la democracia–, insignificante.
Un sinsentido sobre el que se debe "dar vuelta la página".
¿El límite de las palabras ante lo indecible?
o
la consistencia del sistema pos-dictadura.

Dinámicas de la historia. Los espacios de dispersión

Escenario antidictatorial

El acto dictatorial modifica el escenario de lo público y la dinámica de la historia:

- privatiza el carácter social de la historia popular;
- cancela su carácter político;
- dispersa los hechos masivos;
- convierte lo colectivo en una secuencia de rutinas de subsistencia personal;
- la cotidianidad elaborada como historias de vida;
- amplía el espacio nacional de la historia uruguaya a escala planetaria: el "conflicto este-oeste", el "inicio de la tercera guerra mundial".

La profundidad como espacio histórico

La anulación del espacio público democrático por el totalitarismo también le agrega una nueva dimensión al desarrollo de la historia bajo la dictadura: la profundidad.

Es la historia de la noche (clandestinidad, operativos, traslados, simulacros de ejecución, volanteadas),

la historia del secreto (toma de decisiones, centros de tortura, coordinaciones, archivos, destinos de secuestrados, listas de muertos, capuchas),

la historia del aislamiento (cárcel, tortura, sin recreos ni visitas, el calabozo, la isla, la ciega, la perrera, los enterraderos),

la historia de la distancia (exilio, la solidaridad, los aportes financieros, las transmisiones de Radio Moscú y Berlín Internacional),

la historia sin cuerpos (el número de los presos, desaparecidos, no retornados),

la historia del silencio activo (el insilio),

la historia de los lugares escondidos ("chupaderos", "Infierno", Orletti, "300 Carlos", FUSNA, los sótanos de la Marina, las "ratoneras").

Fijaciones estatales

Relatos unitarios del poder y sus lugares: el revisionismo histórico, actos institucionales, discursos, noticieros de la DINARP, la revista *El Soldado*, manuales de estudio, la "fe democrática", "Las FF.AA. al Pueblo Oriental".

La épica institucional y la coherencia de sus documentos-monumentos: las plazas embaldosadas, los mausoleos y los desfiles, la cal en los árboles, las rutas nacionales y el plan NORIONE, "las fuerzas vivas del país", el Mundialito y el Sesquicentenario, la repatriación de los restos de Latorre.

El discurso del Estado protegiendo a los hombres de Estado: "A los vencedores no se les impone condiciones".

Esa memoria del Estado totalitario que hereda la República: prontuarios y archivos de los operativos, listas de nombres, fechas y lugares, los expedientes de la "justicia" militar,

(¿destruidos en democracia?)

Estatuto del hecho histórico

La represión modifica no sólo los escenarios y la dinámica de la historia social sino también el estatuto del hecho histórico popular bajo la dictadura:

el volante, un minuto de silencio, una canción, la entrega de un memorándum, la visita a los presos, un cumpleaños, constituyen hechos históricos difíciles de reconstruir.

Una resistencia antidictadura que con el paso de los años se vuelve casi inexistente como documento-monumento.

Las "palabras". Escasos registros de testimonios personales; Reproducción de los fragmentos entre conversaciones informales: las anécdotas.

Los "lugares" dislocados de la memoria popular antidictadura: montevideo y el interior, la cárcel, la clandestinidad, la solidaridad internacional.

Los "objetos" de esa memoria. Vivencias desperdigadas e intransferibles: un cambio obligado de carrera, el nacimiento de un hijo asociado a una fecha, una artesanía, completar el bolso para el penal, aquella respuesta al jerarca "sin bajar la vista".

Los "espacios" de la resistencia organizada: ¿quién larga la medida?, dónde hacer los contactos clandestinos, los informes en casete, la caída de un enlace, sacar por el Delta a un compañero "quemado", cédulas de identidad y pelucas, el cambio permanente de domicilio, los enlaces con el exterior, entregar "Carta".

Recuerdos personales, a veces rotos por el temor, a veces abandonados por el apuro: un libro con dedicatoria, esquelas, postales, cartas, mensajes en hojillas de cigarro, discos, fotos.

(¿Dónde contarlos, hoy?)

La irrupción de lo desplazado: lo difícil de juntar

Bajo esa dinámica dispersa de la historia bajo dictadura, la resistencia popular constituye también un acto histórico difícil de representar.

(Historia unitaria la del vencedor)

(Las historias dispersas de los perdedores).

Exceso de fragmentación y de sentidos: participantes, sitios, símbolos, explicaciones, fechas.

Reconstrucción histórica como arqueología de piezas desparramadas en distintos puntos de la memoria colectiva.

Es que la irrupción de lo desplazado no tiene un único sujeto ni un solo lugar de origen. Ni una misma fecha el darse cuenta.

Junto a la resistencia organizada hay un espacio indeterminado de esfuerzos espontáneos y ánimos superpuestos.

Imaginaciones y subjetividades que enganchan una multiplicidad de comportamientos sin consecuencias aparentes.

Espacios de la resistencia estructurados sobre una suma caótica de hechos concretos.

Significaciones imaginarias configuradas a destiempo, sin incidencia inmediata sobre la historia "real". Deseos,(aquel de la huelga general: "la dictadura está herida de muerte").

Los símbolos difusos

- Asociaciones (letras del canto popular, huelgas de hambre, "los rehenes", cadáveres flotando en el Río de la Plata, los asesinatos de Michelini y Gutiérrez Ruiz);
- farsas (las conferencias de prensa de los "arrepentidos", las conmemoraciones por "actos de servicio", los presidentes "civiles" y consejeros de Estado, la cédula y el pelo corto en la facultad);
- superposiciones (lo individual y lo colectivo, la voluntad y lo casual, la vigilancia y la suerte, la política Carter de Derechos Humanos y las Malvinas);
- redes (los "contactos" y correos, el exilio y el interior, la prensa clandestina, las actividades en AEBU, "Radio Bemba");
- imágenes (la foto de Batlle en *El Día*, el regreso de Wilson, Seregni saludando en el balcón tras su liberación, las siluetas de cartón de los desaparecidos, los "pelados" por las calles, Arismendi en la Explanada, las contratapas de "Maneco" Flores Mora);
- gestos (cruzarse de acera, negar el saludo, el puño en alto, la "V", "sentir en el cuartel la mano del compañero apretando mi hombro cuando los milicos nos llevaban a mear haciendo el trencito").

Superposiciones

. Afectos (el regreso de los niños, Zitarrosa),
. años significantes (1973, 1980, 1984),
. estrofas ("Tiranos, temblad!"),
. estribillos ("se va acabar, se va acabar, la dictadura militar!"),
. ruidos (caceroleadas),
. nombres propios (Víctoria, Líber, Germán),
. prohibiciones (las '7 palabras', los tangos),
. chiflidos (discursos, desfiles, el estadio Centenario),
. chistes (los "360º grados" del Almirante; "estamos al borde del abismo y no dudaremos en dar un paso adelante", el Chicho, las murgas),
. visitantes (el Rey de España),
. visitas (al penal, a la casa del recién liberado, retornado).

Anatomía de los detalles

Bajo la dictadura la sociedad se repliega sobre sus ámbitos más íntimos y los individuos sobre su propia sensibilidad.

Las claves para recomponer cómo la sociedad uruguaya organizó su soledad son anónimas.

¿Cómo inscribirlas en la memoria colectiva?

¿Significar la compartimentación?

¿Las rutinas de la resistencia?

¿La fragmentación de significados?

Las miradas:

("no mirar hacia atrás...")

("Los ojos de los pájaros")

Esa precariedad de la situación:

Un buen susto

Callarse la boca

La suerte de seguir vivos,

apenas.

Inteligencia(s)

La sociedad vigilada lo es más por los detalles.

Lucha de inteligencias hurgando entre fragmentos, tratando de organizarles un sentido, una intención.

La Inteligencia del Estado totalitario: "los servicios".

Años de trabajo sobre el descuido, lo insignificante, la observación minuciosa, el desfile de rostros, la lógica deductiva, el seguimiento de los cuerpos, los colaboradores e infiltrados, los organigramas, la simulación, las "ratoneras", las declaraciones.

Descartando, acumulando, seleccionando, hasta reconstruir el puzzle por sus detalles y proceder.

(Operar, operativo, operación: extirpar.)

La inteligencia popular usando los detalles, lo imperceptible, lo no comprobado, para romper los secretos del poder, resaltarlos evidentes, ridículos, trágicos, grotescos.

Transitando por las fisuras del UNO dictatorial la oposición busca desde lo cotidiano el acceso a lo público.

Simula, asocia, metaforiza, bromea, rumorea, exagera, inventa, desordena, discute, pergeña breves actos de desobediencia debida, se dispersa.

Calle, voz

Pequeños actos de resistencia que gotean sobre el espacio del panóptico totalitario hasta condensarse en otra negación-afirmativa: el "¡No!" de las presencias.

La reconstrucción del espacio público democrático como espacio abierto: La "apertura".

La interacción de lo cotidiano estructurando los acontecimientos.
Relatos de vivencias personales. De los testimonios fundantes a una simple presencia: "yo estuve ahí..."
Apenas anécdotas que no alcanzan luego la puntuación de una historia social de la resistencia a la dictadura.

Des-localizaciones

Construcción hecha de pequeñas protestas individuales e indiferencias colectivas;
Entre la circulación restringida de la clandestinidad y gestos de oposición;
En los entretiempos: de los "sucesos de febrero" al golpe de Estado; de la huelga general al Club Naval; del exilio a la elección del '84.

Ganar la calle. La des-localización del público por la ciudad, la movilización, las primeras banderas de organizaciones ilegales, las vinchas y escarapelas, los colores, los actos.
La visibilidad de la oposición que se ensancha y el Ojo del poder que ya no controla masivamente, selecciona.
Reconstrucción de lo popular. Autonomías del Todo estatal. Esa masividad que se hace pública: el "Río de libertad".

La polis y su espacio al aire libre: el Parque de los Aliados.

Lo público, el público

Así, la opinión pública antidictatorial diseña un espacio de lo público (no-estatal) anti-estatal en la transición:
Identidades con relato propio para ser contado; conversaciones y lugares amenos, gente siempre bien dispuesta:
épica y sentido figurado, miradas cómplices y
narraciones agrandadas por el deseo, boliches y
movida universitaria en primavera, las "bolsas de apuntes", revistas (*La Plaza*) y semanarios (*Opinar*, *Correo*, *Jaque*), actividades parroquiales, teatro y títeres barriales, murgas y candombailes, venta económica de ropa usada y
ollas populares, recitales y Cinemateca. Graffitis.
Lugar céntrico de olores (a tortafrita);
el humo (del medio tanque).

Hormigueo de comportamientos urbanos menores que significan.

Intencionalidad y espontaneidad de los sujetos populares que desencadenan situaciones inéditas.

Las múltiples interpretaciones, compromisos y justificaciones de la acción: "siempre tuvimos razón...".

Componentes diversos implicados en una misma trama histórica: la indiferencia y la oposición a la dictadura.

Historia que no se despliega

Los lugares vacíos en nuestro pasado reciente son también constitutivos del tipo de acto histórico: "dictadura".

> Silencio, noche, secretos, compartimentación, ocultamientos, censuras, ilegalizaciones, prohibiciones, desinformación, contrainformación, desmentidos, muerte, desaparecidos, impunidad, delación, el encubrimiento, sin testigos.
>
> El Estado no declara; la "falta de voluntad política".

Misterio y vacío de culpables: condiciones para que la dictadura como imaginario institucional posdictadura pueda seguir generando "efectos de realidad" en el presente.

A una historia que no se despliega, una memoria que no se consuma. (Foucault).

Reconstrucción del pasado necesariamente parcial. Relatos siempre incompletos, (injustos).

Estallido

Las distintas vivencias y dolores. Luego de la dictadura una explosión de sentidos a-compleja el campo de lo popular:

La nostalgia de los héroes
la politización de la memoria
el traidor que pudo "con mil valientes"
los no reconocimientos profesionales
las idealizaciones sin elaboración
las revisiones personales de vida
la sacralización social del lugar de víctima
la no reparación a militares constitucionalistas
la violencia contenida por los modales democráticos
el rediseño de lo público y el regreso a la familia
las separaciones de parejas que lo "bancaron" todo
el recuerdo como ritual
el reciclaje democrático de los torturadores

el "otro" como culpable
no aceptar la derrota
la "elaboración del duelo"
disimular el dolor.

Transmisiones

¿Cómo transmitir la violencia y el horror?
El actual corte transgeneracional o entre quienes con-vivieron, (compartieron):
ese diálogo entre padres e hijos que todavía espera; la relectura de cartas que siguen ahí, guardadas; contar lo que te hicieron en 'la máquina'.
¿Auto censura?
¿silencio protagónico?

O ese otro silencio recriminante que a veces vuelve por nosotros: "¿valió la pena?..."

Agujeros

Aquellos vacíos del ayer promueven hoy nuevos ocultamientos-indagaciones por parte del Estado, desde la sociedad o personas.
Agujeros negros (en la realidad)
Puntos ciegos (de las teorías)
Punto final (el del Estado).
Los intentos por destruir la única versión dictatorial de los hechos, por vaciar o rellenar en democracia la "verdadera" historia bajo la dictadura, "retrotraen", "reinstalan", lo que pasó.
"¿Qué pasó?"

El pasado reciente deviene así una "zona violentamente disputada" (Chesnaux) que se reabre y reescribe permanentemente desde el presente.
Las reconstrucciones a partir de investigaciones sobre el período o por denuncias del horror que de tanto en tanto sacuden a la opinión pública.
Continuidad de la memoria en tanto historia incompleta, no desenvuelta hasta el final.

Memoria latente

La dictadura persiste aún como malestar.
Una sensación en la memoria colectiva; una vivencia "no conclusa" entre pasado y presente.

Un presente sospechoso de retornos con sus rememoraciones o reminiscencias;
símbolos o reapariciones;
repeticiones y reactualizaciones;
discursos parecidos y personajes iguales.

De los usos de la historia por la memoria militante
a los usos del olvido por la memoria del poder
o la desmemoria, ese registro de 'lugares vacíos'.
Dificultades para reconocer lo sucedido como ya cumplido.
Este presente imaginario de la historia que nos interpela:
"¿Volverá a pasar?".

Poderes

Aquel poder relacional de la dictadura recrea condiciones para su fijación en la memoria social posdictadura.

Esa situación de "amenaza" que se prolonga; de "inminencia"...

Aparente repetición de situaciones desagradables que actúan en el imaginario social como reproducción actualizada de lo vivido.

Mecanismos de reafirmación de la autoridad y de complicidad social envolventes: red, telaraña, chisme, queja, rumor, estigmas, sospechas, desconfianza: la "crisis de credibilidad".

El "chantaje" mutuo de la cúspide y la base. Sus condicionamientos recíprocos; la impunidad de los responsables; el silencio colectivo; la 'transa'.

Violencia generalizada del Estado bajo el totalitarismo;
Violencias difuminadas en micro ambientes, bajo la democracia.

Micro poderes y micro violencias: amiguismo, clientelismo, favoritismo, corrupción, barras, patoterismos, corporativismo, los "distraídos de siempre".

Implicar, implicaciones, implicancias

El encubrimiento institucional
La micro corrupción
Las complicidades civiles de la obediencia debida

Las coartadas sociales:
"La población como rehén"
"para qué se metió"
"por algo le habrá pasado"
"no sé nada"
"no estoy autorizado para confirmar o desmentir"

"a pesar de las denuncias presentadas no se pudo probar ninguna de las acusaciones"

"Y a mí, qué..."

I-realidad

La época de la dictadura resurge así en el imaginario, sin retorno de lo real.
Sin re-vivir
(volver a dar la vida)
Sin re-latar
(contar de nuevo)
de-volver el tiempo
re-tomar del todo
"¡Ya pasó!"

Entre el pasado y el presente, la memoria "latente": una pura ficción.

El tiempo como imaginario

Dictadura y "trauma" histórico

La dictadura es un acontecimiento traumatizante para la identidad colectiva.
Y una memoria colectiva no elaborada asimila sólo lo que le satisface socialmente.
Olvidos y reconstrucciones, como respuesta(s) al traumatismo.

Pero el "trauma" es también un tiempo: el de la "discontinuidad histórica".
¿Cómo incorporar la dictadura a la historia nacional si la hace disruptiva?
¿a la memoria si es fractura?
¿al imaginario si es disociación?
¿a la identidad si es pérdida?

La narración institucional como continuidad

¿Cómo incorporar la dictadura al gran relato patriótico si cuestiona su unidad?
Si la "ruptura" dictatorial se instala definitivamente en el imaginario social de la "excepcionalidad" de Uruguay y confirma otra "continuidad" enmascarada: la violencia permanente en nuestro pasado histórico.
Y ello desestabiliza la coherencia y racionalidad de la historia oficial: la sociedad uruguaya como "sociedad tolerante".

Es el relato institucional que omite los crímenes fundantes: charrúas, guerras civiles, presidentes asesinados, el colaboracionismo, los abrasilerados y aporteñados, la capital contra el interior, la muralla de Montevideo.

Sin violencia en el origen: "Suiza de América", inmigrantes-ciudadanos, "crisol de razas", dicta "blanda", golpe "bueno", el suicidio de Brum (sin sangre).

Esas meta-narraciones del sistema que desplazan los conflictos originarios:

"hiperintegración cultural", "modernización política temprana", "democracia ejemplar", "fuerte institucionalización", "tradición legalista", "partidocentrismo", bipartidismo, el Artigas "de bronce".

Historias por hacer

Relato institucional que confirma el cambio como reforma.

Lo nuevo prefigurado en lo viejo:

los partidos en las divisas, el neobatllismo en el primer batllismo, el obrero en el gaucho, la rebeldía en la garra de los charrúas, el comunismo en 1917, Bernstein en Batlle, Europa en Uruguay: el "adelantamiento" previsor.

El enmascaramiento institucional es también una huella del poder; una pista que dejan los discursos hegemónicos sobre la perpetuación de la autoridad.

Garantías de la continuidad temporal del poder estatal.

De ese poder para contar "su" historia como "la" historia.

Por tanto, el pasado reciente permanece en buena medida aún sin elaboración ni significación en los relatos sociales posdictadura:

Las "historias por hacer" (C. Demasi).

La inscripción del poder en la duración

Las etapas y lo diferente son razonados por el discurso político y del Estado como continuidad y complemento de una configuración inicial.

En la historia del país no hay rupturas, disociaciones, desarticulaciones.

El presente al lado del pasado.

La dictadura es así razonada como un "desvío transitorio" de esa linealidad institucional originaria, institucional(mente) luego corregida, y garantizada por las instituciones ("para siempre").

Discurso estatal del continuo institucional que repite continuamente los sujetos institucionales de la continuidad: El Estado, los partidos tradicionales, el político profesional.

En el tiempo institucional todo es sucesión, proximidad, correlación, concatenación, autorreferencia.

La historia-testamento remite a sus documentos
y el tiempo-identidad a sus monumentos.
Mitos fundantes garantizando la estabilidad del orden simbólico dominante: "País modelo", "Atenas del Plata", "Uruguayos campeones", "Garra charrúa", "Excepcionalidad de Uruguay".

La "tradición oculta los cadáveres". (M. de Certau)

Metáforas del tiempo social

"El material fundamental de la historia es el tiempo." (Le Goff)
Términos sociales usados como metáforas temporales; significaciones del tiempo para representar movimientos de la historia social.
Simbolizaciones intercambiables.
Un mismo "campo semántico" que refuerza el espesor de lo temporal en el imaginario social de los uruguayos:
"En el Uruguay, todo es historia".

En los años "sesenta". El tiempo se identifica con los conceptos sociales de progreso/retroceso históricos y sus variantes:
revolución,
subversión,
salto cualitativo,
alumbramiento (parto)
cambio de estructuras,
desarrollo,
crisis,
statu quo,
decadencia.
Utopía, mito, aceleración de la historia, involución (reacción), reactivación, despegue.

Expresiones sociales referidas al "golpe" de Estado que se incorporan al léxico de la sociedad con un 'plus' de simbolismo temporal:
ruptura,
quiebre,
trauma,
retroceso,
fundación,
época,
"Año de la Orientalidad",
"antes" y "después".
La dictadura como apocalipsis, tiempo del fin, escatología.

O expresiones simbólicas que connotan los tiempos en la "transición" como retorno a la "Edad de oro":

aceleración
recuperación,
apertura,
reconstrucción,
restauración,
reencuentro,
bloqueos,
inmovilismo,
renovación,
reformas,
reconversión,
modernización.

Hoy día, la Pos-transición y el Fin de Siglo. Las fantasías sociales sobre la nueva época. Los tiempos individuales que ya no coinciden con los colectivos.

La exageración ahí cerquita: "El milenio". "La víspera".

La integración y la superación del pasado (Estado) nacional; el fin de la historia; el cambio exógeno. La crisis de identidad.

La instantaneidad del espacio-tiempo; el siempre presente (parabólicas, TV Cable, autopistas informáticas).

La desmesura del espacio sin fronteras: mundialización, globalización, transnacionalización, regionalización.

El tiempo territorializado: el Mercosur, 4 + 1, (el tiempo por-venir).

El discurso estatal del tiempo institucional

El poder estatal también escribe en la transición democrática su texto puntual sobre el tiempo: es "el cambio" como discurso.

Respecto del pasado reciente es el discurso de la transición como "el cambio en paz".

Hacia el futuro es el discurso de "la modernización del país".

Los alcances simbólicos de esos discursos temporales del poder entrecruzan pasado-presente / presente-pasado.

Por un lado, refuerzan en el imaginario social lo absurdo de reivindicar un cambio por la vía "revolución".

Evitar así la "restauración" de las viejas contradicciones sociales y metodologías violentistas del Uruguay pre-dictadura.

La no reproducción de los comportamientos sociales "decimonónicos" (de otro tiempo histórico: pasado).

Por otro lado, es un nuevo discurso deslegitimador del Estado para con su viejo discurso (legitimador) del Estado paternalista.

El desencantamiento del Estado "de todos" a cargo de sus mismos fundadores.

Contra las prácticas estatistas asistenciales como referente de cambio.

La sustitución por la "eficiencia" y el "pragmatismo" (un otro tiempo histórico "más realista": el presente).

El pasaje del Estado de "bienestar" al Estado de "malestar". (J. J. Brunner)

El espacio-tiempo

La continuidad del tiempo institucional se desenvuelve dentro de un espacio fijo: el "centro".

Éste es uno de los constructos espaciales dominantes en el discurso político de la transición y simboliza "el lugar" de la racionalidad universal.

Reconquistada la democracia, la elaboración del sentido común del "justo medio" (de la clase media): "cualquier extremo es malo" y "se tocan", es parte de la revitalización del mito de la sociedad tolerante, además, ahora, sinónimo de sociedad pluralista.

"Violentistas de un lado" (izquierdistas); "Violentistas del otro" (sectores golpistas de las FF.AA.), es uno de los argumentos-estigma del discurso del poder estatal para explicar la ruptura institucional, en 1973.

Excesos de ayer *versus* equilibrio de hoy.

"Excesos" (de la represión, de la memoria).

"Equilibrio" (presupuestal, de fuerzas, de la razón).

Sin embargo, "es en el exceso que el tema se dirime". (Maren y Marcelo Viñar).

De allí, la insistencia del poder en el mito del "centro" (equilibrio, estabilidad) desde donde construye ficcionalmente los "nuevos extremos" que descentran (des-equilibran, des-estabilizan) la "frágil" democracia recuperada.

Statu-quo

El "centro" y su expresión política y de ideas: el reformismo-liberalismo-socialdemocracia, resulta un lugar de enunciación hegemonizante, una figuración discursiva.

Dentro del continuo ideológico espacial: derecha-centro-izquierda, el centro representa la "centralidad" del poder, ese "punto cósmico" donde se unen "tierra, cielo e infierno" (García Pelayo):

la absorción de los extremos,
la inamovilidad social,
la equidistancia sin consistencia.
Un puro "posicionamiento" político: la "performance"
el matiz.

La reversibilidad del tiempo como incertidumbre

La inscripción del poder estatal en la duración incluye una narración de "segundo orden" respecto al tiempo futuro.

Mientras su narración puntual se centra en las incertidumbres de la transición respecto al tiempo presente de la misma: la restauración de la violencia del pasado,

su narración segunda enfatiza las incertidumbres de la transición respecto a su futuro: la desestabilización de la democracia.

Ambas resaltan la posible discontinuidad temporal y los desfasajes que se pueden producir entre autoridad y evolución democráticas.

Esos riesgos de la democracia recuperada inciden sobre el imaginario social de la etapa de la transición democrática.

En particular, sobre la trayectoria temporal en la que éste se apoya.

Etapismo

El propio término "transición" es un significante que sitúa el referente imaginario de la sociedad en un intervalo "entre dos tiempos" considerados irreversibles.

El "etapismo" es ese pasaje de un tiempo histórico peor a otro mejor: de la dictadura a la democracia; de las formas autoritarias a las republicanas; de la represión a la libertad.

En el caso uruguayo, el resultado plebiscitario de noviembre de 1980 –adverso a la dictadura–, marca el *comienzo* de la transición como etapa y abre una nueva periodización de la historia reciente.

El mismo "1980" se convierte así en un "año bisagra", significante de un "antes" y "después".

Pero el *fin* de dicha etapa no puede datarse.

Por eso, en el imaginario social, "la transición" se instala como un espacio/tiempo sin-fin, abierto a realizaciones y perfecciones democráticas infinitas, a otras "etapas" y periodizaciones posteriores.

Y esta simbología temporal de la transición alimenta la construcción del imaginario popular posdictadura: "las expectativas democráticas exageradas".

Circularidad

El discurso político introducirá luego una nueva noción: la circularidad temporal (progresiva) de la restauración democrática.

Aparecerán conceptos tales como: "segunda transición", "doble transición", "postransición", y otros, que estirarán –volviendo siempre a ella como referente imaginario–, el fin de la "primera" transición: la "transición".

El final (imaginario) como ideal (real).

Un lugar democrático perfecto; un objetivo permanente a alcanzar, pero... por ahora inalcanzable: por los "lastres del período anterior", la "herencia maldita del pasado", y otros estereotipos discursivos que justifican las omisiones democráticas de la restauración.

De la circularidad temporal a la circularidad argumental del discurso político de la transición: la "transición".

Retrodicción

A poco de andar la democratización y agudizarse los reclamos obreros y sociales, la insistente amenaza discursiva del poder acerca de una posible nueva "ruptura" democrática instaura en el imaginario de la transición otra percepción temporal contradictoria.

Ni el etapismo progresista ni la circularidad restauradora sino la percepción de reversibilidad del tiempo histórico democratizador: el retroceso.

Ahora, por el mecanismo de retrodicción: la traslación del pasado (sesentista) al presente (transición), el discurso del poder estatal establece un juego de tiempos históricos intercambiables.

Una previsión (lo que puede pasar en el futuro) proyectada hacia el pasado (lo que sucedió en los años sesenta y setenta) que concluye:

"Ocurrirá lo mismo", es decir, otro golpe de Estado (en el presente imaginario de los ochenta):

"Esa película ya la vimos..."

Inseguridad y cultura del miedo

La construcción de un imaginario de seguridad fue presentado desde el Estado en los años sesenta y bajo la dictadura como oposición al "caos" provocado por el desborde violentista de sectores armados y/o corporativos de la sociedad.

En el Uruguay posdictadura, la práctica político-estatal tiende a reforzar en la sociedad ese imaginario de riesgo-seguridad.

Desde el punto de vista económico-productivo, la pérdida de seguridades adquiridas por el "proteccionismo del Estado" es una de las características del *aggiornamiento* liberal que tiene en el Poder Ejecutivo uno de los emisores privilegiados.

El discurso gerencial de la eficiencia empresarial trasladado al Estado se presenta con la "seguridad" de imponer:

la modernización del país, la reconversión industrial, "retomar la confianza de los inversores extranjeros", "la adaptación a los nuevos tiempos", "la inserción en la economía mundial", etcétera.

Por parte de los actores productivos involucrados (obreros, empresarios, inversores), el proceso de democratización se vive como "incertidumbre" ante el cambio:

competencia, antiproteccionismo, devaluaciones, políticas impositivas, reintegros, integración regional desventajosa, desregulación del mercado laboral, desindexación, flexibilización, privatización del sistema de seguridad social, etcétera.

Las permanentes referencias del discurso oficial al *shock*, el "ajuste", la "contención", los transforman en símbolos cotidianos de seguridad (Estatal) e inseguridad (del público).

Desplazamientos de sentido de la política a la economía bajo los objetivos gubernamentales de la "estabilidad" (macroeconómica) y de más "disciplina" (fiscal, presupuestal, monetaria, social).

Construcción de un imaginario posdictadura ambivalente que acepta el riesgo personal (la velocidad, los contagios de enfermedades, los juegos de azar) y rechaza el peligro colectivo resultante de las decisiones políticas (reformas de la seguridad social, ajustes fiscales, enseñanza, etcétera).

Individualismos y neocorporativismos postransición.

Innovación social-paralización política

En la esfera político/estatal, la característica de la duda en el tránsito democrático tiene varias referencias.

Se trata, entre otras, de la "incertidumbre" acerca de la fuerza de las "demandas democráticas" para concretar el cambio de régimen o respecto a las formas que asumiría la "transferencia de poder" de los militares o la "indefinición de las reglas de juego políticas" futuras. (O'Donnell; Schmitter)

Pero si en la esfera privada/mercado (económico-productiva) el riesgo que genera incertidumbres debe asumirse, según el discurso del Estado, como "factor de innovación social" (Sorman),

en la esfera político/estatal la noción de incertidumbre respecto a la conservación de la democracia recuperada, debe aceptarse como factor de "paralización social".

Para el discurso del poder, la disciplina partidaria y social, la estricta observancia de las reglas de juego dominantes, los mecanismos elitistas de toma de decisión y mediaciones partidarias cupulares, son seguridades complementarias de las estructurales, "señales" del sistema político y sindical, para evitar el riesgo de restaurar el "caos" pasado en el presente de "estabilidad" y "tranquilidad" de la población.

Garantes

Ese discurso político de la "democracia amenazada" es al mismo tiempo el discurso de los "garantes del orden" democrático amenazado.

La reproducción por el poder de la "cultura del miedo" (Lechner) impuesta por la dictadura opera en democracia como un mecanismo imaginario que refuerza la creencia en el carácter legal de la dominación estructural.

Por dicho mecanismo, se reinstala el poder simbólico de aparatos estatales recientemente comprometidos en un golpe (de Estado), se refuerza el sentido de "autoridad pública legítima" y la credibilidad en los liderazgos sistémicos.

Gobernabilidad

Desde el punto de vista político, el tiempo histórico vivido como incertidumbre colectiva reclama seguridades institucionales:

pactos, negociaciones, garantías, compromisos, lealtades, fidelidades, leyes, vetos, plebiscitos, liderazgos con trayectoria partidaria, acuerdos cupulares, expulsiones del Parlamento (Araújo), coaliciones, que reaseguren la unidireccionalidad del tránsito democrático hacia la recuperación y conservación del statu quo:

Del autoritarismo estatal a la autoridad del Estado;

De la sociedad movilizada a la sociedad disciplinada;

De gobiernos militares a neopresidencialismos fuertes.

El discurso político de la *gobernabilidad* como discurso del "buen orden" social democrático contribuye a resignificar la trilogía riesgo-incertidumbre-seguridad, ahora frente al "caos" de los indisciplinamientos partidarios, demandas corporativas, pujos militares, etcétera.

El poder reinstala así las viejas antinomias pre-golpe:
desintegración social *versus* interés general; disensos *versus* unicidad de la ley; gobernar *versus* concertar; mayoría-minorías; poder civil-poder militar, reasumiendo para sí "la seguridad" en el presente de que la historia reciente "no se repetirá".

El "no lugar" democrático

Positivación institucional restauradora

La construcción del orden democrático como un "lugar vacío". (C. Leffort)

En la reconstrucción posdictadura se trata de la "desincorporación del poder" militar encarnado por el Uno estatal.

En esa dirección, la democracia institucional es positivización del poder del Estado; la despersonalización de la política; la descorporativización militar del gobierno político.

Se trata, ahora, de la legitimación de reglas impersonales del juego institucional que se pueden resumir en estas cuatro:

1. Las elecciones como ley de hierro del sistema;
2. Las mayorías electorales como centro de la legitimación de las decisiones de los gobernantes y del partido ganador entre elecciones;
3. Los partidos como los exclusivos canales de participación política colectivas;
4. Los representantes como delegados cotidianos de la soberanía popular.

La democracia como negación simbólica

De ese "lugar vacío" del poder institucional democrático (las reglas impersonales) al "no lugar" simbólico de buena parte de los sentidos exigidos socialmente a la democracia posdictadura.

A poco de andar la transición, la institución del imaginario democrático por el Estado pasa a ser una construcción por omisión de muchos significantes reclamados por la sociedad antidictadura:

es el "no se puede"
los vetos presidenciales
la impunidad
lo no-dicho
la (auto)censura
los excesos de convencionalismo
los desmentidos
lo insinuado como amenaza
el espionaje entre militares
la contrainformación
los atentados no aclarados
las razzias a los jóvenes
las muertes en comisarías
la persecución sindical
los despidos
las investigaciones canceladas
lo relegado a la privacidad
lo negado a lo público
los secretos del poder (la latencia de los poderes de facto: El caso Berríos).

El silencio sobre lo importante.

La "segunda" exclusión democrática

Esa negación de sentidos de la restauración democrática es una segunda exclusión: de la democracia recuperada consigo misma (después de la primera negación (real) a cargo de la dictadura)

exclusión segunda (o autoexclusión democrática)

no ya de lo real sino de su disfraz;

no del pasado sino de sus huellas;

no de la memoria sino de sus marcas.

Mecanismos de significación obturados y sus resultados: "sumas cero", inmovilismos, neocorporativismos, personalismos, la atomización.

La "sociedad bloqueada".

La omisión imaginaria

La dictadura es el punto final de la crisis del Estado de Derecho en los años sesenta.

Pero también es un acto fundante –cronológicamente precedente– de las democracias de la región en los ochenta.

La dictadura aparece como superación de la crisis de la democracia en los años sesenta y la democracia recuperada en los ochenta como "transacción" con la dictadura en crisis.

Ésta, entonces, ¿cayó por la movilización popular?,

¿la tiró la concertación de fuerzas antidictatoriales?,

¿se negoció su salida?, o

¿se fue cuando cumplió sus objetivos políticos?...

Vacío fundacional

La falta de respuestas claras y únicas, se transformará luego en un "vacío fundacional" de la democracia posdictadura.

De allí las dificultades para reconstruirla como "instancia puramente simbólica", transformación radical del pasado, fuertemente asentada en el imaginario social antidictadura.

"Origen turbio", "mala conciencia", "pactos", que llevan luego a las estrategias políticas manipuladoras del pasado, omisiones, ocultamientos, autocensuras, secretos, desmemorias, inconsecuencias del sistema político recuperado frente al poder militar de facto.

La duda que bloquea la constitución de un nuevo imaginario social postransición.

Ello promoverá los esfuerzos del olvido y la memoria de los sujetos institucionales ante la democracia recuperada por (re)llenarla/vaciarla de sentidos pre y ante dictadura.

El buen orden postransición

La posibilidad de reconstrucción del "buen orden social" posdictadura en buena medida descansa así en lo que ese mismo orden político elimina simbólicamente.

Son los "otros olvidos" obligados de la democracia y sus sujetos:
la "generación derrotada" (de los sesenta)
"del silencio" (insilio)
"desplazada" (de la transición)
"de la dispersión" (exilio)
"desilusión" (desexilio)
"light" (de los noventa)
los "ex" (posrestauración).

La derrota no cumplida

Los "usos" de la historia por la política sistematizará la afirmación-estigma en la transición democrática uruguaya: "sin vencidos ni vencedores".
Y sus variantes, redundantes:
"dar vuelta la página"
"borrón y cuenta nueva"
"sin venganzas"...

Ello promoverá otra negación-omisión en el imaginario social:
La derrota de la dictadura "es un objeto no cumplido simbólicamente" (Imbert).
Casos ilustrativos de ese corte en la cadena de significantes que llegan hasta el umbral de lo simbólico-real son:
Uno: el de la "caja fuerte" donde son ocultadas por el Ministro de Defensa del gobierno democrático las citaciones de la justicia a declarar a militares implicados en violaciones a los derechos humanos.
Casos que llegan hasta el umbral de lo real-simbólico.
Otro: la mayoría parlamentaria que aprueba elogiosamente, invocando la Ley de Caducidad, las venias para el ascenso a militares involucrados en la violación de derechos humanos bajo la dictadura.

La teatralización del poder

Estas escenificaciones del poder son justificadas discursivamente ante la posible "involución" de los acontecimientos en la transición: "La desestabilización".

Y sus variantes:

la amenaza de desacato militar a la justicia ordinaria;
ruptura de la unidad de mando en las Fuerzas Armadas;
desobediencia al poder civil;
descontrol de grupos "nostalgiosos";
desprestigio de la imagen del país en el exterior;
las presiones que soporta la institución;
el malestar en las filas castrenses...

Ley de Caducidad

Un hito en el proceso de clausura de lo simbólico por lo real, lo constituye el plebiscito sobre la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado.

El Punto Final para los crímenes de lesa humanidad y delitos económicos acontecidos bajo el gobierno de facto.

Su resultado, en abril de 1989, cierra legalmente el conflicto histórico central del Uruguay de la transición: *ni justicia ni verdad.*

Abrirá, sí, los efectos de realidad en el imaginario social del Uruguay posrestauración.

(Falsedad y sinsentidos)

Dobleces

Este registro imaginario inscribe la impunidad en una doble acepción: con respecto a la Justicia y con respecto a la Verdad.

Con relación a la Justicia, rompe el principio de igualdad de los hombres ante la ley, base legitimante del Estado liberal de Derecho (recién recuperado).

Se entronizará desde allí el principio deslegitimador (estereotipo) de las "dos bibliotecas jurídicas" (símil del estigma del "doble discurso" en política) frente a casos litigiosos concretos.

La duda jurídica la zanjará la interpretación y voluntad política del Poder Ejecutivo, no como uso del Derecho (al que invoca) sino como "exceso" de la autoridad (que representa):

La amenaza política de "hacer caer todo el peso de la ley".

La inscripción violenta del cuerpo de la ley en el cuerpo social (por el cuerpo policial): El Filtro.

Caducidad imaginaria de la Ley

Dictadura e impunidad es una nutriente del debilitamiento simbólico de la Ley en el imaginario de los uruguayos, con sus múltiples expresiones subrepticias en el presente:

robos, accidentes de tránsito y de trabajo, impugnaciones a candidaturas, no cumplimiento de compromisos político-electorales asumidos previamente, y sobre todo, las discusiones varias sobre reformas al statu quo:

Constitución, Código Penal, Código del Niño, leyes electorales, ley de partidos políticos, funcionamiento del Poder Judicial, reforma de la enseñanza, Ley orgánica policial, reestructura de las Fuerzas Armadas, Estatuto del Funcionario Público, seguridad social, seguridad pública, sistema carcelario, Estado, descentralización municipal, Ley Orgánica de la Universidad, estatutos del PIT-CNT, interna del Frente Amplio, etcétera.

Toda la institucionalidad y sus convenciones criticadas por su ineficiencia, necesidad de adaptación a los nuevos tiempos, etcétera.

La obsesión reformista de la clase política; la inexistencia de fuerzas antisistema.

El debilitamiento figurado de la ley lleva hasta el límite del imaginario social otros excesos.

El riesgo de vida: "levantar la apuesta" existencial, junto al enmascaramiento público del peligro real (encubrir la muerte):

la velocidad y "los suicidios" presentados como accidentes; la adicción a drogas camuflada como "abuso de psicofármacos"; los desafíos al sistema a través de la violencia anómica ("barras"); las apuestas en el juego de los uruguayos; la proliferación de cultos religiosos populares; los matrimonios no legalizados.

Pasajes

Este proceso constata varios pasajes de sentido postransición:

De la ficción de la Ley en el Estado de Derecho a la ley como Ficción en la posrestauración democrática;

De las reglas de juego políticas de la transición a la institucionalización de la política como un juego;

De la defensa a ultranza de la institucionalidad estatal a la autocrítica deslegitimante de su ineficiencia actual;

De la salvaguarda del texto de la Constitución a los innumerables intentos de enmiendas constitucionales;

De la identidad de las Fuerzas Armadas con la Nación a su crisis actual como institución burocrática:

escasez presupuestaria y misiones internacionales para la obtención de recursos financieros; los porcentajes jubilatorios y la venta de propiedades; reestructura orgánica y disminución de efectivos; falta de enemigo y redefinición de sus funciones estratégicas. El espionaje interno, las logias.

Riesgos de concebir la defensa del poder del Estado como pura técnica del poder.

De la militarización del Estado autoritario a la policialización del Estado de Derecho.

El imaginario degradado

Con relación al otro par de la justicia –la Verdad– el resultado del plebiscito confirma la ruptura de su sentido imaginario:

La verdad como algo estable, permanente, que subyace y se recupera, no obstante el paso del tiempo y las circunstancias.

Lo que "realmente es" (o "sucedió") bajo la dictadura –la correspondencia entre los hechos del horror y su demostración posterior–, queda interrumpida. En democracia se suspenden las investigaciones.

El atributo de verdad evidente (la existencia de torturas, muertes, desaparecidos) y el atributo de verificación de los hechos que hacen pública dicha verdad en democracia quedan neutralizados socialmente.

Opiniones

De la única verdad de la resistencia antidictatorial (el horror) a las "muchas verdades" o la "verdad de cada uno" o las "dobles razones" en democracia.

Opiniones 'opinables' ("que se deben respetar por igual"; "sin imponer 'mi' verdad").

Igualación de actitudes (de los sujetos) y de las conclusiones sociales sobre la dictadura ("todo lo que ya sabemos", "lo que todos queremos que no vuelva a repetirse", etcétera).

Imposibilidad de dotar al pasado reciente de un único sentido y de cohesión social a la decisiones democráticas sobre el mismo.

La verdad como ficción

Como efecto de lo vivido, la verdad se trasladará a otros ámbitos buscando una reinterpretación simbólica de los hechos pasados en el imaginario colectivo.

Es ahora la historiografía, el periodismo, los afectos, la terapia, la reparación material por el Estado a las víctimas, la reaparición con vida de niños secuestrados, las confesiones de los "arrepentidos", lo que pugnará por abrirse paso entre versiones oficiales y hechos institucionalmente laudados.

Al volver al lugar del crimen, este imaginario de verdad 'degradado' hará lo suyo para reinstalar el modelo 'falso': la dictadura como 'ficción', e interpelarlo, ahora, como "secuelas", "traumas", "síntomas", "remanentes", "cuentas pendientes", "testimonios" del horror. "Herencias".

Narraciones y hechos parciales del pasado. Este presente fragmentado de la historia.

El "¡Nunca Más!"

Pesimismo de la voluntad; nostalgia de la inteligencia

Ante tal estallido de memorias y sentidos, la incorporación de la historia reciente a la memoria social parece no generar ya sentidos colectivos que orienten prácticas de cambio social.

La des-memoria del poder que activamente oculta o su exceso de recordar(nos) hechos que elige del pasado.

La "servidumbre de la historia" respecto a la política.

Es el Estado que recupera así parte de su monopolio de la interpretación sobre los sucesos políticos del pasado reciente.

Condición, también, para que la sociedad antidictadura pierda su gran fundamento cohesionador emergente en el período:

De la unidad a la fragmentación;

de la euforia democrática al desencanto posrestaurador.

La debilidad de la democracia recuperada para producir efectos simbólicos y recrear utopías se mide en ese pasaje del optimismo a la desilusión que alimenta el inconsciente colectivo de la sociedad uruguaya posdictadura.

Sobre ese pasaje insistirán otras omisiones significantes de la democracia.

Negaciones

Es el "no se puede" y sus otras variantes:

"sabemos como termina"

"no aprendieron nada"

"poco cambiarán con esos métodos"

"el jerarca le quitó trascendencia al tema"

"la política seguirá igual aunque caiga el ministro"

"la nueva administración continuará los grandes lineamientos del anterior gobierno"

"la herencia maldita"

"caminos de pacificación y reconciliación nacional"

"hechos del pasado institucionalmente laudados"

"en la izquierda no hay renovadores u ortodoxos; somos todos renovadores"

"la diferencia es de matices, en lo esencial de las reformas estamos todos de acuerdo"

"el Poder Ejecutivo vetará la iniciativa parlamentaria"

"se logró acuerdo y existen los votos suficientes en el Parlamento para bloquear la iniciativa de la oposición"; etcétera,

Estereotipos del poder que remiten a un resultado conocido, a una interpretación ya dada sobre 'lo nuevo'.

Neutralizaciones de la acción ante las consecuencias previsibles que acarreará el comportamiento alternativo de determinados sujetos sociales y políticos.

Bloqueos del sentido sobre las posibilidades presentes del cambio social (¿para qué?; ¿hacia dónde?): el 'inmovilismo'.

La representación social

La "sociedad relacionada consigo misma" en el enfrentamiento al Otro-autoritario se encuentra luego de la dictadura "confrontada consigo misma" y con su mismo-otro como alteridad:

la heterogeneidad social y la autoridad estatal (legitimada).

La pérdida de mismidad social abre un nuevo fenómeno de la restauración: la "crisis de re-presentación" como crisis de "lo real".

Crisis de representación de la investidura política: la pérdida de credibilidad en los políticos.

Crisis de las teorías: los límites de la conceptualización explicativa sobre los nuevos fenómenos; el pensamiento que no refleja alternativas al orden.

Crisis de representación sindical. El trabajo informal y la afiliación sindical; el reclamo de fueros.

Crisis de representación social: marginalidad y exclusión del sistema.

Crisis de los sujetos. Multiplicidad de posiciones y comportamientos dentro de un mismo colectivo.

Crisis por excesos de representación. El poder de los 'media': la transparencia.

Lo i-representable

La crisis de representación política posdictadura trasciende esa crisis de organización de lo real.

La misma tiene también otro sustento figurado en lo irrepresentable, lo que ya-no-está-para-siempre.

Lo que no puede ser interpretado más que como silencio (elaborado o no).

Una nada que no cabe decir(se): lo i-ne-na-rra-ble.

El exterminio por parte del Estado totalitario de sus enemigos y la imposibilidad luego en democracia de que lo eliminado acceda a un lugar social legitimado (conversaciones, recordaciones, reconocimientos expresos):

la ausencia de Testamentos y Monumentos.

El silencio se inscribe en una estrategia de la autoridad para que el terror político perdure en democracia a través del simbolismo de lo no-representado, lo indecible, lo in-nombrable, lo i-repetible, lo pre-supuesto, aquello de lo que más vale no acordarse o de lo que no conviene hablar... (públicamente): el *"off the record"* periodístico.

Un pasaje que va de la pérdida de la capacidad de asombro personal bajo la dictadura a los relatos contenidos del horror que no ingresan en las reglas de la urbanidad democrática.

Experiencias de vida personal que empiezan a sentirse para muchos como lo único real. Autorrepresentación tozuda de una vivencia intransferible:

"Lo volvería a hacer".

Sujetos y movimientos sociales antidictatoriales (FUCVAM, organizaciones de derechos humanos, culturales, y otras) que no alcanzan una puntuación institucional "representativa" en la postransición.

Marcas

Nuevos fenómenos de creciente indiferenciación social y privatización de lo público.

Pérdida de ideales colectivos e individuación de los signos: tarjetas de crédito, atención personalizada, walkman, vidrios espejados, servicios de acompañantes.

Debilitamiento de identidades sociales y reforzamiento de las marcas distintivas: Benetton, IVA, OCA, IMESI, Diner's, Internet.

Las nuevas ciudadanías en la crisis de representación política: consumidores, usuarios, clientes, empresarios, inversores, el público, los vecinos, las audiencias, el peatón, los viajeros, el televidente.

Los "sitios exclusivos";

las áreas con seguridad privadas y circuitos "cerrados" de televisión.

Pasajes de legitimidad en la posrestauración democrática: de asentarse en la uniformidad político-estatal a contemplarse en la fragmentación social y en la atomización del poder.

El bloqueo social y la autorrepresentación ciudadana.
De la solidaridad colectiva a la autoayuda personal:
(Alcohólicos anónimos)
(Gordos anónimos)

La "otredad" de la sociedad: el anonimato, y su correlato político: el ensimismamiento ciudadano.

Neo-liberalismo / Posmodernidad

Este proceso posdictadura de "de-sujetización" expresa también otros importantes cambios de la realidad que cuestionan la actualización del ideal humanista:

1. La subjetividad humana pasa a ser sobredeterminada cada vez más por sus propios resultados en el campo científico y tecnológico: es la objetividad y los mecanismos, sustitutos de la historicidad.

Las consecuencias de la acción sistémica se desligan de la intención social y planificación de los actores.

2. Las transformaciones del sistema económico-productivo desestructuran el papel histórico de sujetos clasistas y sociales, de sus paradigmas ideológicos y conductas clásicas.

El cambio sin sujeto y sin dirección; la violencia anómica como respuesta.

3. Las transformaciones de la racionalidad económica y política-estatal en la transición como continuidad tecno-burocrática del autoritarismo militar.

El proyecto neoliberal que traslada el optimismo de la razón del hombre a las leyes del mercado; de la voluntad a la racionalidad instrumental.

La despersonalización de los procesos sociales.

4. Los síntomas de una posmodernidad cultural dependiente. La falta de direccionalidad colectiva sobre lo social. La desacumulación de las tradiciones; el desarraigo en las grandes ciudades.

5. "Bienes masivos de significación" que cada vez más proceden del ritmo de las imágenes de los medios y menos de la significación de la historia y de prácticas forjadas en largos procesos de acumulación cultural.

Las metáforas se desplazan de lo político-social a los mass-media: la propaganda televisiva.

De la opacidad de la historia social a la transparencia de los medios.

6. Se prefigura así una sociedad capturada y realizada inmediatamente por sus instituciones. Sin su imaginación, la sociedad pierde la capacidad de "darse lo que no es" (Andacht), el anticipo a la realidad, la utopía.

La asepsia del imaginario colectivo justificando el éxito personal:
"¡Hace la tuya!".

Gueto(s)

La situación impone nuevos posicionamientos y estrategias de los sujetos colectivos frente al cambio de los tiempos políticos y productivos.

(Flexibilidad, "flexibilización"). La adaptación pasiva.

Reconversión de los temas ideológicos en técnicos;

Desestructuración de viejas matrices discursivas que hacen a la identidad de sujetos forjada bajo el clivaje de la negación-oposición al autoritarismo.

Las viejas palabras ya no nombran; los nombres ya no llaman.

El gueto, ese pequeño espacio defensivo.

La ortodoxia, identidad precaria de la autorreferencia discursiva.

El repliegue sobre lo ya conocido: una secreción del presente complejo.

La palabra pública

La transición discursiva a la democracia

La transición hacia la democracia incluye una transición discursiva.

Es la recuperación del circuito público de la comunicación política; las estrategias discursivas en busca de nuevos "contratos de habla". (Verón)

De la recepción pasiva bajo el régimen dictatorial al "dialoguismo democrático". (Landi)

Se trata de una verdadera lucha por el sentido de la palabra pública en la que muchos significantes son hipertrofiados.

O en la que muchos significados empiezan a perder apoyatura en las interpretaciones (ya hechas) del pasado o ante innovaciones del presente.

Acontecimientos nuevos que no remiten a claves interpretativas contenidas en discursos preconstituidos.

Cambios sociales y culturales bajo la dictadura, perceptibles e imperceptibles.

Alteración de las redes sociales del sentido.

No obstante, los excesos de credibilidad y autoconfianza formatean la esquizofrenia (del doble discurso) y la nostalgia (de la coherencia), dos componentes del tránsito discursivo.

Los sujetos buscan legitimidad en la continuidad con el pasado estirando su identidad en viejos sentidos y signos.

El cansancio de las metáforas y su cancelación temporaria como mecanismo de representación.

De la diversidad cultural a la restauración política

Pasaje de sentidos múltiples a únicas interpretaciones.

Los "nuevos" objetos (temas) y sujetos de la restauración democrática (género, ética, justicia, juventud, movimientos sociales, derechos humanos) transitan hacia la fijación de un único sentido común posrestauración: el político-estatal-partidario. El institucional.

Tránsito que permite a las lógicas centralizadoras –estatales, partidarias, sindicales, académicas– absorber lo marginal, limar las alternativas, acercar los campos, reinstaurar viejas explicaciones.

Así como en el continuo de las narraciones institucionales (estatales) así para sectores organizados de la sociedad, las rupturas, discontinuidades, novedades, contradicciones del tiempo histórico dictatorial pasan a ser explicadas en la transición a partir de códigos de interpretación predictadura.

La repetición de las grandes narraciones unitarias y la regrabación de sus voces hegemónicas como garantías de verdad: la coherencia con el pasado = certeza.

La fragmentación de signos y sujetos de la sociedad antedictadura, la diversidad interpretativa, las experiencias de vida diferentes y los cortes transversales (culturales y generacionales) terminan continentados por la reposición de los liderazgos sistémicos: la tradición = continuidad.

Un "re-ocupar el lugar" de los sujetos políticos y sociales tradicionales con respecto a los emergentes, "sin lugar".

Del público como "opinión" al espacio público como "institución"

La restauración lleva al acotamiento de márgenes de autonomía conquistados por la sociedad civil posdictadura.

Desplazamientos de las representaciones y mediaciones societales y políticas bajo-dictadura:

de la calle a los partidos;
del movimientismo a los representantes;
de la lucha al pacto;
de la violencia real a lo que no violente la realidad;
del cooperativismo a los sindicatos;
de los jóvenes a los líderes "probados";
de los clandestinos a los retornados;
de la protesta social a la queja individual;
De la circulación de información no controlada: el rumor de la calle a la ostentación ritual en el recinto cerrado: el teatro parlamentario;

Del "Juicio y castigo a los culpables" a que el tema "sobrevuele" en las negociaciones político-militares.

La lucha por el reconocimiento de lo instituyente antidictadura termina al fin conformándose con "un" lugar instituido en el Uruguay posdictadura:

la integración a las reglas de juego del sistema.

Reafirmaciones

Reinstaurar la vieja relación gobernantes-gobernados; gobierno-oposición; mayorías-minorías.

Recomponer liderazgos anteriores en el campo social: de la CNT sobre el pit; FEUU-asceep; Cuadros-militantes.

Reafirmación de la institucionalidad estatal, partidaria y sindical tradicionales.

El rediseño de una esfera pública de lo social –esbozada a la salida de la dictadura (lo público como "opinión"; el público como rumor)–, deja paso a una esfera pública institucionalizada, capturada nuevamente por el Estado representativo y las organizaciones mediadoras clásicas: los partidos, los sindicatos, los movimientos sociales tradicionales.

La transición como restauración o la absorción por la política del cambio cultural procesado bajo el autoritarismo.

Deslizamientos

El proceso de resistencia a la dictadura termina en una conclusión del poder sobre el desenlace histórico de la etapa: sin vencidos ni vencedores.

Fórmula ya usada en la historia de las guerras civiles en el país.

Por tanto, tradición administrable y unívoca del universo simbólico del poder frente a una sociedad civil posdictadura movilizada, heterogénea, capaz de generar hechos políticos cotidianos y de elevar la conflictividad social.

Para la autoridad, la euforia y el optimismo inicial de la recuperación democrática deben diluirse en el consenso ciudadano apacible y tolerante: la convivencia pacífica de víctimas y victimarios.

De la épica social a la sociedad tolerante;

Del conflicto al consenso.

Deslizamiento de personajes y sentidos en la transición.

Desplazamientos de símbolos ya disponibles por la sociedad antidictadura pero que adquieren otra significación en democracia:

De la dictadura al "gobierno de facto";

Del "pueblo" (contra la dictadura) a las "mayorías electorales" (en democracia);

Del papel del obrero al rol del ciudadano;
De la sociedad civil a los partidos políticos;
De las clases a los actores;
De la revolución social a los desafíos de la integración;
Del terror dictatorial al mejoramiento de "la calidad de vida" de la gente;
Del "Día a los caídos en la lucha contra la subversión" al "Día a los caídos en defensa de las instituciones democráticas".

Discurso estatal y construcción del "otro"

Los argumentos del poder estatal en la transición construyen un "sentido común" democrático.

Asocian como restauración de la violencia y fin del "cambio en paz" a:

1. las estrategias sindicales reivindicativas
2. los proyectos de cambio social
3. los planteos sobre derechos humanos
4. la incorporación de la historia reciente
5. la latencia del poder de ciertos sectores militares

Porque cada uno de ellos representa en el discurso estatal:

1. conflictividad
2. maximalismo
3. ojos en la nuca
4. revanchismo
5. bolsones

La satanización de los sujetos

La sanción de la palabra del Estado. El estigma:

1. esloganistas
2. decimonónicos
3. dogmáticos
4. intolerantes
5. nostálgicos

Lugar común

El vacío de lugar transformado en "lugar común" del sentido democrático;
la hipertrofia discursiva que todo lo explica;
la sobreexposición del político que siempre se justifica;
la trivialidad como debilidad de los significantes antidictadura;
los estigmas como desdibujamiento de viejas identidades;
la agenda política oficial como menú de las élites;

de la democratización a la reinstitucionalización;
de la Concertación al partido político ganador;
de la democracia consensual a la de mayorías y minorías;
de la participación popular a la delegación política;
del ciudadano al votante;
del héroe de la resistencia al "demócrata con credenciales".

Estereotipos

Los estereotipos devienen así el "sentido común" de la postransición.

Desprendimientos del contexto. Residuos de acontecimientos exagerados por las explicaciones.

La multiplicidad sin identidad.

La repetición barroca de la celebración democrática (formalismos, convencionalismos, organismos, estatutos).

El Logos político autocentrado luego del desprecio por las palabras (el antiparlamentarismo y la exaltación de la acción por la dictadura o la "acción directa" de la guerrilla).

Excesos de verbalización del nuevo político profesional: "el-demócrata-de-toda-la-vida". (Imbert)

Estigmas

Los estereotipos y estigmas son clausuras discursivas.

Codifican un sentido común respecto a temas en debate público.

Distorsionan así los otros sentidos y alternativas posibles y la credibilidad de sus sujetos portadores.

Los estigmas expresan una violencia transfigurada en palabra política.

La dictadura resuelve el conflicto social fuera de la palabra política;

La democracia es un conflicto por el poder encubierto de palabras públicas.

Relaciones de fuerza que antes se entendieron como continuación de la guerra (de liberación, antisubversiva) ahora se rehabilitan bajo otras formas subjetivas en democracia.

La violencia se desliza de los actos de lucha "cuerpo a cuerpo" (por el poder) a la palabra política (dentro del poder).

Simulaciones que "expulsan" la violencia del campo político o la minimizan ("banalización").

Transfiguraciones a través del enfrentamiento figurativo de los dirigentes:

Del "brazo arrancado" a un precandidato presidencial por un amigo presidente a

las acusaciones de "traidor", en los intentos fracasados de renovación de la izquierda.

Varias tipificaciones operan discursivamente como "fórmulas lógicas" del sistema.

Otras tantas clausuras del presente, un sentido común que deslegitima las propuestas, revisiones y/o comportamientos diferentes en los años noventa.

Las "coartadas" discursivas que bloquean el debate político a través de la reiteración de fórmulas sencillas prefabricadas que se adaptan a todo uso:

"politización del tema"
"afán electoralista"
"falta de voluntad política"
"búsqueda de protagonismo personal"
"pagar los costos políticos"
"pasarle la factura"
"asistir a un linchamiento"
"cortina de humo"
"posición flechada"
"no se puede sacar rédito político a algo tan serio"
"rasgarse las vestiduras"
"yo no hago futurología"
"bajar la pelota al piso"
"ineficiencia estatal"
"limitar el ingreso"
"los tres tercios del electorado"
"cantinflesco"
"actuación desprolija"
"campaña de desprestigio personal"
"jugarreta política"
"no nos prestaremos a ese circo"
"carnaval electoral"
"vender las joyas de la abuelita"
"colocarse en la vereda de enfrente y apedrear el rancho"
"se nota un profundo malestar en filas..."
"no puedo ni confirmar ni desmentir"
"unidad no es unanimidad"
"oposición constructiva"
"cultura de gobierno"
"negociar o confrontar"
"insensibilidad social"
"la población como rehén"
"estrechez corporativa"
"defensa de intereses sectoriales"
"aquí hay gato encerrado"
"estallido social"
"el enano fascista que todos tienen dentro"

"no se puede negociar y aplicar medidas de fuerza"
"modelo neoliberal"
"los dos proyectos de país"
"los desafíos de la izquierda"
"la izquierda se debe un gran debate"
"adaptación a los nuevos tiempos"
"el contexto regional"
"a pesar de las dificultades externas se avizora un promisorio futuro para el país"
"las reformas que el país no puede seguir postergando"
"el objetivo común es la estabilización; los instrumentos deben discutirse"
"esfuerzo que nuevamente se reclama a la población a cambio de..."
"sujetarse a la disciplina"
"contención de gastos"
"la inflación es el peor de los impuestos... no es de izquierda ni de derecha. La pagamos todos"
"recuperar la confianza de los inversores extranjeros"
"Uruguay es buen pagador"
"Ya fue..."

Palabras

"Advertimos que la imagen que vamos a presentar a continuación puede herir la sensibilidad de algún televidente..."

Corrida por la rapidez de las imágenes, la palabra pública no puede acceder a un nuevo estatuto de racionalidad virtual bajo la democracia.

Aquella conflictividad del "no poder nombrar", el "no poder decir", bajo la dictadura, se continúa, ahora, en el "sin palabras", del locutor televisivo, después de las imágenes de Ruanda.

("Enseguida volvemos")...

Inexpresiones para explicar las formas de violencia actual de la sociedad y nombrar a sus sujetos portadores:

"inadaptados de siempre", "enfermos", "energúmenos", "irresponsables".

Dicotomías

La recuperación del universo discursivo pluralista en la transición es también un montaje de interpelaciones fuertemente dicotómicas que reinterpretan la relación amigo-enemigo predominante en los años sesenta.

Con ellas, los sujetos políticos en el Uruguay posdictadura restauran sus viejas contradicciones y narraciones identitarias predictadura:

ruptura-continuidad

conservadurismo-modernización
comunismo-liberalismo
violentistas-tolerantes
dictadura-antidictadura
vieja izquierda-nueva izquierda

De conservarse el primer polo de estas dicotomías e imponerse así el retorno de lo doblemente reprimido –ayer por la fuerza, hoy por la palabra–, surge la duda-estigma del poder:

"¿Y después, qué...?"

Un dilema lanzado al imaginario social que resalta la respuesta simulada en la pregunta:

De la desestabilización de la democracia al otro golpe de Estado.

Retórica de la resignación

El mecanismo discursivo dilemático del poder estatal se asocia a la restauración de los miedos.

De la noción de "caos" en los años sesenta: revuelta, revolución, insurrección, asonada, atentado.

Y sus sujetos portadores: tupamaro, comunista, apátrida, mal nacido.

Al "catastrofismo" de los noventa: desequilibrio fiscal, hiperinflación, 27% a la enseñanza, políticas de "shock", conflictividad, democracia plebiscitaria, la no modernización de la Universidad, estilos populistas, engorde del Estado, criminalidad.

Y sus personajes a excomulgar simbólicamente de la comunidad política: los hipócritas, demagogos, irresponsables, populistas, delincuentes, jóvenes, jubilados, profesores.

Dilemas

El mecanismo dilemático es un planteo "creado" discursivamente por el poder para que el ciudadano "elija" libremente una de las opciones dicotómicas.

La misma formulación de las opciones –hechas desde el lugar de enunciación del poder–, se encarga de imponer "racionalmente" una sola de las alternativas: por eficiente, justa o verdadera.

Así, de paso, la propia discusión del planteo dilemático se convierte en algo inconducente: por absurdo, irracional, atrasado.

Los dilemas escinden la sociedad y los comportamientos:
víctimas y victimarios; recordar-olvidar; sacralizar-rutinizar.
Los dilemas interpelan rígidamente a los sujetos:

(caos-) orden,
(violencia-) tolerancia,
(conservación-) modernización,
(minorías-) mayorías,
(utopía-) realismo,
(revolución-) reforma,
(delitos-) penalidad,
(distribucionismo-) eficiencia,
(déficit fiscal-) contención del gasto público.

Tautologías del sentido común posrestaurador: "las únicas opciones viables para el país" son las "únicas opciones posibles" (porque además) son "aplicadas en el mundo entero".

Excesos de la retórica discursiva para persuadirnos. Pérdidas que esconden otras pérdidas: de voluntad política y autonomía decisional de los gobiernos nacionales y la élite política gobernante.

Interrogar

Si en los sesenta y bajo la dictadura el poder estatal: *responde*, en la postransición el poder: *pregunta*.

Plantea los dilemas que estructuran la agenda política oficial, eso que determina el sentido común, "la lógica" del sistema.

El discurso dilemático estatal absorbe argumentalmente las antípodas sociales; descoloca las respuestas de sujetos que hablan desde su posicionamiento clasista; monopoliza el sentido de los cambios.

Esa construcción de la realidad como sentido común finalmente adquiere un carácter normativo:

Como "realidad" se identifica con la "verdad".

Las situaciones descriptivas devienen juicios evaluativos del poder (lo que es racional e irracional; bueno-malo; eficiente-decimonónico; verdad-mentira).

Así, pasamos de las múltiples opciones posibles ante la realidad a " medidas" de "urgente aprobación":

"El paquete".

Alteridad y sentido común

El poder del discurso del poder radica no sólo en su capacidad de enemistar, de estigmatizar, de demarcar, sintetizada en sus planteamientos estereotipados, estigmatizadores y dilemáticos.

La palabra estatal igual intenta recrear un imaginario social en la transición con referentes unívocos:

1. democracia,
2. consenso-negociación,
3. modernización del país e integración,
4. condena a los años sesenta y al golpe de Estado.

Si el referente democrático excluye al autoritarismo y el consenso al conflicto, el tercero impide dar vuelta atrás (a la revolución; al Estado social; a las polarizaciones) y el cuarto ordena el presente:

Es el golpe de Estado como significante.

Un productor de sentido institucional que absorbe bajo significado único los hechos más diversos del presente.

Los cuatro referentes juntos, a su vez, constituyen una especie de "invariante referencial" en torno a la cual también pasa a definirse el sentido común del sistema institucional, la racionalidad política y la lealtad de los actores para con el mismo.

Antisujetos

Los enunciados del discurso trabajan ese sentido común que disuelve en el proceso de transición democrática la alteridad y lo diferente forjado en el proceso de lucha contra el Uno-autoritario.

Pasajes del totalitarismo al pluralismo monotemático;

del autoritarismo a la libertad uniforme.

(El gran bostezo democrático.)

Las palabras significantes usadas en la transición: violentista, subversivo, decimonónico, y otras que se agregarán en la postransición: demagogo, hipócrita, cantinflesco, trabajan en democracia para la exclusión simbólica de lo diferente y sus sujetos portadores.

Construcción de ese "otro" que no entra en la visión unitaria del poder político (sí en sus cálculos utilitarios).

Los antisujetos democráticos: movimiento obrero (reglamentación del derecho de huelga); juventud (razzias); funcionarios públicos (amovilidad); jubilados (reforma del sistema); estudiantes (limitación, cobro de matrícula); políticos populistas (estigmas); vendedores ambulantes (impuestos, fealdad del centro); y otros.

Producción ideológica de una "otra" realidad: la consensuada y tolerante, frente a la amenaza de prácticas de disenso.

Es el discurso estatal de la "preocupación de las autoridades por la conflictividad social creciente" y las "medidas urgentes a adoptar".

Autoimagen

Redefinición de los diversos contenidos de la democracia antidictadura ("radical", "socialista", "avanzada", "sobre nuevas bases", "participativa", "social") por un único sentido institucional posdictadura: la "democracia sin adjetivos", "procedimiento político", "reglas de juego claras".

Este mismo mecanismo discursivo es el que permite recomponer la autoimagen del poder institucional: reciclar en democracia la creencia de los uruguayos en el Estado y sus aparatos de dominación (las Fuerzas Armadas y Policiales), luego de su comportamiento reciente como Gran Leviatán.

Mientras, por un lado, la palabra política del Estado exagera y trivializa respecto a los antisujetos, por el otro, temas y responsables del sistema autoritario van poco a poco desapareciendo de su léxico político y tratamiento público.

De la privatización de entes públicos a la privatización de la discusión pública (las "cúpulas" partidarias).

Del libre juego del debate parlamentario a la elitización de las decisiones, acordadas en "conversaciones en el cuarto de atrás", y legitimadas, luego, en la votación parlamentaria

la cocina,
la trastienda,
tras bastidores,
a espaldas.

El secreto (bancario).

La dictadura como modelo posdictadura. El simulacro en la posrestauración

La "historia reciente" como discurso del orden social

Se abre otra historia:

De cómo en la transición la palabra política del Estado recicla su discurso autoritario del "orden público" y la "seguridad interior", pre y ante dictadura.

Urgencias del poder estatal de conservar el pasado (como interpretación) para abrirlo y reabrirlo en el presente (como amenaza).

Es el *temor a repetir la historia:* un nuevo discurso del "orden" político-estatal que inaugura otro "uso público" del pasado.

La cultura del miedo resignifica así la percepción de amenaza, esta vez proveniente de la historia social inmediata.

La voz del Estado se esfuerza por transfigurar en democracia el temor real generado por la dictadura en el temor simbólico a la restauración de las prácticas violentistas de los años sesenta y la consiguiente sanción estatal a las mismas:

el Golpe.

"Historia rápida" del poder; "Historia lenta" la popular

La memoria del Estado necesita reescribir en la inmediatez de su gestión gubernamental la historia reciente de Uruguay como una historia de culpables:

"¿Quién fue el responsable de la caída de las instituciones?"

En los relatos oficiales, la responsabilidad del Estado en el golpe (de) Estado es sustituida por la responsabilidad de sectores sociales ("corporativos", "violentistas") en el golpe (de) Estado.

Desde sus lugares de enunciación: las élites gobernantes, el Poder Ejecutivo, la ley, el derecho, la mayoría electoral, los comandantes en jefe, las explicaciones de los partidos políticos, los centros de retirados militares y policiales, el discurso del poder construye un *identikit* democrático:

"un otro" conflictivo (actual) igual "al otro" subversivo (del pasado).

Un relato esquematizado y axiologizado de dos sujetos minoritarios (o ideas) enfrentadas:

tupamaros *versus* sectores de las Fuerzas Armadas;
corporativismo sindical *versus* interés general;
marxistas *versus* liberales. Etcétera.

La culpa

Y la sociedad debe asumir con complejo de culpa el proceso de su victimización por el Estado.

Exacerbación de la cultura política de la culpa en la restauración: "Responsables somos todos"; "Juicio" y "Castigo"; proclamaciones varias de "lealtad democrática"; críticas y autocríticas públicas de la izquierda; la aparición del político-víctima.

La figura política del arrepentido o las confesiones: "No tenemos nada de que arrepentirnos...".

La "culpa de los sobrevivientes".

Un intento ficticio de ocupar el lugar de otro: "por los que se quedaron en mi lugar"; "los que cayeron por nosotros"; "los que pasaron bien en el exilio"; "los que nos jodimos aquí".

La deuda (interna).

Morosos y blanqueos.

El Clearing.

El síndrome "golpe de Estado"

El uso ideológico de la historia reciente hecho por el poder estatal para reciclar en democracia la voluntad de obedecer –en tanto temor al castigo del Estado por intentar repetirla– tiene un estereotipo por excelencia en la afirmación-estigma:

"Esa película ya la vimos, sabemos como termina", y sus múltiples variantes:
"Ojos en la nuca"
"Rehenes del pasado"
"Revisionistas", etcétera.

Parecería que una vez producido, en realidad, el miércoles 27 de junio de 1973, el acontecimiento histórico golpe de Estado (y como parte de él: la radicalización de los años sesenta), éste se constituye en un *modelo posdictadura* que no necesita ya de la realidad (otro 27 de junio u otros años sesenta) para producir en el presente "efectos" de realidad.

Éstos son de distinto tipo: temores, rumores, desmentidos, adhesiones, repudios, celebraciones, silencios, minimización de los peligros, amenazas, informes, denuncias, reivindicaciones, pedidos, citaciones, declaraciones, conferencias de prensa, investigaciones, consultas médicas, testimonios, libros, etcétera.

Marx y Baudrillard

Marx dialogaría con Baudrillard sobre estas repeticiones (de la "historia como farsa" o la "ficción como historia"):

M. - Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces: una vez como *tragedia* y la otra como *farsa*.

B. - La era de la simulación se abre, pues, con la liquidación de todos los referentes. No se trata ya de imitación ni de reiteración, incluso ni de parodia, sino una *suplantación de lo real por los signos de lo real*.

En el caso uruguayo, la afirmación-estigma: "Esa película ya la vimos", juega no sólo con un guión de hechos experimentados por todos en el pasado sino, además, ya interpretado desde el presente por un sentido común dominante (el del Estado y los partidos del sistema).

En cualquier momento ese sentido restaura en el imaginario social el golpe "segundo" (como farsa).

La precesión del modelo

Esta precesión del modelo (golpe de Estado-radicalización de los sesenta) hace que la recurrencia en el presente a aquel acontecimiento histórico real se

vuelva su propia parodia: un exceso de interpretación y de sentidos que se neutralizan.

El discurso de la obviedad y sus predicadores.

Una esquematización del acontecimiento real hecha por el discurso político que lo transforma narrativamente en un hecho degradado por reiterado.

Los usos de la historia por la política.

En la etapa posdictadura, el reiterado mecanismo discursivo de "repetición" del "golpe de Estado" y, en contrapartida, de "oposición" al "intento de golpe de Estado", de "reafirmación de la democracia" y "negación de todo autoritarismo", etcétera, suplanta –en el *orden de los simulacro*– al golpe de Estado real y la resistencia al mismo, históricamente, hace ya más de veinte años, en realidad.

Trivialidades

Así, enunciados que no tienen sentido, ahora lo adquieren bajo la condición de confirmar a cada rato la "situación normal" y/o desmentir la "situación como normal".

Una circularidad que hace suponer (imaginariamente) que alguna razón (manifiesta/oculta) habrá para que la autoridad afirme la "normalidad de la situación" –el peligro que se puede correr– (si no, para qué destacarlo).

Si, por el contrario, hay riesgos, la denuncia de la "anormalidad de la situación" implica igualmente reafirmar la necesidad de la "normalidad de la situación" (si no, para que prevenir).

En conclusión, afirmando o negando al mismo tiempo, la situación real (normal-anormal), deviene en algo fuera de lugar (es y no es; es o puede ser; fue y no volverá a ser; etcétera).

Un sin sentido para usar en tal o cual sentido: el discurso político oficial de "la redundancia" ("afirmo"-"reafirmo"-"confirmo" / "miento"-"desmiento").

El triunfo de lo trivial; un empacho de palabras:

La "conferencia de prensa" como recurso sistemático;

la interpretación de la realidad bloqueda por las tautologías;

el saber de lo obvio;

el exceso de cifras;

los datos que agobian.

El pasado como imaginario

La sociedad uruguaya vive el pasaje de la dictadura a una especie de posmodernidad dependiente sin "reconversión" simbólica, sin reorganización de las representaciones colectivas en el imaginario social.

Apenas debilitamiento, grietas en el imaginario "Suiza de América".

De allí, la fuerza de lo "retro" o...
...El pasado vivido como presente: "un modo particular de lo imaginario" (Castoriadis).
En la "cultura del reciclaje" (Achugar) la resistencia al cambio autoorganiza socialmente el presente.

"Somos como brujos del reloj /
ninguno parece envejecer" (Fernando Cabrera).

Prefijos

El proceso histórico desde la transición democrática en Uruguay es muy rico en términos donde el prefijo *"re"* ilustra ese re-torno: girar sobre sí mismo del pasado, de lo reprimido, lo omitido, en el presente:
re-conciliación
re-institucionalización
re-constitucionalización
re-democratización
re-presentación
re-hacer
restitución, remoción, recuperación, recomposición, restauración, renovación, repetición, reescribir, refundación, reafirmación, reparación, rectificación, redescubrir, revisión, reconversión, reaparición, rebrotes.

("A Redoblar").

Re-peticiones

Lo prohibido (hecho de re-presiones reales y significativas) vuelve a la escena de lo re-al por su lugar y re-pite (imaginariamente) las escenas ligadas a un pasado re-ciente, no superado (como sensación):
El Temor y la Desilusión.

La re-construcción del imaginario político de la transición nutre buena parte de su simbolismo tanto de la crítica al pasado conocido (y temido): años sesenta, dictadura, represión,
como del pasado añorado (e ilusorio): revolución social, comunismo, Estado paternalista, distribucionismo, igualitarismo.

Retropía

Si la transición como re-construcción del tiempo histórico encierra una interpretación lineal del progreso: un "antes" y un "después" (de la dictadura a la democracia), la des-construcción posrestauradora reimprime una vivencia circular de la historia: su repetición (reciclaje).

Inercias sistémicas, temor heredado, desilusión.

Quizás por ello, muchas búsquedas culturales vanguardistas parecen haberse disparado hacia muy atrás en el tiempo: *los orígenes* (Bernabé, Bernabé; historia de la sensibilidad; naufragios, mitos e identidad, cine radio actualidad, la nueva trouppe ateniense, inéditos, la tábula rasa).

Más que conocernos, re-conocer(nos).

Más que utopías fundantes de un nuevo tiempo: *Retropías*

Sobrevivientes

Otra vez Marx nos recordaría ayer, y Baudrillard le complementaría, hoy:

M. - La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.

B. - Lo real no tendrá nunca más ocasión de producirse, tal es la función vital del modelo en un sistema de muerte o, mejor, de resurrección anticipada que no concede posibilidad alguna al fenómeno mismo de la muerte.

Atrapados en viejos relatos dominantes, los sobrevivientes se niegan a enterrar a los muertos.

Ironizan el modelo, resucitándolo. El crítico se ríe de las formas de ser (*La locura de los uruguayos*, *Signos reales del Uruguay imaginario*) mientras permanece en el campo de lo criticado.

Expropiación de la capacidad simbólica por el pasado;

Distorsión de la relación pasado-futuro en la memoria de las nuevas generaciones:

"¡Maracaná no existió!"
(otro cuento)

El Muro

La caída del muro de Berlín en lo internacional y la aprobación plebiscitaria de la Ley de Caducidad en Uruguay abren el período de tiempo, a partir de 1989, de lo que llamamos posrestauración (postransición) democrática.

La diferenciación entre transición y postransición (posrestauración) es para

enfatizar no la continuidad temporal de dos momentos históricos recientes sino la ruptura imaginaria y simbólica entre los mismos.

Se trata de la realización en la postransición del "lado oculto" de la democratización transitoria (silencio, omisión, secretos, no participación, desilusión, crisis de representación y confianza, etcétera).

Las "paradojas de la democracia como "contrasentido" de la democratización. Tendencias opuestas que obstaculizan el proceso; lo contradicen, "exigiendo un plus de autoridad". (Bobbio)

Por otra parte, estas contratendencias de la democracia se combinan con síntomas culturales característicos de una posmodernidad cultural dependiente que acentúa la dispersión de sentidos y la fragmentación social y política.

Malhumor

Importantes sectores de la sociedad provenientes de la izquierda acrecentarán el mal humor social ante la ruptura histórica de un imaginario de cambios progresista asentado en largos años de acumulación de fuerzas y luchas nacionales.

El malestar es aún mayor ante el reforzamiento propagandístico de un contraimaginario de triunfo global del sistema capitalista y de las ideas liberales: el "fin de la historia"; "fin de las utopías"; etcétera.

Esta situación ahonda la herida narcisista y hace de la nostalgia una nutriente proveniente de la izquierda que alimenta el pesimismo de la sociedad postransición.

La inteligencia contestaria se aferra a explicaciones y memorias asentadas sobre lo real que ya pasó. La rutinización de los discursos alternativos: la ortodoxia.

O compite en un juego de oposiciones políticas en el que, por la inercia del sistema, terminará pareciéndose más que diferenciándose de las otras opciones tradicionales. Un "nosotros" igual "a los otros".

La crisis de identidad como el exceso de preguntar sobre la identidad: "Uruguayos, uruguayos, ¿dónde fuimos a parar?"

¿Qué es hoy ser de izquierda?

(¿De qué lado estoy?)

Desplazamientos de la historia

El fin administrado de la transición (el "pacto", "esa historia ya la vimos", el resultado del plebiscito sobre la Ley de Caducidad, la crisis de izquierdas) marcará una falta de sorpresas sobre los desenlaces posteriores de la historia de la dictadura: cosa juzgada.

De los voluntarismos y optimismos de la redemocratización al realismo-pragmatismo de la reinstitucionalización.

La mimetización en la legitimidad del sistema de los institutos y personas responsables del proceso dictatorial.

(Reivindicación de personajes y conmemoración de fechas; elencos tecnocráticos de la dictadura que se continúan en los equipos de gobiernos democráticos; los consejeros de Estado e Intendentes –luego electos o reelectos democráticamente–, que se justifican retroactivamente: "intentamos cambiar la dictadura por dentro".)

La igualación pública en democracia de los comportamientos bajo la dictadura (resistencia-colaboración): el reciclaje democrático de los personajes.

Nuevas omisiones y vaciamiento de las narraciones interpretativas del pasado reciente por el sentido común que generan los estereotipos y estigmatizaciones del discurso político profesional.

Desacumulación

El adelgazamiento de la historia; la desacumulación cultural en la postransición.

Un verdadero desplazamiento de la historia masiva precedente a la cotidianidad de la subsistencia, a las "estrategias del cálculo" y del "comportamiento responsable" que profundizan la anomia general (el "sin lugar" social); (el "sin proyecto" alternativo).

La subjetividad de ese presente despersonalizado reaparece a veces como lo vivido utópico: la nostalgia por la épica, el cansancio de los héroes.

Por otra parte, en la transición democrática se experimentó contradictoriamente una tendencia a la aceleración de la historia social junto a la personalización de las experiencias.

La dimensión de masas junto al protagonismo "vivencial" de los acontecimientos históricos contemporáneos (ser testigos de uno mismo). El testimonio como reafirmación de sí mismo.

Este proceso justificará luego en la academia los pasajes de lo general-público-global, la historia de las "grandes tendencias", "estructuras" (años sesenta) y "personajes del bronce", a lo particular-privado-individual, las "historias individualizantes", la de los "pequeños detalles": mentalidades, historia real, estadística, periodismo, acontecimientos (años ochenta - noventa).

Opacidad y transparencia

"Esa historia ya la vimos" expresa un estereotipo que incide directamente en el diseño de los escenarios sociales de la posrestauración democrática.

Contribuye a delinear la *opacidad de la historia social.*

La pérdida de la "función social" de la historia (Hobsbawm), de sus explicaciones, sujetos y referentes organizativos clásicos predictadura.

La historia social como un "tiempo fuerte" de los años sesenta y principios de los setenta –desplegando su positividad sobre el gran escenario de la esfera público-estatal–, se repliega. Los "centros" de esa historia y sus sujetos se diseminan: Del relato histórico unitario a la(s) historia(s).

Privado/Público

La micropolítica y la sociabilidad de lo cotidiano parecen pautar también un nuevo acceso de lo privado a lo público y la absorción de lo público por los medios masivos de comunicación. Junto a la "deshistorización de la experiencia" se da la contemporaneidad y simultaneidad del plano televisivo. (Vattimo)

Aparecen los nuevos "socio tipos" televisivos de la postransición: liderazgos y estilos comunicacionales de políticos, religiosos, politólogos, periodistas calificados, especialistas, encuestadores, opinólogos.

Las formas mass mediáticas de la solidaridad social: La Telemaratón; el 0-900; las donaciones para operaciones de niños en el exterior; Telenoche "cerca de los barrios"; los pedidos de las comisiones de fomento. "Acción solidaria", la "Primera Dama".

Los sujetos de la cercanía: la gente, los vecinos, la gauchada.

Barroco

El estallido de los "nuevos temas" de la postransición: criminalidad, violencia doméstica, minoridad, enfermedades masivas terminales, crisis de la familia, sexualidad, el espacio urbano, crisis del Estado y los partidos, etcétera.

Lo público fragmentado por sus públicos alternando con los significados de las agendas y agentes institucionales tradicionales: reforma del Estado, enseñanza, seguridad social.

El barroquismo de las explicaciones y el estilo coloquial del periodismo frente a terapeutas, sociólogos, políticos, semiólogos, paes, literatos, especialistas extranjeros.

El sinsentido (sin testigos) de las explicaciones por pérdida de referentes o el exceso de explicaciones por el estallido de sentidos simultáneos que se anulan entre sí.

De allí los Plebiscitos y el imaginario social posdictadura: la recurrencia a la reafirmación, los neocorporativismos.

El aferrarse.

De la historia a la ficción

La repetición de la historia como farsa remite a la primera historia, como tragedia:

La simulación suplanta a la historia por el modelo:

Los "neo", los "pos",

el "profesor Paradoja",

el candidato Pinchinatti,

"Ustedes hacen como que trabajan y yo como que les pago" (Luis A. Lacalle a los funcionarios públicos),

Los grandes torturadores detenidos luego como delincuentes comunes.

En la tragedida-farsa/simulación-modelo, la distinción entre lo real y lo imaginario se confunden, como antes.

Hay en ello un doble movimiento de la posrestauración.

Uno que va *de la historia a la ficción*, del acontecimiento histórico real a su vivencia traumática, de la ruptura a sus secuelas en el imaginario social actual: desilusión y temor.

El otro movimiento transita a la inversa: *del imaginario a la realidad.*

Los ejemplos del primer movimiento –la reiteración de actos que "vienen" del pasado– y que pueden afectar para la voluntad política del Estado la "estabilidad" actual del sistema pueden ser tantos como hechos conflictivos pasan en realidad.

Desde un reclamo obrero salarial o por las pasividades hasta la sospecha de la existencia de un "enemigo latente".

Hechos de actualidad que simulan (re)vivir el presente como trauma y secuela del pasado: la circularidad de la historia de la dictadura que la interpretación institucional se encarga de cerrar.

El imaginario como realidad

Si este movimiento va de la historia a la memoria, el otro movimiento va del imaginario ya construido con el pasado a los hechos reales del presente.

De esta manera, una serie de acontecimientos de la posrestauración engarzan indirectamente con el pasado reciente (transición-dictadura-crisis de los sesenta).

No a través de la continuidad de aquella(s) historia(s) reales sino de los vacíos que dejaron:

una historia que no se despliega (incompleta); una memoria que no se consuma (inconclusa); un dolor que no cierra (heridas); los relatos e interpretaciones parciales; un imaginario social suspendido.

Los símbolos (re)interpretan los actos dispersos; los discursos los absorben e interrelacionan bajo sentido único.

Contraimaginario de violencia

Ejemplos salientes de esa relación invertida: del pasado como imaginario al imaginario como realidad, son algunos símbolos de violencia actual.

Aquellos tiempos en que la "violencia estructural" justificaba la "violencia liberadora" y el uso de la fuerza se inscribía en proyectos globales de conservación-cambio del orden social eran épocas de campos ideológicos y sujetos colectivos bien delimitados.

Una parte de los nuevos "tipos" de violencia actual –que afectan la existencia de cuerpos individuales– se relacionan con los símbolos del pasado pero no necesariamente con la historia pasada.

Asociaciones

Es el imaginario social el que rellena lo que no sabe del presente con los materiales y significaciones del pasado ya disponibles. Asocia, (re)construye realidad.

Opera así, por un lado, como una especie de "caja negra" de la memoria sobre el pasado y, por otro lado, como "caja de resonancia" que connota los hechos reales del presente con "algo más" (un plus) de lo que son en la actualidad (su relación con el pasado).

Es el pasado reciente como presente de la historia.

Sentidos figurados

Seguramente los límites que se encuentran hoy para conceptualizar la violencia en el Uruguay posdictadura se deban en gran parte a esa falta de límites de la violencia en el Uruguay pre y antedictadura.

En la posrestauración, el límite vida-muerte, momento de nacer-derecho a la vida, propiedad del cuerpo e identidad, resaltan en discusiones como la despenalización del aborto o en la prueba de histocompatibilidad (ADN), la donación de órganos, los transplantes. La soledad de los ancianos y los servicios de acompañamiento hospitalario.

Como estos ejemplos reales, los deslizamientos de sentido entre los efectos violentos de hoy y los hechos de violencia de ayer pueden ser múltiples.

La vacuidad de los signos y de estas interpretaciones, también:

- Del actual Grupo de apoyo a familiares de asesinatos impunes al grupo de familiares de detenidos-desaparecidos;
- Del estereotipo de peligrosidad "Pablo Gonçálvez" o "El Pelado" al "Chueco Maciel";
- De la negativa de las FF.AA. a cumplir "funciones de patrullaje callejero" (durante la huelga policial) a su policialización en el pasado reciente;
- De las enfermedades masivas y su prevención: cólera, Sida, a las enfermedades sociales y la profilaxis estatal: extirpar;

- De las fugas reiteradas de presos al "Abuso" (en el hoy Punta Carretas Shopping Center);
- De la Coordinadora juvenil antirazzias a la represión al movimiento estudiantil en los sesenta;
- De la rebeldía hippie a su estetización en "Tango Feroz";
- De la muerte misteriosa del niño Johnattan o del empresario González en un aljibe a la desaparición de niños o los cadáveres flotando en el Río de la Plata;
- Del silencio administrado durante cuatro años por el actual Presidente de la Nación al silencio de los inocentes en la dictadura;
- Del "peaje" por el vino a los peajes estudiantiles;
- De las falsas alarmas de bombas en los noventa a los atentados en los sesenta;
- De los repatriados del fútbol a los desexiliados políticos.

Violencia posmoderna

Las nuevas formas de violencia anómica conviven con otras formas clásicas del delito y la marginalidad creciente de amplios sectores de la sociedad uruguaya.

Tal entramado delictivo y su presentación pública (medios de comunicación, discurso político) acrecientan la "inseguridad subjetiva" de la ciudadanía.

Aunque en los hechos estas variadas expresiones violentistas no estén ligadas intencionalmente ni responden a ningún proyecto antisistema, en el imaginario social posdictadura su combinación reinstala el trauma colectivo del terrorismo de Estado.

Confirma así, de paso, "la racionalidad" y eficacia social del discurso político-estatal de la criminalización y policialización de la sociedad.

Corsi e ricorsi, luego de once años de dictadura:
El reforzamiento de la autoridad del Estado, en democracia;
el disciplinamiento de la sociedad uruguaya, postransición.

El desdibujamiento del poder

Violencia anómica, imprevisible e irreductible. No se puede controlar ni manipular.

La amenaza permanente ("latente") como incertidumbre.

El poder barroco del Estado –reforzado después de once años de autoritarismo– enfrentado a la crítica permanente de su "eficiencia", expuesto a la desacralización del espacio público:

la informalidad y el exceso de detalles; lo caótico y la sorpresa de la acción; la irreverencia y mala educación de los comportamientos en público: un porro, un estribillo soez, el "vino lija".

O la irrelevancia de los sujetos del desorden: barras bravas, marginales, menores informales. Las "poblaciones de riesgo".

La fragmentación del poder estatal y su desustancialización. La Autoridad expuesta a los desafíos sin sentido de su autoridad.

La dificultades para individualizar al enemigo obligan a resaltar el lugar estatal como límite del comportamiento social.

La autoridad que se ejerce por diseminación de sus efectos del pasado reciente como Gran Leviatán y desconcentración de sus puntos de apoyo represivos.

Ante un Estado mínimo que se achica un poder estatal que se agranda.

Rutinas

Del Estado protector a la protección policial del Estado.

De la violencia hasta hace poco innombrable como Terrorismo de Estado al exceso de nombrarla, hoy, como crónica roja, catástrofe, prevenciones sanitarias, de tránsito, de trabajo...

La "banalización del mal".

Formas de violencia humana que conviven con ellos (los de la "excepcionalidad de Uruguay") o con nosotros –los testigos– de la otra violencia, sesentista.

Tics

1994, agosto, 24

La sociedad vigilada posdictadura y los tics del poder.

Un laboratorio del poder estatal como pura técnica del poder policial en la posrestauración democrática: El Filtro.

(Continuará...)

junio, 1995

Bibliografía consultada

Achugar, H., Caetano, G. (comp), *Identidad uruguaya: ¿Mito, crisis o afirmación?*, Trilce, Montevideo, 1992.

Andacht, F., *Signos reales del Uruguay imaginario*, Trilce, Montevideo, 1992.

Augé, M., *Los "no lugares". Espacios del anonimato*, Gedisa, Barcelona, 1994.

Baudrillard, J., *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1993.
Bobbio, N., "Podrá sobrevivir la democracia", en: *Los límites de la democracia*, vol. 1, CLACSO, Buenos Aires, 1985.
Braud, P., *El jardín de las delicias democráticas*, FCE, Buenos Aires, 1993.
Brunner, J.J., *Bienvenidos a la modernidad*, Planeta, Santiago de Chile, 1994.
Cabrera, F., *Música para El Dirigible*, Ayuí, Montevideo (casete).
Castoriadis, C., *La institución imaginaria de la sociedad*, t. 2, Tusquets, Barcelona, 1989.
Chesneaux, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Siglo XXI, México, 1987.
Demasi, C. (director), Rico, A., Landinelli, J., López, S., *Cronología de la historia reciente del Uruguay*, (1967-1973), FCU, en preparación.
Foucault, M., *El discurso del poder*, Folios, México, 1983.
Gil, D., *El terror y la tortura*, EPPAL, Montevideo, 1990.
Goffman, E., *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
Imbert, G., *Los discursos del cambio*, AKAL, España, 1990.
Kolakowski, L., *La presencia del mito*, Cátedra, Madrid, 1990.
Landi, O., *Crisis y lenguajes políticos*, CEDES, Buenos Aires, 1981.
Lechner, N., *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, FCE-FLACSO, Santiago de Chile, 1990.
Leffort, C., *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990.
Le Goff, J., *et. al.*, *Diccionario Nueva Historia*, Bilbao.
Marx, C., "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en: *Obras Escogidas* en 3 tomos, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1976.
O'Donnell, G., Schmitter, G., *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, t. 4, Paidós, Argentina, 1991.
Perelli, C., Rial, J., *De mitos y memorias políticas*, Banda Oriental, Montevideo, 1986.
Rico, A., "Los usos de la historia y la racionalidad liberal en el Tercer Batllismo", en: *Los partidos políticos de cara al "90*, FCU-FESUR-Instituto de Ciencia Política, Montevideo, 1989, pp. 135-172.
Rico, A., *El Liberalismo conservador. El discurso desde el Estado en la emergencia del "68*, EBO-FHCE, Montevideo, 1989.
Rico, A., "Memoria popular-Memoria del poder en la transición democrática", en: *Revista Encuentros* Nº 1, diciembre 1992, FCU-FHCE-Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos y Latinoamericanos, Montevideo, pp. 35-53.
Rico, A., "Estado y criminalización de la sociedad uruguaya (Años '60 - Años '90)", en: *Revista Encuentros* Nº 6, FCU, Montevideo.
Rodríguez, J., *Multiplicidad y subjetividad*, Nordan, Montevideo, 1994.
Schmitt, C., *El concepto de lo político*, Folios, Buenos Aires, 1984.
Sorman, G., *La revolución conservadora*, Atlántida, Buenos Aires, 1986.
Vattimo, G., *El fin de la modernidad*, Planeta-Agostini, España, 1994.
Verón, E., *et. al.*, *El discurso político*, Hachette, Argentina, 1987.
Viñar, M. y M., *Fracturas de memoria*, Trilce, Montevideo, 1993.
Von Beyme, K., *Teoría política del siglo XX. De la modernidad a la posmodernidad*, capítulo II, Alianza, Madrid, 1994.

ROGER MIRZA

MEMORIA, DESMEMORIA Y DICTADURA
UNA PERSPECTIVA DESDE EL SISTEMA TEATRAL

Entre las producciones simbólicas de una sociedad, el teatro, como fenómeno espectacular, ocupa un lugar singular por su compleja integración de diferentes artes y técnicas y por las particulares condiciones de su producción y recepción. En efecto, como fenómeno de participación colectiva, el teatro es también práctica social, arte en presencia, capaz de confrontar en un mismo ámbito a emisores y receptores en el doble espacio de la escena y la sala. Una práctica y un arte que no se limitan, por lo tanto, a "ilustrar" determinado texto dramático, sino que supone, a partir de ese texto y a través del montaje escénico, una nueva producción de sentido, una nueva creación.

Un arte que, al mismo tiempo, puede reconstruir "simulacros" de la vida cotidiana, réplicas que apunten con mayor o menor intensidad a construir una ilusión de realidad. Un arte "vivo" que despliega acciones que se desarrollan en el eje temporal en forma implacable y sin posibilidad de pausa ni de repetición, aspecto que en la era de la reproducción en serie adquiere particular relieve. Es lo que vuelve, también, efímera su condición. De allí que todo estudio sobre el teatro como espectáculo, como hecho social y público, como práctica viva, deba apoyarse –además de los textos dramáticos– en huellas, registros textuales, sonoros e iconográficos (grabaciones, fotografías o películas de los espectáculos) que tienen sus limitaciones técnicas y dan cuenta de aspectos parciales del espectáculo. Pero también en la memoria individual de quienes han participado en él, con sus variadas instancias de puesta en común, junto con los comentarios y las críticas en diversos medios de comunicación como formas de socialización de esas impresiones individuales, en una reelaboración permanente de esas imágenes y de sus atribuciones de sentido, que integran y constituyen la memoria colectiva.

Así el teatro ocuparía un lugar de privilegio en el sistema de relatos y mitos que integran el imaginario colectivo de una sociedad.[1] Forma parte de ese proceso de gestación de imágenes y de la elaboración de una red simbólica donde ese grupo humano se confronta con su propia imagen, con diferentes interpretaciones y valoraciones.

Importa entonces el teatro como actividad generadora de un espacio

colectivo que posibilita esa puesta en común de un conjunto de símbolos como intentos de elaboración de la experiencia humana, en lo privado y en lo público, donde intervienen elementos racionales e irracionales, conscientes e inconscientes. De allí su importancia como factor de socialización, como historia haciéndose desde abajo a partir de las emociones, los pensamientos, las pérdidas, los proyectos y sueños de los individuos. El espectáculo teatral, es entonces un escenario donde se actualiza no sólo lo singular e individual sino, también, esas experiencias cruzadas por sus condiciones histórico-sociales, a través de diferentes tipos de ficciones, que interactúan con las ya acumuladas en la memoria individual y social.

Desde esta perspectiva se estudiarán algunos aspectos de la producción teatral (espectacular) del período de la dictadura en su relación con el contexto social e histórico, sin olvidar su especificidad estética.

El sistema teatral y la dictadura

Profundamente marcado por el golpe de Estado de junio de 1973, el sistema teatral uruguayo sufrió de múltiples maneras la represión de un gobierno cuyo autoritarismo ya se había manifestado desde la asunción de Pacheco Areco a la presidencia en diciembre de 1967, con la ilegalización de varios sectores y partidos políticos de izquierda (como el Partido Socialista y la Federación Anarquista Uruguaya), a la semana de su nombramiento, la frecuente clausura de periódicos, la militarización de funcionarios bancarios, y la reiterada implantación de Medidas Prontas de Seguridad,[2] en un estilo que prolongó el gobierno de Bordaberry y que culminó con el golpe de Estado del 27 de junio, que disolvía por decreto al Parlamento y prohibía hablar de intenciones golpistas, mientras el Palacio Legislativo era sitiado militarmente.

En el ámbito de la actividad teatral la represión alcanzó en forma directa o indirecta a todo el sistema: más de un centenar de artistas teatrales encarcelados, prohibidos, obligados al exilio o al silencio alrededor de 1973, y en forma más acentuada aún en 1974, marcan los alcances de un régimen de fuerza que no se limitó a recortar la actividad política y sindical, los derechos y libertades individuales y la libertad de prensa –hubo medio centenar de decretos de clausuras temporarias o definitivas de medios de comunicación oral y escrita entre 1973 y 1974–[3] sino que buscó, además, restringir y anular toda actividad cultural y todo discurso que no coincidiera con la retórica oficial del poder hegemónico, al mismo tiempo que intentó estimular las expresiones pasatistas o anodinas.

En esta situación, la retracción inicial de la actividad teatral puede medirse a partir de algunos hechos emergentes. Entre éstos debe mencionarse el cierre de salas, la disolución de importantes grupos de teatro independiente, el exilio de numerosos actores, directores y autores, e incluso la prisión de dos importantes dramaturgos como Mauricio Rosencof (perteneciente al MLN,

Tupamaros) e Hiber Conteris. Teatro Universal cerró su sala en 1973 como fue también el caso del Club de Teatro al año siguiente. En su balance de la actividad teatral de 1973, Gerardo Fernández señala la emigración o retracción de medio centenar de artistas de primera línea –directores, actores, escenógrafos, músicos– por "la crisis económica... y los oscuros embates de las fuerzas más regresivas ...la falta de libertad expresiva y un clima asfixiante casi invisible...".[4]

Por otra parte, en 1974 la Comedia Nacional estrenó sólo un título, frente a nueve del año anterior y un promedio de siete u ocho montajes por año. Al año siguiente (1975) fue clausurada la Escuela Municipal de Arte Dramático después de 26 años de actividad ininterrumpida. A fines de 1975 se encarcelaron a todos los dirigentes de El Galpón que debieron exiliarse unos meses después, a comienzos de 1976. Al exilio de El Galpón, se sumó el secuestro de sus salas, el cierre de su escuela y su taller de dramaturgia. Teatro del Pueblo fue desalojado de la Sala Victoria y La Máscara y El Tinglado debieron cerrar también sus salas. Al mismo tiempo y como obvia consecuencia disminuyó el público, que vivía, además, bajo el miedo permanente, mientras crecía el teatro de pasatiempo.

La retracción de la actividad teatral en este primer período bajo la dictadura[5] alcanzó en ese año de 1976 su momento más bajo, lo que se manifestó también en la reducción del número de estrenos, de la cantidad de grupos activos y de propuestas escénicas de calidad, a pesar de algunos espectáculos de buen nivel como *Rinocerontes* de Ionesco (1976) o *El gorro de cascabeles* de Pirandello (1976). En ese sentido la crítica fue categórica en sus balances de fin de año:

> "En los últimos veinte años no hubo otra temporada teatral en Montevideo donde el talento y el ingenio estuvieran tan ausentes como en ésta (...). Abundan en cambio las aventuras de café-concert (más fáciles, más baratas, menos comprometidas), género que tiene el doble peligro de su liviandad y su escasa exigencia disciplinaria".[6]

El fenómeno, naturalmente, no se redujo al sistema teatral y existen múltiples observaciones sobre el *apagón cultural*[7] uruguayo que se extiende desde 1973 hasta 1978, también llamados *los años oscuros*.[8]

Algunas señales de recuperación

En 1979 y 1980 se intensificaron las señales de una lenta recuperación de algunos espacios de expresión menos controlada, y una progresiva incorporación en algunos medios de comunicación de un discurso más crítico, junto con una trabajosa apertura política, hasta el retorno a la democracia en 1985. Varios factores de distinto orden –que no analizaremos aquí– incidirán en la recuperación; sólo nos limitaremos a recordar algunas de las principales señales de ese *descongelamiento*.

En el contexto sociopolítico: a. el comienzo de las conversaciones entre los militares y los políticos liberales y conservadores; b. la aparición de semanarios nuevos, con algunos matices opositores y hasta donde lo permitía la censura, a partir de 1979 (*La Semana, Opinar, El Correo de los Viernes, La Democracia*); c. el plebiscito de noviembre de 1980, que dijo "No" a la dictadura y a los intentos de continuismo militar, a pesar de la intensa propaganda oficial; d. las elecciones internas de los partidos políticos en 1982, como preparación para las elecciones nacionales de noviembre de 1984; e. las elecciones nacionales en noviembre de 1984, aunque con varios dirigentes y partidos aún presos o proscriptos.

En el sistema teatral:

a. El seminario de autores y el primer concurso de obras dramáticas desde 1973, convocado en 1978 por el Teatro Circular para festejar sus veinticinco años, al que se presentaron casi cien textos, cuatro de los cuales se representarán por la institución en 1979, año llamado "del autor nacional", en el cual el Teatro Circular dará un gran impulso al autor uruguayo estrenando sólo obras nacionales, con extraordinaria respuesta del público que obligaba a realizar dobles funciones los sábados y los domingos. Importa también señalar que el Teatro Circular había reabierto su escuela de teatro en 1977 y una segunda sala, factores que multiplicarán su presencia no sólo en la recuperación de la actividad teatral, sino también porque sus salas fueron ámbito de importantes y frecuentes espectáculos de canto popular.
b. La consolidación de algunos nuevos elencos con actores experimentados como fue el Teatro La Gaviota bajo la dirección de Júver Salcedo y el Teatro de la Ciudad bajo la dirección de Carlos Aguilera, así como el surgimiento de elencos jóvenes que organizarán en 1980 su Primer Encuentro de Teatro Joven y que apuntan a un teatro netamente popular, como lo reflejan sus propios nombres: La Barraca, La Carreta, La Farsa, etcétera.
c. La apertura de algunas nuevas salas en 1978 como Teatro de los Pocitos y Teatro El Reloj, y en 1979 del Teatro Tablas, de intensa actividad en espectáculos teatrales y de canto popular, así como la reapertura de la Escuela Municipal de Arte Dramático en ese mismo año.
d. La puesta en escena de algunos textos clásicos del teatro universal de particular resonancia para la situación política del momento y cuya condición de textos canonizados permitía, generalmente, cierta protección contra la censura, como *Mariana Pineda* (Teatro Circular, 1980), *El enemigo del pueblo* de Ibsen (Teatro del Notariado, 1980), *Prometeo encadenado* de Esquilo, (Teatro Alianza Francesa, 1981), *El proceso* de Kafka (Comedia Nacional, 1981), *Galileo Galilei* de Brecht (Teatro del Notariado, 1982) y *La cacatúa verde* de Schnitzler (Teatro La Gaviota, 1982), seguidos de *Woyzzeck* de Büchner, *Marat Sade* de Weiss y *Electra* de Sófocles, por la Comedia Nacional en 1984, entre los espectáculos más logrados, y de mayor repercusión.

Debe observarse, también, a partir de 1979, una creciente tendencia de los grupos a incorporar en su repertorio anual textos contemporáneos de autores uruguayos y latinoamericanos, como expresión de una fuerte necesidad de afirmación de identidad; tendencia que se acentuará en los años siguientes, revirtiendo así el cosmopolitismo de la producción teatral anterior.

UNA DRAMATURGIA QUE ENCUENTRA SUS TEMAS Y SU PÚBLICO

Como ocurrió en otros países de Latinoamérica, el teatro bajo la represión se volvió un espacio de resistencia ideológica a través del sistema textual y espectacular. En el sistema textual aparecen con insistencia los temas del poder arbitrario y sus abusos, la represión, la prisión y otras formas de encierro, el fanatismo frente a la razón, la censura, la vigilancia y el miedo, la resistencia y la libertad, a través de alusiones y metáforas, más o menos transparentes que se acentúan a partir de 1979.

En esa lucha de la palabra y la memoria contra la negación y el silencio de la "cultura del miedo",[9] los textos dramáticos uruguayos creados y estrenados en este período apuntaron con frecuencia, aunque en forma indirecta y metafórica para burlar la censura, a la situación contextual de los receptores, respondiendo a la necesidad colectiva de un discurso alternativo que expresara lo que callaba e intentaba disimular el discurso oficial. Responden a esa necesidad obras como *El mono y su sombra* (Teatro Circular, 1979) de Yahro Sosa, que presenta los encuentros periódicos entre un prisionero político en su celda y el amigo que lo visita, o *Pater Noster* (Teatro Alianza, 1979) de Jacobo Langsner, que plantea bajo un engañoso tono de comedia costumbrista de humor negro un drama alegórico con trágico desenlace sobre las relaciones de poder y la confrontación entre las generaciones, o *Alfonso y Clotilde* (Teatro del Centro, 1980) de Carlos Manuel Varela, que refleja a través de recursos de teatro del absurdo la persecución, la amenaza permanente y el terror de esos años bajo la dictadura. En forma más simbólica responden a esa misma necesidad *El Herrero y la Muerte* (Teatro Circular, 1981) de Mercedes Rein y Jorge Curi, por su desafío a la autoridad y a toda forma de poder o *Los cuentos del final* (Comedia Nacional, 1982) de Varela, que denuncia la descomposición de las clases dominantes. Pero también *Doña Ramona* (Teatro Circular, 1982) de Víctor Manuel Leites, que revela su corrupción e hipocresía.

Las referencias textuales mencionadas se multiplicaron en el sistema espectacular con las posibilidades gestuales que los actores aprovecharon al máximo, estimulados también por las sobreinterpretaciones de un público ávido de ver y oír en el escenario algunas alusiones a las condiciones opresoras de su propio contexto político y social, en momentos en que todos los canales de expresión y la sociedad misma estaban bajo vigilancia, con la catarsis liberadora que significaba encontrar a través de la ficción algunas formas de objetivación de esa situación.

El solo hecho de poder nombrar en el escenario determinadas realidades que el control del Estado represor volvía más o menos innombrables como "tiranía", "dictadura", "tortura", "libertad", por ejemplo (recordemos las siete palabras prohibidas desde mucho antes de la dictadura –diciembre de 1969– y la fuerte y permanente censura sobre los medios de comunicación)[10] se volvió una forma de transgresión que la condición colectiva del teatro socializaba, del mismo modo que ocurrió con el canto popular. En esa transgresión, por lo tanto, se producía cierta ruptura en el monopolio estatal del discurso colectivo, y al mismo tiempo en una de sus consecuencias: el aislamiento de los ciudadanos y su confinamiento al ámbito privado. Por otra parte, la memoria del intenso compromiso ideológico asumido por algunos grupos teatrales y artistas en los años previos a la dictadura y aun después, convertía el solo hecho de concurrir a determinadas salas como la del Teatro Circular, por ejemplo, en una manifestación de solidaridad, en un acto de resistencia que encontraba una forma pública de expresarse.

El teatro se volvió, así, un espacio de comunicación alternativa (junto con el canto popular) frente al discurso ideológico dominante, donde un sector de la sociedad podía exteriorizar a través de un ritual comunitario su rechazo al régimen, como forma de recuperación de cierta iniciativa en la construcción y reelaboración del imaginario social, en momentos en que esa proyección imaginaria colectiva tan importante para el autorreconocimiento de una colectividad había sido severamente mutilada.

De allí la gran afluencia a las salas a partir de 1979 y 1980, y la apetencia por las obras nacionales contemporáneas, lo que multiplicó el número de espectadores hasta niveles nunca alcanzados, llevando a varios espectáculos a más de 500 representaciones cada uno, con gran afluencia de público a lo largo de varios años, en un fenómeno absolutamente inédito en toda la historia del teatro uruguayo, que ya se había iniciado con *Esperando la carroza* estrenada en diciembre de 1974 (estuvo cinco años en cartel y superó las 600 representaciones). En el período que nos ocupa *Pater noster* (1979) alcanzó casi 300 funciones, mientras que *¡Esto es cultura, animal!* (1979) superó esa cifra y algunos espectáculos llegaron a más de 600 como *El Herrero y la Muerte* (1981), *Doña Ramona* (1982) y una obra latinoamericana: *La empresa perdona un momento de locura* (1981) del venezolano Rodolfo Santana que se representó, también, en espacios no convencionales como locales vecinales, gimnasios, fábricas, centros parroquiales o cooperativas.

La doble articulación simbólica del espacio y el héroe

Después del retraimiento inicial, el sistema teatral exploró las posibilidades de nuevos lenguajes escénicos, más indirectos, metafóricos, sugerentes, o irónicos, que permitieran nombrar lo prohibido. Pero, por otro lado, en el universo imaginario de las obras creadas bajo la represión aparece una

particular articulación del héroe y el espacio, en una dimensión simbólica, más allá de la anécdota. Predomina, entonces, el héroe degradado y su progresivo sometimiento, en la lucha por la posesión de un estrecho espacio, como en *La relación* de Alfredo de la Peña (El Tinglado, 1978), o el antihéroe mediocre y pasivo en un mundo en descomposición como ocurre en *Los cuentos del final* de Carlos Manuel Varela (Comedia Nacional, 1981), o la escisión del héroe y la fragmentación del espacio de *El mono y su sombra* de Yahro Sosa (Teatro Circular, 1979), o el simple intento de una mujer por escapar de un lugar opresivo, como en *Decir adiós* de Alberto Paredes (Teatro Circular, 1979). Pero, también, la derrota y destrucción del héroe en el espacio clausurado de *Pater noster* de Jacobo Langsner (Teatro Alianza, 1979) o de *El huésped vacío* de Ricardo Prieto (Alianza Francesa, 1980), para culminar en la disolución del sujeto y la pérdida del lenguaje, en el espacio ominoso de *Alfonso y Clotilde* (Teatro del Centro, 1980) de Carlos Manuel Varela.

En contraste con esa doble degradación de los personajes y su espacio, un héroe de leyenda, el gaucho Miseria, logra vencer con su astucia al Comisario, al Gobernador, al Diablo y a la Muerte misma en *El Herrero y la Muerte* (Teatro Circular, 1981) de Mercedes Rein y Jorge Curi. Es en la dimensión de la leyenda y el mito, entonces, aunque con una variante irónica y socarrona, que se vuelve posible la reaparición del héroe positivo y su correlativo dominio del espacio. El personaje se mueve en varios niveles, desplegando un amplio campo de acción y termina suspendido en el árbol entre el cielo y la tierra, fuera del alcance de la muerte.

El doble deterioro del héroe y del espacio, opera, entonces, como referente simbólico del contexto social y político de los receptores, y de allí su particular eficacia en esos momentos de intensa represión. Sin embargo, mientras se representa en el espacio imaginario y simbólico la degradación o disolución del héroe y del espacio, desde otro punto de vista el doble espacio físico, que incorpora a actores y espectadores, se vuelve un espacio de encuentro, una zona más permisiva que el ámbito de la ciudad, en el universo contextual de los espectadores, un espacio de comunicación y de participación que, además, estaba cargado de significación por la historia de esas salas que habían sido frecuentemente ámbitos de intenso compromiso y combate ideológico antes de la instauración de la dictadura.

Por otro lado, al retroceso del teatro épico-didáctico de inspiración brechtiana y de denuncia política, como efecto de la vigilancia y de la censura, se agregó también cierto rechazo del teatro naturalista y realista en sus formas más tradicionales. La reconstrucción de ambientes con sucesión lineal de escenas y diálogos, dará lugar gradualmente a la concentración en un solo espacio físico, con múltiples referentes, a una simplificación de la escenografía y el vestuario, con yuxtaposición de escenas y acciones, en una renovación de las convenciones escénicas, donde predominarán la sensación, la sugestión y la ambigüedad. La escena se convertirá en el espacio del juego y de la ceremonia. El diálogo –sin desaparecer– se subordina a la atmósfera, al clima, la música y

el gesto, como en *Quiroga* (Teatro Circular, 1978) o en *Alfonso y Clotilde* (Teatro del Centro, 1980). Estas características que incursionan también por el absurdo, coexisten naturalmente con las formas tradicionales del teatro naturalista y realista, y se prolongarán hasta el presente.

Memoria y desmemoria en el teatro de la posdictadura

En el teatro de los últimos años, a partir de la recuperación (parcial) de la democracia, de las libertades políticas y los derechos individuales en 1985 y del retorno de muchos exiliados, incluyendo a Atahualpa del Cioppo y El Galpón, una de las primeras características es la acentuación de la heterogeneidad y diversidad del sistema, en una gran profusión de tendencias y estilos: desde el teatro épico-didáctico a algunos textos de vanguardia, el grotesco o los montajes de clásicos universales, muchas veces por elencos no fogueados: desde Esquilo y Aristófanes hasta Pinter, Beckett, Genet, Handke y Koltès, pasando por Shakespeare y Molière, junto a los textos latinoamericanos y uruguayos.

En el tránsito del naturalismo y el realismo al teatro contemporáneo, se ha incorporado, en medio del omnipresente grotesco criollo y de las prolongaciones del teatro naturalista y realista crítico, el teatro del absurdo y las influencias de Artaud, los experimentos rituales del Living Theatre y del Odin, la danza y el canto, los recursos del cine y del circo, los multimedia y el videoclip; un tránsito que implica, naturalmente, la coexistencia de varios paradigmas, en una verdadera polifonía de estilos como síntoma de una desorientación inicial, pero también de una búsqueda. Surgirá así, con diferentes estrategias de producción y técnicas de trabajo, un teatro más visual, ambiguo y misterioso, un teatro de sensaciones, con mirada irónica y desmitificadora sobre los temas nacionales y una desconfianza con respecto a las instituciones y valores tradicionales, con una creciente conciencia de la desarticulación de varios mitos arraigados en el imaginario social uruguayo.

Frente a la libertad recuperada y la posibilidad de referirse más directamente a la realidad socio-histórica, así como la necesidad de un cambio de lenguaje ante el nuevo contexto político y cultural, la desaparición de la censura y la vigilancia, aparece una obra que explora el silencio, las miradas, los gestos, como forma de recuperar parcialmente algún aspecto de ese pasado sin usar las estrategias discursivas devaluadas del poder, de las que desconfía, optando, al mismo tiempo, por un espacio reducido que englobaba a espectadores y actores en un estrecho límite dentro del escenario mismo, creando una particular intimidad.

El silencio fue casi una virtud (El Galpón, 1990) bajo la dirección de María Azambuya, introdujo una significativa ruptura en los trabajos de El Galpón, de fuerte tradición en el realismo crítico o el teatro épico-didáctico brechtiano. La obra nació de una creación colectiva que a su vez se apoyaba en una

investigación sociológica, con escritura final de la directora: un modo de producción relativamente nuevo en el sistema teatral uruguayo[11] que además marcaba una coincidencia entre el emisor del texto y el emisor del espectáculo, como ocurrirá en forma cada vez más frecuente.

A partir de una veintena de entrevistas abiertas a jóvenes que habían vivido bajo la dictadura uruguaya y del esquema del *Diario de Ana Frank,* el espectáculo montado por María Azambuya exploraba las zonas de la reclusión y el miedo, buscando un encuentro con el espectador a un nivel no discursivo, a través de las sensaciones y emociones. Así las palabras eran susurradas, entrecortadas, incomprensibles, los gestos apocados, con predominio de las miradas y el silencio, en escenas que reelaboraban algunos datos sociales e históricos para descubrir su repercusión individual e interior: la llegada al refugio, la situación de amenaza exterior y la polarización entre ese adentro del miedo y la reclusión y un afuera amenazante, la aparición de algunos ritos cotidianos, como la incorporación de un nuevo habitante, el cumpleaños de un joven, el despertar sexual de dos adolescentes y sus primeros escarceos amorosos, algunos enfrentamientos generacionales, pero también el himno nacional cantado con picardía en el liceo para destacar el "Tiranos temblad", en un clima de intimidad con algo de ritual de intensa carga simbólica y emocional.

Por otra parte, la reducción del número de espectadores y la inclusión de éstos en el mismo escenario –el espectáculo se desarrollaba en el centro con un círculo de almohadones como única marca de separación con el público que rodeaba a los actores– intensificaba esa proximidad y el clima de complicidad, reforzado por la reducción de los objetos: un cabo de vela, una vieja valija, una antigua bicicleta y dos tramos de escalera, constituían toda la escenografía.

El silencio del título, que era expresión y denuncia del miedo y un rechazo de las manipulaciones de la palabra, implicaba la sospecha frente al clisé encubridor y mentiroso, y frente al discurso oficial. El espectáculo significaba, por lo tanto, una apuesta al cuerpo y al gesto, al susurro y al canto, como signos más seguros en medio de la vigilancia y el miedo. De allí las risas ahogadas, las palabras a media voz, el canto quedo en el cumpleaños que se volvía casi un llanto, las frases entrecortadas, el predominio de las miradas que abarcaban también al espectador, la lentitud de los gestos, en una estética de lo mínimo, de la contención y el despojamiento.

Alteraciones en el imaginario social uruguayo y en la producción simbólica

La recuperación gradual de las libertades democráticas, sin embargo, fue acompañada del descubrimiento de otras formas de opresión. De modo que la sociedad uruguaya pronto fue reconociendo la verdadera dimensión de la pauperización del país y de su población, el alcance del desempleo, el "subempleo" o el "trabajo informal" con la consiguiente marginación de un

creciente sector de la población, el deterioro del salario y de la educación, la emigración nuevamente, esta vez por razones económicas y sobre todo entre los más jóvenes, la pérdida del nivel cultural del país, de su estabilidad, de la seguridad de sus ciudades y la calidad de vida de sus habitantes, entre otros aspectos que habían contribuido a la construcción del mito de la excepcionalidad de Uruguay en el contexto latinoamericano. Esta dolorosa pérdida de numerosos rasgos de nuestras condiciones de vida obligó a una reelaboración y una transformación de las imágenes de nuestra propia identidad en el imaginario colectivo.

Si las viejas instituciones fueron reivindicadas por principio después de la dictadura, pronto se descubrió su vacío. Y la desilusión siguió al entusiasmo de la recuperación de las libertades y del reencuentro, al revelarse la distancia que mediaba entre esas instituciones y las nuevas realidades. Una desilusión que no es, sin embargo, la de un realismo desencantado que lleve a la madurez viril de la que habla Lukacs, sino al desmoramiento de los mitos y la desorientación, al individualismo exacerbado, a la separación y la desconexión del tejido social, la desconfianza y la descreencia. Y que en las representaciones simbólicas condujo a la risa del grotesco, la superposición de puntos de vista contradictorios, la ruptura de las fronteras, la mezcla de los géneros y estilos, los cambios de ritmo y la transgresión de los lenguajes convencionales.

Así, las imágenes que expresan algunos aspectos de ese imaginario social contemporáneo, tal como aparece en el nuevo teatro, son las del antinaturalismo, la fragmentación, las transgresiones violentas, la desorganización y heterogeneidad de los relatos, la fractura del sujeto y la distorsión y opacidad de los objetos, el predominio de lo simultáneo y la superposición de escenas y tiempos, la revisión irónica de la historia, lo paródico y lo burlesco, el kitsch y el pastiche, la mezcla del circo, el music hall, el cabaret, los recursos de la publicidad, el cómic o del videoclip, como en *All that tango* (Teatro del Anglo, 1988) y *Miss Mártir* (Comedia Nacional, 1989) de Ahunchain, en *Los girasoles de Van Gogh* (Circular, 1989) de Luis Vidal, *La ópera de la mala leche* (1990) de Tabaré Rivero, *Bufones* (Teatro Circular, 1991) de Héctor Guido y Héctor Manuel Vidal, *El segundo pecado original en la era microchipiana* (Alianza Francesa, 1991) de María Dodera, en *Tuya Héctor* (Teatro Circular, 1992) de Franklin Rodríguez,o en *Las fuentes del abismo* (Arteatro, 1992) y *Kapeluz* (Amarillo, 1994) de Roberto Suárez.

Esa descreencia y relatividad de los valores, que tiene sus raíces sociales, económicas y políticas, resulta también consecuencia de la renuncia a la justicia, de la desmemoria a la que parecía inducir el fracaso del referéndum contra la impunidad después de la dictadura. Porque, como dice Daniel Gil, "el trabajo de la memoria es implacable y si no se recupera simbólicamente reaparece como síntoma en lo individual y lo colectivo".[12] En un doble impulso que dividió a la sociedad uruguaya, la necesidad de una recuperación colectiva a través de la memoria social se enfrentaba a la necesidad del olvido y al miedo. Un miedo que prolongaba el miedo impuesto por la dictadura.

Entre la memoria del horror y el olvido encubridor y equívoco que responde a la mala conciencia y a la necesidad de escamotear la experiencia de la dictadura donde la violación de los derechos a la vida y a la integridad física encubrió la de los derechos económicos y sociales[13] que la posdictadura descubrió –y esa fue otra ruptura con la memoria y la imagen del país– la sociedad parece condenada al exceso. Como señalan Maren y Marcelo Viñar: "exceso de memoria o exceso de olvido, es en el exceso que el tema se dirime". Y como "el terror no metabolizado se vuelve un factor de estupidización y empobrecimiento" se hace necesario ese "largo trabajo de inscripción en la memoria para que el olvido indispensable sea normal y fecundo y no caiga en complicidad perversa con la impunidad".[14]

Un doble trabajo, por lo tanto, de recuperación y reelaboración por un lado, para volver posible un olvido "sano", un olvido progresivo y relativo, necesario para la vida y la incorporación de nuevas experiencias, que se apoye en una memoria colectiva; una memoria que "es siempre promesa de un texto por venir que sella el vínculo social de una pertenencia común y habilita la construcción de mitos colectivos que parecen ser hoy día –en el país y en el planeta– uno de los desafíos fundamentales de supervivencia".[15]

Al mismo tiempo esa necesaria recuperación no mecánica de la memoria a través de una elaboración simbólica colectiva, significa también una respuesta frente a las formas de supervivencia de la dictadura y de sus amenazas en el presente; un reconocimiento de sus prolongaciones en el Uruguay contemporáneo, sobre todo en el plano social y económico, como condición para una sana proyección hacia el futuro. Así, la tan reiterada necesidad de una "modernización" de instituciones y sistemas, con la que nos bombardean los medios de comunicación masiva y los centros de poder, es una abreviatura de algo bastante más complejo. ¿Estaremos en una posmodernidad? ¿O en una posmodernidad descalabrada, propia de un mundo que aún conserva rasgos premodernos (en múltiples aspectos de su vida económica, social y política) así como formas solapadas de manipulación y autoritarismo? ¿En la caricatura o la parodia de la posmodernidad?

Queda la conciencia –y el dolor, la nostalgia– de la pérdida y de la ruptura, el reconocimiento ¿saludable? de los límites, el fin de las locuras, la necesidad del trabajo y la reflexión y, necesariamente, la reformulación o el comienzo de nuevas utopías.

setiembre, 1995

Notas

1. Nos apoyamos en la noción de "imaginario social" de Castoriadis, incluyendo lo que él denomina imaginario radical e imaginario efectivo, es decir la capacidad misma de producir imágenes nuevas y esas imágenes insertas en una red simbólica que instituye lo social. Ver Castoriadis, C., *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 1, Barcelona, Tusquets ed, 1983 (Orig. du Seuil, París, 1975), p. 219 y ss.
2. Ver Nahum, B., Frega, A., Maronna, M. y Trochón, Yvette, *Historia uruguaya, Tomo 8, 1959-1973. El fin del Uruguay liberal*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990, p. 57 y ss.
3. Ver Gabay, M., *Política, información y sociedad, Represión en el Uruguay contra la libertad de información, de expresión y crítica*, CUI, Montevideo, 1988, pp. 40-49.
4. Fernández, G. en *Marcha*, Montevideo, 28 de diciembre de 1973.
5. Sobre los diferentes períodos y características del teatro bajo la dictadura ver Mirza, R., "1973-1984. Entre la represión y la resistencia" en *Escenarios de dos mundos. Inventario teatral de Iberoamérica*, tomo 4, Centro de Documentación Teatral, 1988, Madrid, pp. 181-190.
6. Abbondanza, J., en *El País*, Montevideo 24 de diciembre de 1976.
7. Moraña, M., "Indicios culturales alternativos en el Uruguay actual (1978-1981): movimientos en el Panopticon" en la revista *Iberoamérica*, Hamburgo, 16/17, 1982, retomado en *Memorias de la generación fantasma*, Monte Sexto, Montevideo, 1988, p.98.
8. Así titulan su libro sobre el período señalado Machado Ferrer, M. y Fagúndez Ramos, C., *Los años oscuros. Cronología Documentada (1973-1979)*, Monte Sexto, Montevideo, 1991.
9. Ver Perelli, C. y Rial, J., *De mitos y memorias políticas. La represión, el miedo y después*, Banda Oriental, Montevideo, 1986, p. 63.
10. Ver *Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay*, coordinador Carlos Demasi (Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de las Educación inéd.) y sobre la censura en el Uruguay desde 1967, ver Gabay, M., *Política, información y sociedad. Represión en el Uruguay contra la libertad de información, de expresión y crítica*, Centro Uruguay Independiente, Montevideo, 1988.
11. Ver nuestra entrevista con María Azambuya, "Hacer un teatro que nos comprometa" en Semanario *Brecha*, Montevideo, 17 de enero de 1991, pp. 22-23.
12. "Memorias del horror. Prólogo", en Maren y Marcelo Viñar, *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria por venir*, Trilce, Montevideo, 1993, p. 6.
13. Ver Lira, E., "Las consecuencias de las violaciones de los Derechos Humanos en Chile". Conferencia, XVII Latin American Studies Association, Santiago de Chile, 1992, citado por Maren y Marcelo Viñar, *Fracturas de memoria*... ob. cit. pp. 14.
14. Viñar, M. y M., ob. cit. pp. 13-14.
15. Ibídem, p. 16.

Hugo Achugar. Doctor (Ph.D) en Literatura latinoamericana por la Universidad de Pittsburgh. Profesor de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Ha publicado entre otros trabajos: *Poesía y sociedad. Uruguay 1880-1911* (Arca,1985), *Orfeo en el Salón de la Memoria* (poemas, Ediciones de Uno, 1991), *Identidad Uruguaya ¿Mito, crisis o afirmación?* (coautor) (Trilce, 1993), *La Balsa de la Medusa* (Trilce, 1993), *La Biblioteca en Ruinas* (Trilce, 1994), *Cañas de la India* (novela, con el heterónimo de Juana Caballero, Trilce, 1995)

Carlos Demasi. Licenciado en Historia. Profesor en el Instituto de Profesores Artigas. Profesor Adjunto en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Director del Proyecto: "El Uruguay de la crisis y de la dictadura. 1967-1984". Ha publicado: *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento* (coautor) (EBO, 1986) y numerosos artículos sobre el período de los años sesenta, dictadura y transición en Uruguay.

Roger Mirza. Egresado del Instituto de Profesores Artigas y licenciado en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Profesor titular de Metodología de la investigación literaria en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Ha publicado entre otros trabajos: *Julio Herrera y Reissig. Antología y estudio crítico* (Arca, 1975), *Balzac. El realismo, la novela y Papa Goriot* (en colaboración con Jorge González Bouzas, Banda Oriental, 1975), *Baudelaire. El romanticismo y la poesía moderna* (Técnica, 1976), *La poética de Mallarmé. Introducción y notas* (FHC, 1989 y 1992). Ha sido editor de *Teatro uruguayo contemporáneo. Antología.* (Ministerio de Cultura, Madrid,1992). Es miembro del Comité científico del Instituto Internacional de Teoría y crítica de teatro latinoamericano (Ottawa), del GETEA (Universidad de Buenos Aires) y del Consejo editor de varias revistas internacionales.

Alvaro Rico. Doctor (Ph.D) en Filosofía de la Universidad Lomonosov de Moscú. Profesor Adjunto en régimen de dedicación total de Ciencia Política, Unidad Interdisciplinaria en Ciencias Sociales y en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Ha publicado entre otros trabajos: *1968: El liberalismo conservador* (EBO, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1989), *¿Qué hacía Ud. durante el golpe de Estado y la huelga general?* (Fin de siglo, 1994), y artículos varios sobre el período tratado.

Marcelo Viñar. Médico psicoanalista. Integra el departamento de Educación Médica de la Facultad de Medicina, Universidad de la República. En su exilio en Francia trabajó en la Clínica La Chesnaie y dirigió la École de psychiatrie institutionnelle.
Ha publicado entre otros trabajos: *Exil et Torture* en colaboración con Maren Ulriksen de Viñar (Denoël, París, 1989 y Editora Escuta, San Pablo, 1992) *Fracturas de Memoria* en colaboración con Maren Ulriksen (Trilce, 1993) y numerosos artículos en revistas nacionales y extranjeras.

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1995, en Pettirossi srl.,
Adolfo Lapuente 2289, Montevideo, Uruguay
Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349
Depósito Legal Nº 300.946

URUGUAY: CUENTAS PENDIENTES
Dictadura, memorias y desmemorias

Los trabajos que integran esta obra tratan de responder a un estilo que ejercite la tolerancia. Tolerancia para volver a un pasado reciente que permanece como malestar social y cultural, y para reflexionar abiertamente sobre él, buscando precisar su responsabilidad en las profundas transformaciones actuales de la sociedad uruguaya.

El objetivo es, pues, superar los silencios, restituir esa conversación pública interrumpida que nos reconozca en la permanencia y en los cambios producidos en nuestra realidad y en nosotros mismos, en la víspera de un nuevo milenio.

La reflexión de los autores de este libro tomada en su conjunto remite a una familia de temas que tiene que ver con la identidad nacional, las transformaciones del mundo actual, la construcción de los relatos históricos, la continuidad y fracturas del imaginario social, olvidos y memorias, discursos institucionales y contrarrelatos marginales, cultura del miedo y síntomas de posmodernidad cultural, simbolización y metáforas de la realidad social y política, significantes y desplazamientos de sentido del pasado en el presente, el orden y el disciplinamiento social, los cuestionamientos y proyectos alternativos.

- *La nación entre el olvido y la memoria. Hacia una narración democrática de la nación,* Hugo Achugar
- *La dictadura militar: un tema pendiente,* Carlos Demasi
- *La memoria y el porvenir. El impacto del terror político en la mente y la memoria colectiva,* Marcelo N. Viñar
- *El orden de los simulacros y el orden social en la restauración democrática,* Alvaro Rico
- *Memoria, desmemoria y dictadura. Una perspectiva desde el sistema teatral,* Roger Mirza

Ediciones TRILCE